



CONCEJO MUNICIPAL DEL D. F.
CONTROL DE BIENES AJENOS

FOLIO DE LAJAS

1150500 | 2081 | 143454

Personal Político Administrativo del Distrito Federal

Gobernador (Ejecutivo Municipal): Teniente-Coronel Guillermo Pacanins A.

Secretario de Gobierno: Dr. Virgilio Lovera.

Concejo Municipal:

Presidente: Domingo A. del Rosario.

Primer Vice-Presidente: Margot Boulton de Bottome.

Segundo Vice-Presidente: Dr. Jesús Arocha Moreno.

Federico A. Ponce.

Raúl Díaz Legórburu.

Dr. José Antonio Pérez Díaz.

Dr. Carlos Raúl Villanueva.

Profesor J. A. Medina Sánchez.

Diego Espinoza P.

Dr. Horacio Guerrero Gori.

M. V. Rodríguez Llamozas.

Síndico Procurador Municipal: Dr. Julio Santander.

Secretario: Leopoldo Ayala Michelena.

Prefecto del Departamento Libertador: Hernán Gabaldón.

Prefecto del Departamento Vargas: Eduardo Mayorca.

Comandante General de la Policía de Caracas: Mayor Carlos Morales.

Segundo Comandante: Capitán Edmundo Cárdenas Becerra.

Crónica de Caracas

Guión:

LIMINAR.

CON EL SIGNO DEL AVILA, Santiago Key-Ayala.

FUNDACION DE SANTIAGO DE LEON DE CARACAS, por Enrique Bernardo Núñez.

FLORES Y JARDINES EN CARACAS, por A. Ernst.

DIMENSION HISTORICA DEL 19 DE ABRIL, por Mario Briceño-Iragorry, Cronista de la Ciudad.

EL PRIMER TUTOR DE BOLIVAR, por Arístides Rojas.

CARACAS Y ANDRES BELLO, por Mario Briceño-Iragorry, Cronista de la Ciudad.

EL CARNAVAL CARAQUEÑO: El Carnaval de 1783, por Lino Duarte Level.

¡Agua Val por N. Bolet Peraza.

MEDITACION SOBRE VARGAS, por Mario Briceño-Iragorry, Cronista de la Ciudad.

VIDA DEL MUNICIPIO.

Exposición del Gobernador.

Asistencia al Magisterio.

Premio a los Maestros.

Homenaje a Don Arístides Rojas.

Informe del Cronista de Caracas Sobre el Cementerio de los "Hijos de Dios".

Presupuesto de Rentas y Gastos públicos del Distrito Federal para el año 1951.

LIBROS SOBRE CARACAS Y SU GENTE:

Caracas, Allí está... por Mariano Picón Salas.

Los Ríos aprenden un nuevo lenguaje, por Ramón Díaz Sánchez.

Umbral, por Mario Briceño-Iragorry.

Sucedió en el Mes.

NOTICULAS DE HISTORIA CARAQUEÑA.

ESCRIBEN:

Santiago Key-Ayala.

Enrique Bernardo Núñez.

Adolfo Ernst.

Arístides Rojas.

Lino Duarte Level.

Nicanor Bolet Peraza.

Mariano Picón-Salas.

Ramón Díaz Sánchez.

Mario Briceño-Iragorry.

GRABADOS

Santiago Key-Ayala.

Museo Colonial. Esquina de Llaguno.

Urbanización "Generalísimo Francisco de Miranda" (Casalta).

Estatua del Libertador en la Plaza Bolívar.

Una residencia moderna.

Doctor José Vargas, por Edmond Wolterbeck.

Edificio de la Beneficencia y Estatua de Sucre. Cruce de las Avenidas "San Martín" y "9 de diciembre".

Urbanización "San Martín". Avenida San Martín.

Iglesia Santa Teresa. Fachada Oeste.

Crónica de Caracas

Año I

Caracas (Venezuela)

Enero 1951

No. 1

Liminar

Con la presente entrega comienza a circular **CRONICA DE CARACAS**, publicación ordenada recientemente por el Municipio, en atención a lo dispuesto en la Ordenanza sobre defensa del Patrimonio Histórico de la Ciudad. Con ella se procurará mantener viva la tradición que hace de Caracas, no sólo la fulgurante corona de la Patria, sino la ciudad sagrada de la revolución hispanoamericana.

Con documentos inéditos del Archivo Municipal, se publicarán viejas crónicas y relatos de la vida de la ciudad, así como recuento del movimiento contemporáneo de la capital, todo ello encaminado a ofrecer a las nuevas generaciones información evocadora del viejo espíritu de la ciudad.

CRONICA DE CARACAS, saluda muy respetuosamente a los altos Poderes de la Nación y de los Estados, y de modo especial a los organismos que mantienen la tradición municipal de las ciudades venezolanas. Tiene, también, su fervoroso saludo de compañerismo para los órganos literarios que se ocupan con la divulgación histórica, y, en general, para la prensa nacional.



"En la Ciudad Mariana de Caracas, en 30 de Julio de 1783 años, el Doctor Don Juan Félix Jerez y Aristeguieta, presbítero, con licencia que yo el infraescripto teniente cura de esta Santa Iglesia Catedral le concedí, bautizó, puso óleo y crisma y dió bendiciones a Simón, José, Antonio, de la Santísima Trinidad, párvulo, que nació el 24 del corriente, hijo legítimo de D. Juan Vicente Bolívar y de Doña María Concepción Palacio y Sojo, naturales y vecinos de esta Ciudad Fué su padrino D. Feliciano Palacio y Sojo a quien se advirtió el parentesco espiritual y obligación. Para que conste lo firmo. Fecha *ut supra*.—Bachiller
Manuel Antonio Fajardo".



Con el Signo del Avila

Por Santiago Key-Ayala.

Caracas es el Avila. Monte y valle están tan unidos al sentido espiritual de la ciudad, que hasta tanto el forastero no "entiende" los secretos de la policromía avileña, permanece como extraño al discurso ciudadano. En los días heroicos de la Revolución, fué llamado "Monte de la Independencia". Se le miró como los griegos miraron al Parnaso. En éste habitaban invisibles las musas benévolas. En el nuestro se detuvo la nube cargada de tormenta, de donde brotó el rayo de la libertad de la América Española. El Avila tiene sus cantores y sus pintores. Díaz Rodríguez y Manuel Cabré son quienes posiblemente han entendido mejor el misterio de sus luces. Santiago Key-Ayala es, en cambio, su filósofo. CRONICA DE CARACAS, les rinde homenaje conjunto. El Maestro Key-Ayala hace la loanza del Monte. Nosotros exaltamos, como acto de justicia, en esta primera entrega, al Patriarca de las Letras nacionales, honra de su Caracas nativa.

Poseer es en definitiva disponer de varias posibilidades de evocación o de acción.—S. K-A.

Poseo tres devociones nacidas en mi niñez y a las cuales he sido fiel por el resto de mi vida. Son el océano, la prensa de imprimir y el Avila; el Avila, visto desde el valle de Cara-

cas; sentido, admirado, amado desde Caracas. Son devociones sustraídas a la denudación del tiempo y a la oxidación del desencanto. Son a la vez tres espectáculos para mí siempre nuevos.

¡Los meses que he vivido en las imprentas y las horas que he pasado contemplando el ir y venir creador de la máquina sabia, multiplicadora del pensamiento! ¡Las horas que he vivido contemplando el ir y venir transformador del bello monstruo azul, creador y destructor, civilizador y unificador de pueblos! ¡Las horas que he vivido soñando bajo la mirada alentadora y crítica del monte cambiante cuya inspiración fué creadora y unificadora de hombres, pueblos y naciones!

No es cierto que la familiaridad desgaste el prestigio de los grandes seres. A la presencia del océano, de la prensa de imprimir y del Avila, llego cada vez con el ansia y la certeza de rehallar la primera impresión, tan nueva y tan fresca como en la curiosa adolescencia!

Al correr del tiempo, el autor de este libro se ha vuelto en momentos que él estima felices y de honra, hacia figuras de vénézolanos que amaron la patria, y, muertos, forman su corona de gloria. Momentos aislados, de justicia y afecto. En cada artículo de los que integran el presente libro, se celebra una de tales figuras. Son loanzas, porque el autor las tenía ya juzgadas y las había encontrado dignas de loa. Y, no son hueras, porque también el autor ha querido destacar la razón de las loanzas.

Ahora, al juntar páginas concebidas en tiempos diversos, ha sido preciso indagar la unidad que permitiese coser espiritualmente tales páginas en un libro. Ya la unidad estaba, por lo menos en potencia, vinculada con sentimientos hondos, puros, libres de oportunismo. Porque estas loanzas son críticas; no son ditirambos. Y, además, porque pueden juzgarse por cierto aspecto, *póstumas*: han sido escritas, muertos los loados, calidad que las distingue de ciertas loanzas...

Cada uno de los hombres aquí celebrados, es en el género escogido para escenario de su talento y de su voluntad, un vértice, una cumbre en Venezuela. Mas sucedió que, sin propó-

silo preconcebido, estas loas poseían en sí una vinculación más poderosa por inmediata, por íntima. Ellos, los loados, recibieron el talento ágil que los hizo artistas, delicados, amplios y fuertes, de un mismo padre. Fueron todos hijos del Avila, y del Avila, monumento de arte y fortaleza, recibieron el secreto de ser artistas y fuertes.

El Monte reclamó sus derechos de paternidad. Presente estaba y está en cada uno de ellos. Cada uno lleva en la frente el signo del Avila. Por mandato del Avila son gloria de Venezuela entera.

Al frente del volumen debía ir, pues, el elogio del Monte, como la loanza matriz que explicaría y comprendería a las demás. El Avila es el Padre fecundísimo, variable, firme, heroico, que traduce en aspectos inagotables su espíritu creador, como un Júpiter proteico enamorado de la belleza y el heroísmo. Sus mayores hijos son glorias de Venezuela entera, porque vivieron para ella con el signo del Avila.

Y como todos amaron y rindieron pleitesía al Monte insigne, ha de resultar grato a sus manes el ser presididos en el elogio por el elogio del Avila.

Nacidos del Avila, a él vuelven. Bajo el signo del Avila nacieron y con tal signo triunfaron. Sea el signo del Avila todavía por siglos, nuestro signo. Duermen aún cabe el corazón del monte egregio, energías vírgenes insospechadas. El es el grande. Y aún puede ser, y lo será, maestro y conductor de muchas generaciones.

PAISAJE DE INTRODUCCION MONS AVILA

No quiero perder ni un solo aspecto de belleza del Avila. Hoy está vestido con una luz lila. Ya es lila sola. Ya el Avila entero es como una enorme amatista.—M. D. R.

—O—

Despierto, y al través de los vidrios de mi ventana, contemplo el Avila. Escribo, y desde mi mesa de trabajo, al levantar la mirada, veo el Avila. He trepado sobre su dorso. Lo he visto del mar, disminuirse, borrarse, tragado por el hori-

zonle; aparecer, crecer, salirme al paso, cerrar el horizonte, preguntando con majestad imponente: ¿Qué queréis? Lo he visto desde Tócome, alto, alto y tan claro, tan de relieve, que parece dispuesto a saltar sobre nosotros. Suelo verlo en escorzo, de más allá de Petare, unificadas por la perspectiva las dos cumbres de la Silla, extraño, incognoscible. Cincuenta años hace que el espectáculo de la montaña artista me es familiar y consuetudinario. Y todavía no te conozco bien, ¡oh, taumaturgo que posees la milagrosa virtud de guardar siempre un secreto, y reservar una sorpresa!

¿Cómo pintar su belleza cambiante? De una mañana a otra mañana, de una tarde a otra tarde, de una hora del día a la misma hora de otro día, su inagotable talento halla un aspecto nuevo. Hay artistas, hay bellezas siempre iguales a sí mismos. Cuando la administración y la crítica han trajinado por ellos, pueden echarse a descansar. Pero el Avila no descansa. Asombra su belleza, pero asombra todavía más la versatili-
dad de su belleza. Como un monarca fastuoso que a cada momento cambiase de traje sin dejar de ser rey, el Avila cambia a cada momento de belleza sin dejar de ser él: el Avila, el monte único. Cambia, según las horas, según las estaciones: acaso quizás, según los ciclos astronómicos.

—0—

Avila, eres un prejuicio.—I. U.

No; no es un prejuicio. Es una realidad. Tiene existencia dentro de nosotros, pero también la tiene fuera de nosotros. Conquista a los extraños, viajeros, sabios, artistas. Un profesor norteamericano, antes viajero espiritual por nuestra historia y nuestras letras, paseando por los alrededores de Caracas una mañana de enero, me dijo: ¿Cómo no han de ser ustedes los venezolanos poetas y artistas con ese cielo y ese Monte? Y un diplomático inglés cuya ventana daba de frente al Avila, me confesaba:—Vale la pena de vivir en Caracas, sólo por tener a la vista ese espectáculo único. Otro profesor de historia de América, visitante de Caracas, nos pedía como un gran obsequio lo acompañásemos a contemplar desde el Calvario las

—8—

mutaciones del Avila en el desmayo de la tarde. Un aviador extranjero, de los primeros en volar sobre el paisaje caraqueño, declaraba después no haber contemplado colores más ricos y más luminosos y haber sentido una verdadera embriaguez de luz y de matices.

Y yo guardo entre los más preciados recuerdos juveniles, el de la ascensión a uno de los picos al oriente del Avila. ¿Es que el verde y el azul pueden juntos o separados brindar al ojo humano tal asombrosa cantidad de combinaciones? ¿Es que el verde puede, por una gradación casi infinita, fundirse con todos los colores del espectro? Yo lo ví aquel día y nunca más dudaré del milagro: verdes blancos, verdes rojos, verdes negros, verdes de todos los colores. Chevreul se hubiera quedado absorto ante las consecuencias reales de su teoría, como un gramático ante el verbo despenado de un Martí.

Sólo en otra parte del mundo he gozado de una embriaguez semejante: oyendo con los ojos la estupenda sinfonía azul del lago de Lucerna. Y cuando la noche en el pico del Avila y asimismo en el lago de los cuatro Cantones, borró con pinceladas brutales el cuadro maravilloso, resolvió en mi espíritu un grave problema. Puso fin a la indecisión de romper yo mismo el encanto de la suprema belleza.

—O—

Acaso ahora me revelarías el secreto que nunca quisiste confiarme, de cómo cambias el color de tu follaje a cada hora que se te contempla y admira.—N. B. P.

El Avila está tendido de occidente a oriente, en plena zona tórrida, a diez y medio grados geográficos del Ecuador. El mar Caribe azota con olas siempre rabiosas la base del monte. Playa verdadera, no existe. Se da ese nombre a una tira de tierra peñascosa, tan angosta, que el hombre, después de ensancharla robando espacio al mar, apenas ha podido fabricar allí unas cuantas casas y una tentativa de puerto. El monte se alza violento a unos tres mil metros de altura sobre el mar y sus bases se hunden a otros miles de metros en la profundi-

dad de las aguas. Pasa el Ecuador térmico por la playa misma. Desfilan las constelaciones por el cielo, cotejando al monte, y sólo escapan del desfile las de un reducido círculo de ocultación en el hemisferio austral.

La cara del cerro que se enfrenta al norte es pelada a grandes trechos. La imprevisión del hombre, la exposición a un sol tórrido, la situación del monte en la zona que tiende a ser desértica por su posición geográfica, han expulsado la frescura. Piedras desnudas se hartan de sol y lo devuelven con ferocidad al descenso de la tarde y en la pesadez de la noche. Plantas de los terrenos secos, avanzadas del desierto, los cactus espinosos, señorearon por muchos años la costa desnuda y sólo cedieron el sitio al empuje del poblado.

Paisaje áspero. Rostro severo. Pero, es capaz de sonreír. Sonríe en efecto. Sólo que su sonrisa es la de los grandes caracteres. Los labios apretados en el centro parecen rebeldes a la placidez, en tanto que al uno y al otro lado como a pesar de la voluntad, por una traición o un desmayo de la energía, el esbozo de una sonrisa ilumina vagamente las comisuras. Es la revelación vaga, indecisa de dominio interior. Sonrisa de esfinge, sonrisa equívoca, de las que fijó el genio de Leonardo. Maiquetía al occidente, con sus cocales; Macuto, al oriente, con sus almendrones y su río, desvelan el secreto de la esfinge. El Avila se digna sonreír. No comprendemos su sonrisa. ¿Burla o promete? El extraño no se atreve a decidirlo. Hay que preguntarlo a la esfinge. Hay que ir a ella, entrar en su corazón. Sólo entonces dirá su secreto. El secreto del Avila es el Valle de Caracas.

Merece el Valle loanza aparte. Hijo del Monte, posee sin embargo personalidad propia. Es un hijo que honra al padre, lo ilustra y dilata su fama. Son dos entidades que se completan. No se comprende el uno sin el otro. El Valle es el mayor encanto del Avila. El Avila es el mayor encanto del Valle. No se confunden ni quieren confundirse. Son dos personalidades distintas en perpetuo coloquio; y un poeta ilustre, doctor en Avila y en Caracas, como *in utroque jure*, ha logrado descifrar lo que se dicen.



Para el mar sólo tiene el monte adusteces y el esbozo de una sonrisa ambigua. Para el Valle, para la ciudad nacida de su sangre y de sus huesos, las ternuras y las severidades del creador. Dios bicéfalo y bifronte, siempre está a punto de esquivar una tempestad con un arco iris, y curar con una unción de azul purísimo, las heridas de un terremoto.

A unos mil metros de altura sobre el nivel del mar, a un poco más de diez mil en distancia horizontal, porque la serra-nía es angosta, la naturaleza, esta vez sabia y madre como pocas, montó en plena zona ardiente el valle extraordinario. Desde su casa de la Trinidad, Humboldt admiraba la disposición providente que había juntado en el espacio de unas cuantas millas las plantas de los más varios climas y reunido como por un mandamiento dictatorial los más extraños cultivos. A un paso, hacia el norte, del bochorno ecuatorial, a un paso hacia el oeste, del frío latino, templado y civilizador, oscilando en el arco de una primavera constante, el valle de Caracas está bien hecho para su destino de cultura y para albergue de ideas generosas y expansivas.

Pero el Avila nos reclama. Es el señor. La esfinge va a revelarnos por qué cambia el color de sus vestiduras a cada hora que se le contempla y admira. El Avila está tendido de occidente a oriente, en plena zona tórrida, a diez y medio grados geográficos del Ecuador. Es toda la clave del enigma. El sol, versátil, mas no tanto que traspase los límites de la Zona que "le circunscribe el vago curso", pasa dos veces cada año, por el cenit del valle de Caracas. Dos veces en cada año dispara las flechas de Apolo sobre el monte, dejándolas caer a plomo. Pero durante todo el año, cualquiera que sea la estación, el camino diario del sol se aparta poco de la línea del Avila. En el rotar de las estaciones, en su marcha de seis meses hacia el norte o hacia el sur, hacia el estío o el invierno, el sol lo baña de luces, desde la mañana, cuando logra rebasar los cerros que cierran el valle por oriente, hasta la tarde cuando lo esconden los cerros de occidente. De una hora a otra, en la constante y doble variación del ángulo de incidencia la luz se complace en cambiar la posición de las sombras, en apagar

unos detalles y encender otros, con todos los recursos de la perspectiva. La complicada y sabia tramoya de la naturaleza tropical funciona a maravilla. El tramoyista posee la sutileza del arte y es dueño de todas las habilidades de la técnica. Aprovecha las variaciones rápidas de un clima que participa de la influencia marina, de la sequedad desértica, que recibe las nieblas de la altura, las brisas húmedas del océano, el soplo frío de los deshielos nórdicos y el cálido aliento de los llanos. Aprovecha la versatilidad de la temperatura que salta muchos grados de la tarde a la noche. Se vale del cielo, no menos versátil, que se arroja de nubes sombrías, o pastorea rebaños de vellones blanquísimos, o se incendia en colores brutales, o funde en gradaciones nobilísimas tintas de lila, y aguas marinas de indecible sutileza. Los pintores exóticos se desesperan ante el monte proteico, ante el cielo que de pronto avienta las nubes y asume transparencia, tal, que Venus comparece en pleno día para asombro o alarma de las gentes. Y la luz, enamorada del monte, acerca y confunde los términos, realza los detalles, o se vale de la pantalla de las nubes para atenuar los contrastes demasiado vivos o para atigrar el traje de oro, que también viste el monte. A la caída de la tarde, cuando el sol va a morir, la luz se despide con vívido homenaje. Se detiene en cada árbol y refuerza con trazos resueltos los contornos. Cosas que durante la jornada no advertíamos, ahora se adelantan, emergen del fondo y dicen su palabra de vida como actores que viniesen al proscenio. La visión se hace estereoscópica. Las figuras se recortan sobre el fondo. Asistimos a un "ballet" de siluetas. Las líneas se destacan nítidas, como trazadas por un lápiz tajante o una pluma agudísima. La luz no se cansa. Hasta aprovecha la insensatez bárbara con que la ignorancia quema faldas y sabanas, para dar al prócer nueva idealidad y nueva belleza.

Por la ciudad y para la ciudad amada. Es a manera de amante que exhibe a cada momento una cualidad distinta en un afán inagotable de homenaje y halago. Ya que él no puede rotar, ya que él está firme en su asiento de granito, el sol lo baña de luz bajo todos los ángulos para que pueda exhibir todas

las coloraciones y revelar a la ciudad todos sus secretos. Es en la posición geográfica y topográfica donde radica la magnificencia del Avila. Posición singular que hace de él un monte singular y excepcional.

"Padre Avila"

Lo han llamado "el Padre". Lo es. Padre del Valle, de la ciudad, de nosotros mismos. De su sustancia se han formado nuestros cuerpos. De su visión, de su ejemplo, mucho de nuestras almas. Yo prefiero llamarlo "el Abuelo". Es el padre de nuestros padres y el padre de ascendientes más distantes. Nosotros somos los hijos de la ciudad, que es su hija. Sienta mejor a su vejez fuerte y risueña el nimbo del abolengo que el cetro de la paternidad. Tiene para la ciudad, para nosotros, ternuras y complacencias que no se dan sino en las faldas masculinas del abuelo. El padre no sabe hacerse niño. Está demasiado cerca del hombre. Siguiendo el mismo camino señalado a las funciones matemáticas que pasan por el máximo, el viejo bien construído, el viejo digno de la ancianidad, torna a los valores de la juventud, con la vista del alma más clara y la serenidad de los otoños. Nuestro viejo Avila, es el Avila siempre joven.

—0—

"Como el Apolo belveder,
tiene los músculos de atleta
en suaves curvas de mujer".

J. J. Ch.

Joven y hasta un tanto femenino. ¿No lo es también Apolo? Pero cuidaos de ofender al dios. Sabe castigar a los insolentes, confundir a los presuntuosos, desollar a los atrevidos, herir con flechas luminosas. El Avila tiene la juventud de Apolo. Otros montes parecen amenazar al cielo, no ya con escalarlo, sino también con traspasarlo. Contra él esgrimen picos que son picas y rocas desgarradas cortantes e hirientes que son las lanzas. El Avila suaviza el ímpetu con que se abalanza a los cielos. Donde otros levantan el ángulo agudo, brusco y ca-

teórico, despliega él la curva tolerante, comprensiva y armoniosa. Cual si temiese rematar en una sola conclusión demasiado intransigente, ofrece al cielo y a la mirada humana una opción. No dice una palabra aislada: dice dos. Verdad es que las dos proposiciones contienen una sola grandeza. Tienen la fuerza doble, concertada al fin único, de las mandíbulas, de las tenazas y de los dilemas.

Un poeta, nacido a la sombra del Avila, ofrendó al verso eneasílabo una blanca magnolia de antología. La flor de mármol, robusta, aromada, abrió a la falda del Avila. A él pertenece. Ningún monte-héroe sabe esconder mejor los músculos de atleta en suaves curvas de mujer.

Visto de la ciudad. Porque desde otras perspectivas, comparece el gigante y no esconde ni el ceño altivo, ni la frente amenazadora, ni los rasgos enérgicos del Hércules dispuesto a los doce trabajos. Desde Tócome, parece ya listo a caer sobre nosotros. Del mar, del alta mar, parece un soldado bárbaro que da el ¡quién vive! ¿Es el mismo monte que parece complaciente y hasta voluptuoso del lado del Guaire? No es ya el Sultán enamorado. Es el guerrero. Se ha arrancado a los halagos de la odalisca rendida. Y allí está, fiero para defender la tierra y la ciudad del ataque extraño. Quienes lo ven por primera vez desde el mar, lo sienten hostil. Se engañan y no se engañan. El Avila es Apolo, es Hércules. Sobre todo, es Proteo...

“Más alto, querréis decir...”.—N.

“Perdonad, Sire, soy más grande que vos...”—“Más alto, querréis decir”, cuentan que replicó el Corso. No es el Avila de los más altos montes de América. Lo aventajan en estatura más de una docena de gigantes. Tampoco ostenta la diadema deslumbradora de los nevados, ni el penacho encendido de los volcanes.

Pero la grandeza de los montes, como la grandeza de los hombres, no se mide por metros. El elemento humano interviene en definitiva, y únicos jueces ante nosotros mismos de la naturaleza circundante, la impregnamos de humanidad y fallamos con sentencia antropomórfica. La propia topografía

no escapa a nuestro criterio, siempre humano. Nos humillamos ante la majestad de las montañas por ineludible comparación con nuestra pequeñez. El corto vuelo de nuestra vista y de nuestro paso se transforma en admiración por la solemne anchura de los océanos y de las pampas. El ángulo visual nos informa de las alturas y el esfuerzo capaz de escalarlas nos enseña su magnitud y su importancia.

Aventajan la estatura del Avila más de una docena de gigantes... Ellos son más naturales. El, más humano. Cuando una tierra recibe la impregnación de humanidad, comienza su historia y su grandeza. Cuando un monte ha prestado sus faldas o su cima para el nacimiento, el desarrollo o la transfiguración de un pueblo, cuando se ha asociado a una gran vida, cuando se ha consustanciado con la estrella de los destinos humanos, crece, como el hombre mismo en igual caso, y descuellos, no por la altitud, sino por la verdadera grandeza. Son los grandes Montes, como son los grandes Hombres. Son el Sinaí, el Tabor, el Gólgota, el Monte Sacro, el Aventino...

El Avila es uno de esos montes-héroes. Es el Monte-Héroe de la América del Sur. Nacen de él un día hombres de tal fuerza expansiva, con tal espíritu humano, que traspasan las lindes de la provincia, de la localidad, de la patria menuda: se hacen continentales, raciales, universales. Disuelven el egoísmo localista y van al esfuerzo y al sacrificio por el bien, no sólo de los cercanos, sino también de los distantes, no de unos, sino de todos. Son asociadores y unificadores. Son Miranda, el unificador de la idea y de la preparación; Bolívar, el unificador de la acción y del futuro; Bello, el unificador de las relaciones, el verbo y el derecho.

Para la América, para el Mundo, habló un día el Avila con otro monte-héroe y alzándose por cima de la geografía y el derecho corrientes, hizo del Monte Sacro un Monte de América que no está en América.

El Avila nació hijo de Júpiter. Nació para luchar. Alumbró su destino la necesidad del combate. Al mismo nacer comenzó a pelear con Neptuno. La lucha tuvo comienzo en el punto mismo en que él se alzó como un hombre. Como un

hombre dispuesto a jugar la vida, a no permitirse reposo, a ganar y mantener la victoria. ¿Quién tuvo la culpa? ¿Quién inició la lucha? El mar estaba allí desde muchos milenios, como en reino propio. El Avila se alzó del fondo del mar, rechazó con su sola grandeza el agua. Y donde había un océano, hubo desde entonces una montaña.

Contra la montaña se volvió el mar iracundo, indignado, invocando derechos consuetudinarios, insultando al monte y clamando contra el invasor. Vieja querella. No habrá quien por el derecho la resuelva. ¿Es el mar quien invadió la tierra y quiere hacer títulos de su invasión? La tierra sostiene que su derecho a la luz no muere, ni prescribe por una ocupación de siglos. La naturaleza, impasible, irónica, ha fallado el litigio. ¿Quién ha de tener la razón? El más fuerte. Para ganar en derecho, el mar y el monte usan de sus fuerzas.

Ese mar, desalojado, despojado más bien, no es un mar apacible, corrompido por la molicie de las bahías, que se arrastra servil a los pies del monte conquistador. Es un mar fiero, todavía un poco bárbaro, en trato familiar con los ciclones, los indios batalladores, los conquistadores, los filibusteros. Es el mar de los caribes. ¡Si el Avila no existiera! ¡Si de pronto flaqueara! Pero, él está ahí y es de granito. La playa casi no existe. El mar y el monte combaten cuerpo a cuerpo. El monte parece inmóvil ante el mar turbulento que no conoce reposo, y bajo el azul de las aguas, se reciben y se vuelven golpes feroces.

Pero, ¿es de esencia hostil nuestro viejo-joven monte? El sabe dejarse vencer cuando así conviene. Sabe que tiene deberes en apariencia contrarios que cumplir. Debe cerrar el paso y debe saber abrir el paso. Debe gritar con aire fiero el *quién vive?* y debe saber decir con voz suave y como hablando al poeta infeliz de la "Vuelta a la Patria", ¡Bienvenido! El extraño se siente hostilizado por el coloso erguido que le sale al encuentro con cara de pocos amigos. ¿Qué hay detrás de esa mole, detrás de ese rostro áspero, de esos rasgos ríspidos? ¿Es posible pasar más allá? El monte parece impasible. Empero, guarda no sólo un secreto, sino una sonrisa burlona.

Al pie mismo del monte, en la playa estrecha—una tira de playa—está un pueblo comprimido entre dos grandezas. Tiene dura la raza, fuertes los músculos, bien fraguado el corazón. Es hijo a la vez del monte y del océano. El mar lo ha enseñado a ver lejos. El monte, a ver alto. Va sobre el mar y deja muy atrás lo que se ve como horizonte. El hombre, solo, en el cayuco, más estrecho que su playa, se pierde en medio de la noche, sin otra ayuda que la fe en sus brazos y en su fibra, sin más luz que la de las estrellas y la del farol vacilante. De tierra se ve la luz roja que desaparece y reaparece, que se alza y se hunde, como un faro de fe y de esperanza. El hombre, en el día tórrido, entre las nieblas húmedas de las filas, o en la noche más noche de las quiebras, va sobre el monte sin más ayuda que la fe en sus piernas y en su aliento. Pueblo que sabe burlar al tiburón, cargar el peso monstruoso, alumbrar justos y sabios, dar hospitalidad, mantenerse firme en sus amores y en sus gratitudes, como el monte; encrespase libre y fiero, como el mar de los caribes.

¿Qué hay detrás de la mole áspera? ¿Qué se esconde tras el aspecto desolado, la faz hosca y altanera de pobre orgulloso? El monte, vuelta la cara del lado contrario del mar, sonríe. Hay un valle risueño y fresco. Hay un alma fuerte y eglógica. Hay un cielo con todos los azules, un campo con todos los verdes, un jardín con todas las flores. Hay un pueblo de energía extremeña, estoicismo caribe, gracia andaluza, voluptuosidad mora y flexibilidad gala. Están la cuna y el sepulcro de Bolívar, el alfa y omega del Libertador.

Si el extraño reflexiona un momento no puede seguir creyendo en la hostilidad del monte. Ve cómo el gigante, deponiendo todo orgullo, deja trepar por sus flancos los casuchos humildes. En la noche, sobre la mole oscura y hosca, ve transformarse la escena. Asiste a un espectáculo de candor y de fe. El monte se ofrece voluntario para un ingenuo pesebre de Navidad. El viajero recuerda el misterio de Belén. Hay algo más de un decorado. El Avila es ducho en asuntos de redención.

El hombre ha surcado de innúmeros caminos la mole del Avila. Los hay primitivos, espontáneos. Los hay cultos, refinados. El baqueano conoce los primeros. Se los sabe de memoria. El guerrillero, hijo de Caracas o de la Guaira, los recorre intrépido, en la noche, para caer sobre la fuerza enemiga en el tremendo despertar de la madrugada. La carretara y el ferrocarril se ciñen cuanto pueden, a los flancos del coloso que se deja adular para que suban. El turista ve cómo se va desvaneciendo el mar, cómo se va acercando el cielo; sondea con admiración los ásperos precipicios que parecen llamarlo. Siente ya las frescuras de la cima. Todavía el monte parece verlo de reojo. Al fin, en las últimas vueltas del camino, se recoge el monte el manto cesáreo, y ante los ojos sorprendidos despliega el suntuoso tapiz del Valle de Caracas.

Por todos los caminos se llega al secreto del Monte. Cuando se ha llegado al fin, cuando se ha conquistado su confianza, se recibe en premio un paisaje amplio, la hospitalidad de un corazón a toda luz abierto.

Quizás demasiado abierto. Porque el Avila es fiel a su origen. En los dramas geológicos, él, viejo, toma el puesto y la categoría de nuevo. Lo antiguo es el mar que él rechaza y contiene. Así, confiesa debilidades por lo nuevo. Contiene al mar con una mano, y con la otra le da un apretón clandestino de simpatía. En el hecho se sirve de él para dar entrada a lo nuevo. Combate al filibustero, rechaza la escuadra enemiga, pero deja entrar el contrabando de mercancías y el contrabando de las ideas. Cuando llegue la hora, él, que no deja escapar el fuego de su seno, aventará las ideas y su erupción libertadora alcanzará hasta muy lejos en el mar y el continente.

ESTIRPE AVILEÑA

Nació el Valle del Monte. Nació la ciudad, del Valle. No fue el ciego Azar quien unió con vínculos eternos las tres entidades. Las juntó la voz poderosa de la herencia, el hilo sutil del linaje.

Cuando el Monte se irguió para rechazar al Océano; cuando se plantó altanero y retador para librar de las aguas

saladas la tierra que iba a consagrar para la historia, quedó a sus espaldas una quiebra profunda. El Monte se dedicó a borrarla. Día a día, hora a hora, minuto a minuto; en ocasiones con larga pausa y silenciosa paciencia; en momentos de tempestad, con prisa al parecer devastadora y en realidad creadora, el Avila se desprende de sus vestiduras de follaje, de su propia carne, de su sangre, de sus huesos, para darlos con desinterés de padre al hijo amantísimo, joven, hermoso y fuerte, que es el Valle de Caracas. El granito de sus entrañas vuélvese tierra fértil, que es luego dulzura en los cañamelares y en las frutas; aliadas de la inteligencia en las semillas de los cafetos; color y matices delicadísimos en las rosas de todo el año; aroma embrujador en las reinas de noche, lirios, nardos y magnolias.

Cuando los conquistadores españoles descubrieron el Valle, por intuición certera adivinaron su sentido oculto. Los caribes que lo señoreaban, parecían también haberlo adivinado. La lucha por el dominio del Valle fué larga, porfiada, cruenta. El monte se complacía en la pugna, porque él es héroe y advertía bien el heroísmo de las dos razas combatientes. Mas, también preveía el futuro remoto. Para algo mayor había él desgarrado sus entrañas y formado el Valle. Quizás, también, con algo de ironía avileña, pensaba que allí mismo se estaba labrando la cuna donde nacerían los hijos de los triunfadores, para romper la cadena que ahora se estaba forjando...

Los recién llegados comprendieron bien las dos fisonomías y las dos caras. Del lado del mar levantaron fortalezas, castilletes, atalayas. Y como las defensas pudieran ser eludidas, más bien que vencidas, abrieron un camino estratégico entre el mar y el valle; lo sembraron de reductos, y asimismo fortificaron las alturas que dominarían la futura ciudad. Porque apenas habían asentado con alguna firmeza la planta en el Valle, los conquistadores comenzaron a explotar las riquezas del clima y a levantar una ciudad, destinada a ser famosa.

Hija del heroísmo castellano, testigo interesado en la contienda heroica, al través de circunstancias eventuales, su destino quedó manifiesto en su bautizo. Quedó bajo la protección del Apostol guerrero, el león señorial, fiero y noble, la tribu caribe, inteligente y activa, también noble y fiera, de los caracas.

El Monte había dicho y mantenido su palabra de grandeza. Al hijo, el Valle, tocaba decir nuevas palabras. Si el monte daba su majestad altiva y su condición de capitán, el Valle sin renegar la herencia de heroísmo, tomaría del Padre para legarla a los nietos, la donairosa versatilidad que no excluye la firmeza ni la constancia. El Padre se complace en la espiritualidad de sus hijas, que reflejan la belleza variada del Valle; se complace en la travesura de su ingenio. Y Abuelo tierno, encantado de su prole, se hace Maestro y les da a todas horas la perpetua lección de la fuerza, la gracia y la belleza.

Los hijos del Avila han demostrado a través de tres siglos de historia la persistencia de las cualidades heredadas del Monte y el Valle. Son tan complejas que desconciertan a los observadores menos superficiales. Para comprenderlos bien, precisa comprender bien al Monte. Por no detenerse lo bastante para comprender al Padre-Abuelo, algunos viajeros han errado al tratar de comprender a los nietos. Alguno, encantado de las apariencias suaves y hasta muelles, no los creyó capaces de aventurarse en difíciles empresas, menos de exponer por ellas sus bienes materiales. Y los hijos-nietos del Avila, llegado el momento echaron al fuego de la revolución sus pergaminos, sus preeminencias, sus ceremonias cortesanas, la tranquilidad de sus siestas, la sangre propia y la de sus familias; sembraron con sus huesos, antes formados del genio del Monte, los caminos del continente y de la historia; y se estuvieron en tales empresas catorce años de su vida.

Mas, recordemos que la descendencia del Avila no es sólo eso. Es algo más todavía. Si rehace Iliadas y Odiseas, también sabe rehacer Eneidas y Geórgicas. Si recuerda a Homero,

no olvida a Virgilio. Anda del brazo con Horacio, visita diariamente a Juvenal y de parte de tarde con Suetonio.

La complejidad parece ser el mayor signo de los hijos del Avila. Si comprendéis al monte, comprenderéis el signo. Tal dualidad no es privativa de los nacidos del lado de tierra. La poseen a título de claros caracteres los nacidos del lado del mar. Encerrada en su tira de playa entre dos grandezas, La Guaira cumple ahora como cumplió antes, su misión de hermana abnegada de Caracas. Fue salvaguardia y dejó estampadas en historia que no es sólo suya, páginas gloriosas. Cumplió y cumple la consigna del monte. Fuego y metralla al enemigo. Brazos y pecho cordiales al amigo. Fortaleza hosca y hostil, luego, puerto y puerta por donde Caracas habla y comercia en cosas e ideas con el mundo, La Guaira sabe de trabajar con ánimo, y sabe, como el mar que sacude su costa, alzarse en olas tumultuosas cuando la tempestad sacude los corazones de sus hijos. Sabe también hacer nacer en la tierra áspera las flores de la vida espiritual. Si ella da a Venezuela, de su sangre, los primeros mártires de la Revolución en marcha, da a la República en dos nombres la prueba de nuestra capacidad civilizadora. Vargas y Soublette, hermanados con imperiosa justicia, guerrero el uno, sabio el otro, entrambos magistrados puros, convergen para constituir un solo blasón, un emblema de honra y de cultura.

¡Cuán maravillosa línea de simetría la de esa fila maestra que no divorcia sino comparte glorias hermanas entre Caracas y La Guaira! Si las aguas del Norte llevan directamente al mar los mensajes del Monte, las del Sur recorren el Valle de Caracas, salvan sus lindes y van a confundirse con sus hermanas en nuestro mar, el mar de los Caribes. Símbolo de tal simetría, de tan honda hermandad, dos hombres ejemplares, de aptitudes universalistas, coronan de luz orientadora como dos faros gemelos nuestra Silla del Avila: José Vargas, Andrés Bello.

Fundación de Santiago de León de Caracas

Por Enrique Bernardo Núñez.

Con la publicación del presente estudio de Enrique Bernardo Núñez acerca de la fundación de Caracas, esta revista cumple un doble fin. Primero, encabezar con un trabajo, por hoy definitivo, sobre los orígenes de la ciudad, la serie de relatos acerca de la vida caraqueña que se propone revivir en sus páginas; además, rendir homenaje de cálida admiración al ilustre escritor que realizó una eminente labor como primer Cronista oficial de la Ciudad.

I

El descubrimiento por Francisco Fajardo de minas de oro en el lugar de los indios teques dió mayor importancia a la región llamada de los caracas. Mucho antes los españoles tenían noticia de estos veneros de oro, como se desprende de la relación que el gobernador Juan Pérez de Tolosa hace al Rey en 1548. La belicosidad de las tribus era obstáculo para poblarlas. Para esta época Guaicaipuro adolescente ha debido escuchar los relatos de los asaltos de esclavos en la costa de Borburata por los de Cubagua y la Española. La Conquista avanzaba por la Borburata hacia la nueva Valencia y el lago de Tacarigua, y por la costa de los caracas hasta el valle del Guaire. Nuestra Señora de la Concepción de la Borburata estaba fundada desde 1548 (27 de febrero). Francisco Fajardo comienza sus exploraciones en la costa de los caracas en 1555, el mismo año de la fundación de Valencia. Fajardo funda el Collado, en el mismo sitio donde hoy se halla Caraballeda, en 1560. De El Tocuyo y Barquisimeto fundadas en 1545 y 1552 salían tierra adentro las expediciones. También Villa Rica o Nirgua del Collado, ciudad de las Palmas o Nueva Jérez, entre Barquisimeto y Valencia, se funda a tiempo que Fajardo hacía sus primeras exploraciones. Para 1562 existían en la Gobernación de Venezuela siete pueblos de es-

pañoles con un total de ciento sesenta vecinos o cabezas de familias. Los de Valencia y la Borburata no pasaban de veinte y cinco vecinos, por lo que se hallaban en gran riesgo de ser despoblados o destruidos.

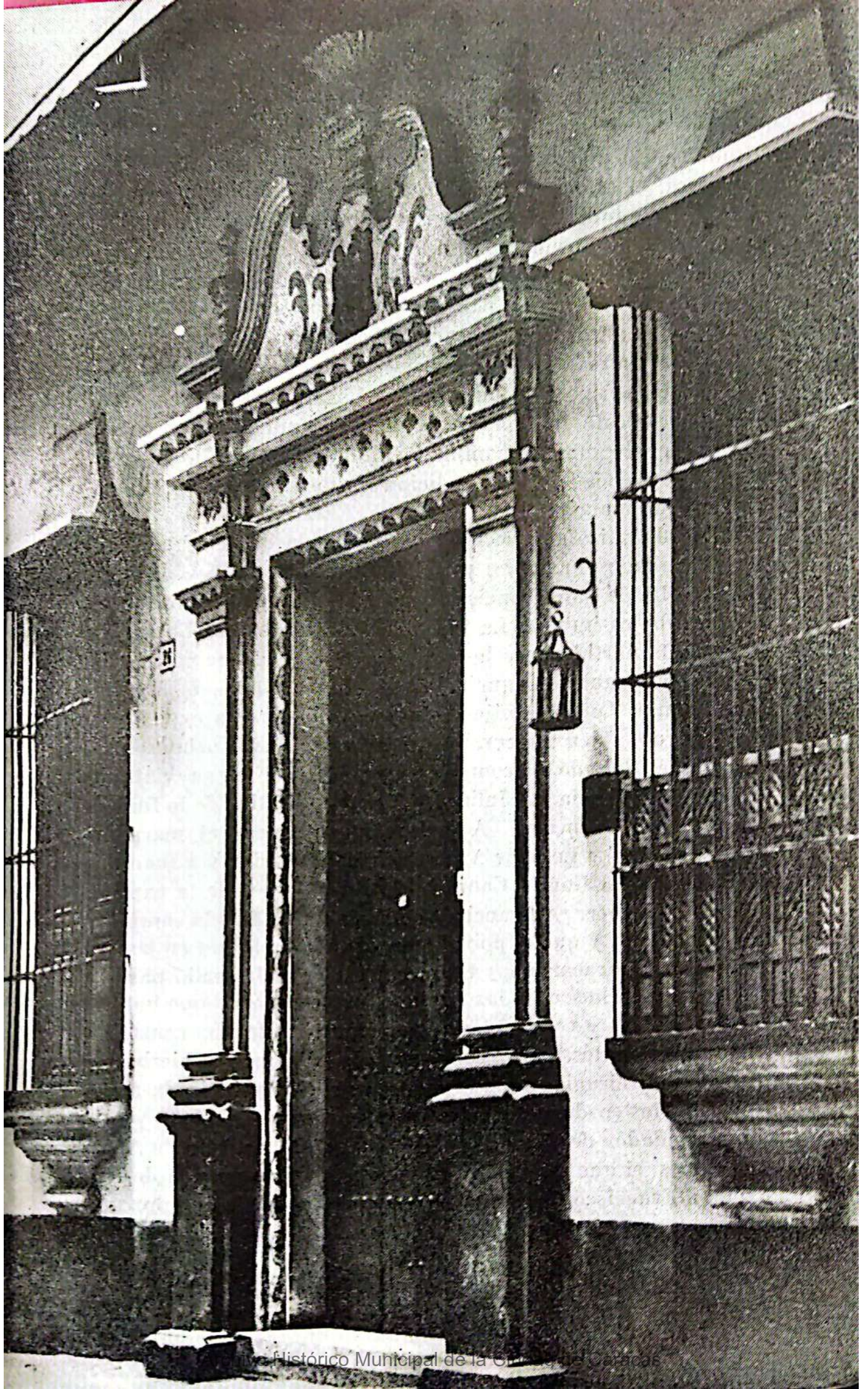
El gobernador Pablo Collado quitó el mando a su teniente Fajardo, fundador de un hato o ranchería en el valle de Maya o del Guaire, al cual dió el nombre de su patrono San Francisco, a seis leguas del Collado. El Gobernador envió a un Pablo Miranda a poblar las minas. Miranda hizo preso a Fajardo y lo remitió al Gobernador, y aunque éste luego lo dejó libre y envió a su villa del Collado, una vez que Miranda abandonó las minas por temor a Guaicaipuro, envió por su teniente a Juan Rodríguez Suárez, el fundador de Mérida, (1561) y en guerra con Paramaconí, cacique de los toromaynas, fundó la villa de San Francisco, de efímera existencia. Rodríguez Suárez fué muerto por los arbacos en la loma de Terepaima cuando se dirigía al Tocuyo, depuesto por Collado que de nuevo dió el mando a Fajardo. Se dijo entonces que Fajardo no era extraño a esta muerte. En los mismos días Lope de Aguirre llegaba a Valencia. Fajardo bajó de nuevo al valle de San Francisco y solicitó auxilios del Gobernador. Este tenía en sus manos a los marañones de Lope de Aguirre, desbaratado hacía poco en Barquisimeto, y para deshacerse de ellos envió hasta ochenta con el andaluz Luis de Narváez, natural de Antequera, de los fundadores de El Tocuyo, y quien ya había estado con Juan de Villegas en la toma de posesión del Tacarigua y en la Borburata. Pero Narváez y su gente fueron destruidos por los arbacos y meregotos en el alto de Las Mostazas, y sólo escaparon dos españoles y un portugués para dar cuenta del desastre. Los marañones expiaron así sus crímenes. Fajardo y los suyos tuvieron que salir de San Francisco, desde las alturas del camino vieron arder al pueblo, y a poco la propia villa del Collado se vió cercada por las huestes de Guaicaipuro.

El licenciado Alonso o Alvaro Bernáldez, abogado de la cancellería de Santo Domingo donde tenía enemigos y protectores, fué enviado a tomar residencia a Collado. Lo ha-

lló culpable de negligencia en resistir a Lope de Aguirre y lo remitió preso a España. La tierra se hallaba en gran miseria y carestía. El licenciado no podía cobrar su salario, ni sus maravedises le alcanzaban para sostenerse. Después de diez meses de gobierno tuvo a su vez que dar residencia al nuevo gobernador Alonso Pérez de Manzanedo, su deudo cercano, que sentenció a su favor. Pérez de Manzanedo muere el 23 de junio de 1563, después de nueve meses de gobierno, y Bernáldez asume de nuevo el mando, para el cual fué provisto por la Audiencia. Estaba de vuelta en Coro el 1º de enero de sesenta y cuatro. "La tierra, escribía, tiene necesidad de cabeza que la gobierne". El valle de los caracas hacía brillar sus cándidos reflejos ante el único ojo del licenciado. Pensaba que cobraría prestigio en la Corte, aseguraría el gobierno, si llegare a ofrecerle la conquista o pacificación de los caracas. Nombró por capitán al mariscal Gutierre de la Peña que ambicionaba el cargo de gobernador. Surgieron desavenencias entrambos, o entre la autoridad civil y la militar. Bernáldez culpaba a Gutierre del fracaso de la expedición. No se dió prisa, ni juntó gente, y se dilató tanto que los indios tuvieron tiempo de prepararse a la defensa. La real cédula de 17 de junio de 1563 mandaba hacer el castigo. Bernáldez decidió dirigirlo personalmente. Juntó gente en Coro, Borburata y Valencia, y con cien soldados llegó hasta las sabanas de Guaracarima, o junto al río de Cáncer. Los indios en gran multitud le cerraban el paso. Bernáldez se puso a hacerles discursos de paz, pero los indios respondieron con las armas e hicieron en sus filas todo el daño que pudieron, aunque sólo hubo un negro muerto y siete heridos que luego sanaron, porque las flechas no tenían hierba. Entre los heridos se hallaba Sancho del Villar. Bernáldez se retiró para evitar mayores daños, "y por ser la tierra alta y montañosa", y fué acuerdo del Real que se volviese por socorro. El valle de San Francisco estaba protegido por aquella muralla viviente. Animados por sus victorias habían matado más de noventa cristianos, y se disponían a caer sobre Valencia y la Borburata. El gobernador Pérez de Manzanedo calculaba que se necesitaban cuando menos doscientos hombres bien aderezados para

sujetarlos. El licenciado Bernáldez proyectó nueva expedición y nombró para dirigirla a Diego de Losada, hombre ya avanzado en la cincuentena. Fué difícil convencerlo. A la postre se rindió a los deseos del Gobernador. En estos preparativos llegó al Tocuyo, en el mes de mayo de 1566, nuevo gobernador, Pedro Ponce de León. Tomó residencia a Bernáldez. Lo halló culpable, entre otros delitos, de haber permitido comercio con los corsarios ingleses, y lo mandó a presentarse ante el Consejo, previa fianza de veinte mil pesos oro. En cuatrocientos mil ducados se calculaba el beneficio de los corsarios. Ponce de León se halló con la situación planteada por los indios caracas y la necesidad del oro de las minas para las rentas, o con mas propiedad el salario del Gobernador y de sus oficiales. Confirmó el nombramiento de Losada, y el 15 de diciembre de 1567 pudo anunciar al Rey el suceso de su teniente en la provincia o región de los caracas, "que con la gente que llevó tiene poblados los dos pueblos que los indios habían despoblado", no sin decir de paso "que no poca gloria le cabía a él, Ponce de León, en cosa tan importante". Eran tantos los naturales, añadía el Gobernador, que Losada pretendía fundar otros dos pueblos, y porque con la fama de las minas de oro acudía mucha gente de otras partes, con sus hijos y mujeres. Estos dos pueblos no eran otros sino Santiago de León y Caraballeda, ya que San Francisco y el Collado, aunque no existiesen, se daban por fundados. Con más claridad, después de cumplir con la formalidad de "repoblar", Losada y su gobernador prescindían, sin decirlo, de San Francisco y el Collado, y daban así origen a infinitas confusiones.

Es cierto que cuando hizo su entrada Diego de Losada, ya la región de los caracas abundaba en huellas españolas. El valle de las Adjuntas o de Macarao tenía el nombre de Juan Jorge Quiñones (valle de Juan Jorge) y el de Turmerito el del portugués Cortés Rico, ambos compañeros de Fajardo. A 12 leguas de la ciudad, donde el Guaire se junta con el Tuy, se extendía el valle de Salamanca o de los Locos, nombre dado por Juan Rodríguez Suárez. Los mariches habían conocido los estragos de los arcabuces y de un cañón pequeño, que



disparó contra ellos Luis de Ceijas, compañero de Pedro de Miranda. En poder de Guaicaipuro estaba su mejor trofeo de guerra, el estoque "de siete cuartas" de Juan Rodríguez Suárez. Los indios de la costa tenían pedazos de espadas, y de uno de éstos sirvióse Tiuna, de Curucutí, para amenazar a Losada en el combate. Los mariches tenían pedazos de camisas blancas enviadas por los toromaynas, camisas de los cristianos muertos por ellos, y las agitaban como banderas ante los invasores. Los de la costa tenían los ornamentos pontificales del obispo de Charcas y muchas alhajas, presas de un navío que recaló en Guaycamacuto, perseguido por un corsario. Los meregotos, en cambio, ocultaban la plata de la expedición de Narváez. La expedición de los caracas llegó a ser presagio de mala ventura.

Losada quiso aprovechar la experiencia de las anteriores. Trazó cuidadosamente su plan de operaciones. Su objetivo era el valle de San Francisco, y desde allí haría frente a los ataques de los indios. La tierra de los caracas era lluviosa y dispuso la partida para la estación seca. Llevaba consigo a muchos veteranos de aquella región. Martín de Jaen, Juan de San Juan, y Luis de Ceijas asistieron a la tercera expedición de Fajardo. Jaen fué con Lázaro Vásquez de los primeros alcaldes del Collado y acompañaron a Fajardo en su viaje de Caruao a Valencia. A Julián de Mendoza, testigo de la fundación de San Francisco. A Pedro Alonso Galeas, el marañón que se le huyó a Lope de Aguirre en la Margarita, y a Juan Serrano y Pedro García Camacho, sobrevivientes de la expedición de Narváez. A Francisco de Madrid que hizo la campaña de Bernáldez, y quedó por algunos días con el Real en las sabanas de Guaracarima. Además, Luis de Salas salió para la Margarita en busca de los guaiqueríes de Fajardo que habían jurado volver y vengarse de Guaicaipuro. Llevaba consigo a Diego de Montes, gran conocedor de bálsamos y hierbas y maestro de cirugía, famoso por la operación practicada a Felipe de Hutten durante su entrada en tierras del Meta, y primer fundador de Nirgua. Y a Cristóbal Cobos, hijo de Alonso Cobos, el que ajustició a Fajardo. Y como prenda de fortuna a Francisco Guerrero, el renegado, un viejo andaluz que

se halló cautivo en Constantinopla y asistió con Solimán al sitio de Viena en 1529. Venían de diversas regiones del globo. De España, de Italia, de Africa y Portugal. De Coro, la Borburata y el Tocuyo. Habían estado en las guerras de Africa, en el saco de Roma, en las provincias de Papamene y de los choques, en el Perú, en el Meta y el Apure. Llevaba gran cantidad de bagajes, rebaños de la Nueva Valencia, ofrecidos por el teniente de gobierno Alonso Díaz Moreno, semillas de legumbres, de acuerdo con lo establecido sobre fundación de ciudades. Losada aparecía como el jefe de la expedición, pero el verdadero general era el apóstol Santiago. Losada le hizo voto de consagrarle su conquista. Además, en Nirgua, a fin de reforzar la protección celeste, Losada decidió festejar el veinte de enero, día de San Sebastián, a fin de invocar su protección contra el veneno de las flechas, y le ofreció dedicarle una blanca ermita. Veinte hombres a caballo y más de ciento treinta infantes, Oviedo no alcanza a dar el nombre de todos ellos, componían propiamente el ejército.

II

Losada salió del Tocuyo en los comienzos de 1567 y por Pascua Florida se hallaba en el valle de Cortés Rico, llamado en lo sucesivo Valle de la Pascua. A principios de abril pasa el Guaire y acampa en el valle de San Francisco. De todo lo expuesto no parece caber duda de que el año de la fundación de Caracas es el de 1567. En cuanto al mes y día será preciso acudir a la tradición. La más antigua señala el 25 de julio y algunas presunciones vienen a favorecerla. Era costumbre de los fundadores asociar el nombre de la comarca o región al de la fiesta del día. Así Juan de Ampués dió principio a la fundación de Santa Ana de Coro el 26 de julio de 1527, día de Santa Ana. Así Juan de Carvajal funda Nuestra Señora de la Concepción del Tocuyo el 7 de diciembre de 1545, víspera de la Inmaculada. Así Garcí González de Silva la del Espíritu Santo de Querecrepé, tierra de los cumanagotos, en los días de Pentecostés. Aunque nada de particular tendría que el acta de fundación se hubiere dado en el mismo abril. De antemano Caracas estaba dedicada a Santiago, apóstol de Es-

paña y su grito de guerra desde que el rey don Ramiro venció a los moros en la batalla de Clavijo. Losada lo invoca en la cuesta de San Pedro, frente al ejército de Guaicaipuro, y luego en la batalla de Maracapaná, en el mismo valle de San Francisco. Losada ha debido recordar la casa paterna en Río Negro, en el camino de los peregrinos que iban a Compostela.

Los cronistas hablan de "reedificación" de ambos pueblos —los de San Francisco y el Collado—, si reedificación puede llamarse las de unas chozas cubiertas de paja, quemadas por los indios. Esto de reedificación no puede tomarse sino en su aceptación de "construir de nuevo", o como ligereza o hipérbole de conquistadores y cronistas. Fué la de San Francisco una villa de pocos días. En cambio, Santiago de León subsiste hasta hoy. Al parecer, Santiago no fué fundada en el mismo sitio de San Francisco. El primero en decirlo es el propio fray Pedro Simón, quien como Aguado, emplea el término "reedificar". "Reedificó los dos pueblos, aunque no en los mismos sitios, llamándolos al uno Nuestra Señora de los Remedios y al otro Santiago de León, a devoción del Gobernador, porque quedase embebido en el nombre del pueblo parte del suyo". A mediados del siglo pasado los redactores de "La Opinión Nacional" hojeaban el "Diccionario Histórico Geográfico" del jesuita italiano Juan Domingo Coletti, y vieron con sorpresa que se refería a dos ciudades, San Juan de León y Santiago de León, fundadas ambas en la provincia de Caracas, "en una amena llanura". Solicitaron la opinión de Aristides Rojas ("Bibliófilo") y éste publicó en aquel diario, el 10 de mayo de 1875, un artículo titulado "Orígenes Geográficos de Caracas" en el cual refuta las afirmaciones de Coletti. Rojas habla en dicho artículo de la situación de San Francisco. Para el hato de Faiardo y la villa de San Francisco, Rojas señala a Catia y alrededores del Caroata o Carguata y el cerro del Calvario, "lugares desprovistos de vegetación". Es lo que se desprende del relato de Oviedo. Y aunque en su descripción de la Provincia, Juan de Pimentel emplea asimismo la palabra "reedificar", dice que Losada dió principio a la fundación en las cercanías de Catuche o Catuchaquao, río o quebrada de las Guanába-

nas. Sea lo que fuere, ambos sitios, de Naciente a Poniente, cubre hoy la ciudad de Caracas. Con más exactitud, la planta de la nueva población quedaba entre el Catuche y el Carroata.

Esto de cambiar de sitio las ciudades era frecuente en aquellos tiempos. Nueva Segovia de Barquisimeto, fundada primero en el río Buría, cambió de sitio cuatro veces. "Y nadie, dice fray Pedro de Aguado, se deve maravillar de que una ciudad o rrepública se aya mudado tantas veces y con tanta facilidad, porque como para hazerse una casa de las que en estos vecinos moravan no fuesen menester muchos materiales de cal, piedra y ladrillo, sino solamente casas de arcabuco y paja de la cabana, con mucha facilidad harían y desharian vna casa destas, y también porque los oficiales y obreros que las havían de hazer les costaban muy pocos dineros..." Idéntica observación hace Oviedo cuando los vecinos de Caraballeda decidieron abandonarla en 1586, para resistir al gobernador Luis de Rojas que pretendía intervenir en la elección de los alcaldes aquel año: "trasmigraciones que se hacían con facilidad en aquel tiempo, porque siendo las casas de vivienda unos bujíos de paja, no reparaban los dueños en el poco costo de perderlas..." La guerra y las enfermedades influían asimismo en tales mudanzas. Nirgua cambió de sitio varias veces. Trujillo fundada en 1556 por Diego Garcia de Paredes, fué llamada la ciudad portátil por las veces que hubo de cambiar de asiento. Es de imaginarse lo que sería la villa de San Francisco, rodeada de enemigos y con tan escasos pobladores. Los vecinos de la Borburata la abandonaron asimismo después del saqueo de los franceses, y se trasladaron a Valencia y a Santiago de León.

Parece que por un momento, ante el número de emboscadas y guazábaras que le daban los indios, Losada pensó salirse y abandonar su conquista. El propio Losada recibía una herida bajo la celada a la entrada de los mariches. Los víveres escaseaban. Los corsarios infestaban la costa de la mar. Ante él se extendía el valle de grandes sierras, regado por cuatro ríos. Las sabanas cubiertas de cujies. A poco

llegó Juan de Salas de la Margarita. Apenas traían quince europeos, entre ellos Lázaro Vásquez Rojas, y sesenta guaiqueríes, pero buena cantidad de bastimentos. Salas no pudo acudir a la cita de la Borburata, según estaba convenido, porque los franceses saqueaban por aquellos días a Cumaná y Margarita, y luego en el mismo mes de marzo, a Borburata, y se vió obligado a ir con sus piraguas a Guaycamacuto. Con aquel refuerzo, y en medio de los cuidados de la guerra, Losada se decidió a emprender los trabajos de la fundación. El emperador Carlos V y luego su hijo y sucesor Felipe II habían dispuesto con prolijidad la forma que debía guardarse en la fundación de las poblaciones, y las calidades de la tierra, ya fuera en la costa de la mar o en la tierra dentro. Procurarían tener el agua cerca para su fácil aprovechamiento y los materiales necesarios para edificios, tierras de labor, cultura y pasto. El Gobernador en cuyo distrito estuviere declararía si lo que se ha de hacer es ciudad, villa o lugar, y conforme a lo que se declaraba, se formaría el Concejo, República y oficiales de ella. Si era ciudad metropolitana tendría doce regidores. Si diocesana o sufragánea, ocho regidores. Para las villas y lugares habría cuatro regidores. (Santiago de León tuvo en sus comienzos cuatro regidores). Parte del territorio se asignaba a los solares, propios, ejidos y dehesas para el ganado, y el resto se dividía en cuatro partes así: una para el fundador y las tres restantes en partes iguales para los pobladores. Plazas, calles y solares, debían repartirse a cordel y regla, comenzando desde la plaza mayor y sacando desde ella las calles a la puerta y caminos principales, y éstos con tanto más compás abierto, que aunque la población vaya en gran crecimiento, se pueda siempre proseguir y dilatar en la misma forma. La plaza mayor estaría en el centro. Su forma en cuadro prolongada, cuyo largo sería "una vez y media de su ancho", por ser así más a propósito para las fiestas de caballos. Su grandeza proporcionada al número de sus vecinos, y en consideración a que las poblaciones puedan ir en aumento, no debía ser menos de doscientos pies de ancho y trescientos de largo, ni mayor de ochocientos pies de largo y quinientos treinta y dos de ancho. Y quedaría de buena

proporción, si fuere de seiscientos pies de largo y cuatrocientos de ancho. De ella se sacarían las cuatro calles principales, una por medio de cada costado y dos más por cada esquina. Las cuatro esquinas mirarían a los cuatro vientos principales, para no hallarse expuestas a los dichos vientos, y las cuatro calles tendrían portales para comodidad de los tratantes. (Estos portales no los tuvo la plaza mayor de Santiago de León hasta 1754). El templo debía estar separado de otros edificios, que no pertenezcan a su calidad y ornato, y algo levantado del suelo, para ser visto y venerado de todas partes, de modo que se había de entrar en él por gradas. Entre la plaza mayor y el templo se edificarían las casas reales, cabildo y concejo, aduana y atarazana, a fin de que en caso de necesidad se puedan socorrer. (El sitio de estas casas las señaló Losada en la esquina del Principal). Las calles serían anchas en lugares fríos y angostas en los calientes. Anchas donde hubiere caballos, porque así convenía para la defensa. (Las calles de Santiago tuvieron en sus comienzos treinta y dos pies de ancho). Hecha la planta y repartidos los solares, cada uno de los pobladores armaría su toldo, a cuyo efecto debían llevarlo con las demás prevenciones, o harían ranchos o ramadas para protegerse, y con la mayor diligencia rodearían la plaza con cercos y palizadas para defenderse de los indios. Se disponía así mismo que la fundación se hiciese con paz y consentimiento de los naturales. Estos, en el valle de Caracas, se negaban a prestar tal consentimiento.

El acta de la fundación de Caracas se ha perdido, pero no es difícil imaginar su contenido. En ella se haría constar con toda clase de pormenores y circunstancias del mandato recibido, cómo el teniente de gobernador y capitán general Diego de Losada, por el gobernador Pedro Ponce de León, después de señalar con cruz de madera lugar y sitio para la iglesia, casas de cabildo y plaza mayor, y de haber colocado en el centro el rollo o picota de la real justicia, montó a caballo, cubierto con todas sus armas y espada en mano, con sus pendones y banderas desplegadas, dijo en altas voces, cómo en aquel sitio, poblaba en nombre de Dios y del Rey una villa a la cual puso el nombre de Santiago de León de Cara-

cas, en honor del patrón de España y del Gobernador. Y que si alguna persona lo quisiese contradecir lo defendería a pie y a caballo. Y en señal de posesión dió golpes con la espada en la tierra, y los que estaban presentes respondieron: ¡Viva el Rey! No faltará seguramente en el acta relación detallada de lo ocurrido en la expedición desde el Tocuyo hasta el valle de San Francisco. Luego podrá leerse la firma de Losada, la del Veedor, las de los testigos principales y la del escribano Alonso Ortiz. Tampoco es difícil imaginar la escena: Losada está a caballo, en el centro, junto a Gabriel de Avila, alférez mayor, hombre de treinta años, Francisco Infante y su sobrino Gonzalo de Osorio, que van a ser primeros alcaldes. Los de a pie y de a caballo forman un cuadro entero con sus rodela, espadas y arcabuces. Es decir, los ciento y cincuenta hombres del ejército, disminuido con las bajas de Francisco Márquez y Diego de Paradas. Entre ellos véanse los hijos del gobernador Ponce de León: Pedro, Francisco y Rodrigo. A Tomé y Alonso Andrea de Ledesma, de los fundadores de Trujillo, y a los que van a ser primeros regidores: Lope de Benavides, Bartolomé de Almao, Martín Fernández de Antequera y Sancho del Villar. El padre Blas de la Puente y el fraile Baltasar García, capellanes de la expedición, y aquel soldado Juan Suárez, tocador de gaita. No faltan en esta escena las mujeres, entre ellas Elvira de Montes, mujer de Francisco de Vides e Inés de Mendoza, de Pedro Alonso Galeas, que valerosamente han corrido las contingencias de la aventura. Más allá, al fondo, los "ochocientos hombres de servicio", contemplan la escena.

La ciudad era planta exótica en el valle. No sólo tenía sus enemigos en las naciones de indios que la rodeaban sino entre sus mismos fundadores. Con motivo del reparto de tierras y encomiendas, la ciudad se dividió en dos partidos: el de Francisco Infante y el de Diego de Losada. Infante fué al Tocuyo, a deponer contra Losada, y el Gobernador Pedro Ponce de León le revocó los poderes y nombró para sucederle a su hijo Francisco. Muchos de sus parciales siguieron a Losada, y Santiago de León, se vió a punto de ser despoblada.

Flores y jardines en Caracas

por A. Ernst.

*Bring flowers to crown the cup and
the lute;*

Bring flowers, the bride is near;

*Bring flowers to grace the prose of
life;*

Bring flowers to strew on the bier!
(Miss Landon).

Entre los muchos adelantos que en los últimos dos o tres decenios han cambiado casi por completo el aspecto de Caracas, figura por cierto, y en gran manera, el gusto, hoy ya muy generalizado, del cultivo de flores y plantas de adorno. Hace un cuarto de siglo, no tenía la capital ningún paseo público que mereciera este nombre; y aún en los muy contados jardines particulares de aquella época no se veían sino las especies más comunes, sin que en general se tuviese la menor pretensión a reunir las en grupos pintorescos, o a formar con ellas conjunto vistoso y bien dispuesto. Prescindiendo de media docena de variedades de rosales (como las rosas Páez, Mariscal Niel, de Alejandria, de Bengala, la centifolia, etc.) había entonces algunos claveles, novios (*Pelargonium zonale*), aroma (*Geranium odoratissimum*), violetas y pensamientos, virginias (*Verbena*), albahaca (*Ocimum basilicum*), clavel de muerto (*Tagetes*), perla fina (*Ammi majus*) heliotropio, mil flores (*Clerodendron fragrans*), narcisos y nardos (*Polyanthes tuberosa*), azucenas (*Lilium candidum*), Clitoria ternata, nome-olvides (*Browallia demissa*), ojo de pájaro (*Thunbergia fragrans*), romero, mejorana, conejas (*Impatiens balsamina*), estrañas (*Aster*), dalias, viudas (*Scabiosa atro-purpurea*), catalinas (*Centranthus ruber*), Santa-María (*pyrethrum parthenium*), Margaritas (*Callistephus chinensis*), flor de paraíso (*Alpinia nutans*), pasta de almendra (*Ipomaea dissecta*),

eundeamor (*Momordica charantia*); y de plantas mayores la yerba Luisa (*Lippia citriodora*), dama de noche (*Cestrum nocturnum*), diamelas (*Jasminum sambac*), jazmín real (*J. odoratissimum* y *J. grandiflorum*), rosa de Berbería (*Nerium oleander*), papagayo (*Poinsettia pulcherrima*), cayena (*Hibiscus rosa-sinensis*), campanillas del Perú (*Abutilon striatum*), clavellina (*Caesalpinia pulcherrima*), resedá (*Lawsonia inermis*), astromelia (*Lagerstræmia indica*), amapola (*Plumieria rubra* y *Pl. alba*), jazmín amarillo (*Allamanda cathartica*), flor de luna (*Datura arborea*), jazmín del Cabo (*Tecoma capensis*), cipreses (*Cupressus sempervirens*), pinos (*Thuya occidentalis*), magnolias, etc. La noble familia de las palmas estaba representada desde muy atrás por el chaguaramo o palma real (*Oreodoxa regia*), y se refiere que, en tiempos de la dominación española, sólo las personas ennoblecidas tuvieron el privilegio de adornar los jardines de sus moradas con dos ejemplares de este símbolo de la grandeza real. Finalmente debemos mencionar la palma sagú (*Cycas revoluta*) como una de las plantas más antiguas de nuestra horticultura.

El jardín más notable de aquellos tiempos fué el de La Viñeta, sobre todo por encontrarse allí varios árboles raros e interesantes, con los que al General Páez había obsequiado el Almirante Elphinstone Fleming, después de su visita a Caracas, por los años de 1829 a 1830; como la "fruta de huevos" (*Blighia sapida*) y un ejemplar del baobab (*Adansonia digitata*), sembrado en 1831. Este árbol creció muy bien y cuando lo medimos en 1871, tenía el tronco, en su base, 23 pies de circunferencia, 16 pies 5 pulgadas a la altura de 5 pies, y 12 pies 6 pulgadas en el punto donde nacía la primera rama, o sea 10 pies sobre el suelo, siendo su altura total de 34 pies. El baobab de La Viñeta no ha sobrevivido al ilustre varón que un día lo plantara al lado de su morada; buscándolo hace algunos años, para repetir nuestras mediciones, encontramos en su lugar unos tantos cogollos de berza. Sic transit gloria mundi!

Y no fué menos fatal la suerte que corrieron muchos de los árboles exóticos que el Marqués del Toro había mandado sembrar cerca de su casa de campo en Arauco (hoy propiedad del señor Domingo Eraso), que fueron destruidos por cierto caballero inglés, un tanto exéntrico, quien, habitando una vez la casa, los hizo cortar para darse el peregrino gusto de comer su *beefsteak* hecho sobre las brazas de leña de canela de Ceilán!

De las plantas citadas pocas han conservado su puesto en los jardines actuales; pero con muchas especies que por cierto carecen de valor, han desaparecido también otras que en todo tiempo serían dignas de ser cultivadas, sin que esta pérdida haya sido compensada siempre con la introducción de novedades verdaderamente interesantes y de mérito incontestable.

Lo que caracteriza en gran parte nuestra floricultura moderna, es la preponderancia de las especies exóticas; la flora del país, tan rica en formas bellas y atractivas, está decididamente en la minoría, si exceptuamos varias aroideas de hojas grandes, algunas orquídeas, y una que otra palmera de nuestras selvas.

Sabemos bien que generalmente es más fácil conseguir plantas de los establecimientos hortícolas de Europa, que obtener semillas o ejemplares de las especies indígenas, por la comodidad de nuestras comunicaciones con el exterior, y la falta de actividad e inteligencia en los hombres que por aquí se ocupan ocasionalmente en recoger algunas plantas para los jardines.

Pero es no menos cierto que prevalece todavía un desprecio de todo punto injusto por las plantas indígenas, como lo demuestra la ocurrencia siguiente. No hace mucho tiempo enviamos a una señora, en su día onomástico, un ramillete compuesto de lo más exquisito de nuestra flora alpina: *Befaria glauca* y *B. ledifolia*, *Gardoquia discolor*, *Thibaudia cordifolia*, *Psammisia penduliflora*, *Rachicallis caracasana*, etc.,

asociadas a las delicadas plúmulas de ciertos helechos, ramitas de *Selaginella*, espigas finísimas de gramíneas, tallitos de *Coccocypselum repens*, cargados de hermosas bayas color azul de cobalto; y todo arreglado con el mejor gusto. El ramillete llamó por cierto la atención de cuantos lo vieran, y a nuestra entrada en la casa todo el mundo quiso saber qué flores tan raras eran aquéllas y dónde las habíamos conseguido. Mas cuando confesamos ingenuamente que eran hijas silvestres de la selva del Avila, el termómetro del interés bajó de repente, y con la exclamación: O, eso es monte! quedamos sentenciados nosotros y nuestro pobre ramillete.

El primer impulso del desarrollo de nuestra horticultura moderna lo dió, si no estamos equivocados, el conocido viajero botánico Moritz, quien fundó en la Colonia Tovar, por los años de 1855 a 1856, uno de los jardines más pintorescos que Venezuela jamás ha tenido. Fué él quien trajo, entre gran número de otras plantas, muchos mirtos australianos (principalmente especies de *Callistemon* y *Metrosideros*) y las más bellas variedades de *Gladiolus*, las que por este motivo recibieron entonces el nombre de vara alemana: hoy han desaparecido casi por completo, y los mirtos ya no se ven sino en los cementerios.

Moritz envió muchas plantas de adorno a sus amigos Benitz y Jahnke en Caracas, cuyos jardines fueron entre los primeros a enriquecerse con todas aquellas novedades florales. Pero muy pronto los sobrepujo el jardín de El Paraíso, en el cual el señor Carlos Hahn, además de ser un habilísimo cultivador de rosas, introdujo muchas especies nuevas, como vg. el Jazmín del Malabar, (*Gardenia florida*), *Thunbergia laurifolia*, *Hexacentris mysorensis*, *Stephanotis floribunda*, *Antigonon leptopus* y *A. cinerascens* (cornalina y bellísima), varias especies de *Begonia* etc. Hahn fué también uno de los primeros que admitió en su jardín las orquídeas indígenas, principalmente la Flor de mayo (*Cattleya Mossiae*).

Poco a poco otras personas principiaron a hacerse de plantas de adorno para los patios de sus casas, transformándolos en jardines pequeños pero arreglados a menudo con mucho gusto. El cultivo de plantas decorativas se hizo de moda, y tomó mayor incremento aún, cuando en la primera época del Gobierno del General Guzmán Blanco se procedió a formar paseos públicos en varias plazas de la capital y en el Calvario, al Oeste de la ciudad. Las primeras, cubiertas hasta entonces cuando más por un empedrado nada hermoso, en el que pululaban a sus anchas las malas yerbas, fueron transformadas así en amenos lugares de recreo, con coposos árboles de sombra (varias especies de *Ficus* con hojas menudas, *Poinciana regia*, *Calliandra saman*, *Swietenia mahagoni*, *Cedrela odorata*, *Eriodendron anfractuosum*, *Triplaris americana*, etc.) y cuadros de mullido césped, formados de *Cynodon dactylon*, especie que después de varios ensayos resultó ser la mejor para este propósito en nuestro clima. El Paseo del Calvario, que ocupa la que antes fué una colina de desoladísimo aspecto, es, nemine contradicente, una creación de tanta utilidad como belleza y uno de los puntos más interesantes en los alrededores de Caracas. Mucho trabajó costó la transformación y también mucho dinero; pero ahí está el resultado en la fresca arboleda que cubre las estériles faldas del terreno, y en los preciosos grupos de arbustos decorativos y vistosas flores que distraen la mirada a cada una de las caprichosas vueltas de los caminos. Los árboles son casi todos de especies indígenas, principalmente de los géneros *Ficus* y *Cassia*, entre los cuales se elevan los culmos graciosos de gramíneas arborescentes (*Guadua angustifolia*). De plantas indígenas merece aún mención especial el garbancillo (*Duranta Plumieri*), arbusto de follaje muy denso y dócil a la poda, cubierto casi constantemente, y al mismo tiempo, de flores color violeta y numerosos racimos de fruticos anaranjados, de manera que es sin duda alguna uno de los vegetales más a propósito para plantaciones de este género, tanto más cuanto que no cría insectos, ni sufre por las irregularidades del clima.

La *Mühlenbeckia platyclada* (llamada bizcochuelos por la forma de sus ramas aplastadas y transversalmente segmenta-

das), semi-arbusto originario de la Nueva-Caledonia, se extendió al principio más de lo que se deseaba, pero por fortuna parece que está en vía de desaparecer; mientras que las diferentes especies de *Araucaria* prosperan muy bien: así hay cuatro ejemplares de *A. Bidwilli* (uno de ellos ya de grandes dimensiones) en el jardín entre el Palacio del Ejecutivo Federal y el Capitolio; y de *A. imbricata* y *A. excelsa* hay muchos ejemplares más o menos hermosos en diferentes jardines particulares y en el Cementerio del Sur, donde empieza a reemplazar el ciprés, árbol tradicional de los sepulcros.

Olvido imperdonable sería dar término a esta parte de nuestra reseña, sin recordar a los señores Andrés de la Morena, Carlos Madriz y J. A. Mosquera, quienes tomaron el mayor interés en los trabajos del primer arreglo y fundación de los paseos públicos de Caracas, teniendo que luchar con dificultades de todo género, entre las cuales las del terreno no fueron siempre las más serias.

Imposible mencionar aquí todos los jardines particulares que existen hoy en la ciudad y sus inmediaciones; la lista sería larguísima, y de seguro muy incompleta, ya que no los conocemos todos. Queremos sinembargo citar los de los señores Jesús María de las Casas, Carlos Díaz, Carlos Casanova (palmeras y aroideas), Teodoro Stürup (palmas), Manuel Hernaiz, Doctor N. Zuloaga, (aroideas), Charles Röhl (orquídeas selectas), Vicente Ibarra (en su hacienda en el Valle Abajo) y en el jardín de La Vega, propiedad de la familia Francia, en el que hay sobre todo varios hermosísimos ejemplares del árbol de los viajeros (*Ravenala madagascariensis*).

El gran Cementerio del Sur es igualmente de mucho interés con respecto al asunto que nos ocupa; porque allí en observancia de una costumbre tan poética como sagrada, el amor y el duelo han adornado con solícita mano los sepulcros de seres queridos, cubriéndolos con las simpáticas hijas de Flora y otras plantas adecuadas, de modo que aquel recinto de la muerte pronto llegará a ser un hermoso jardín donde brota

y renace sin cesar la vida, a pesar de los numerosos y grandes obstáculos que el terreno opone allí al desarrollo de la vegetación.

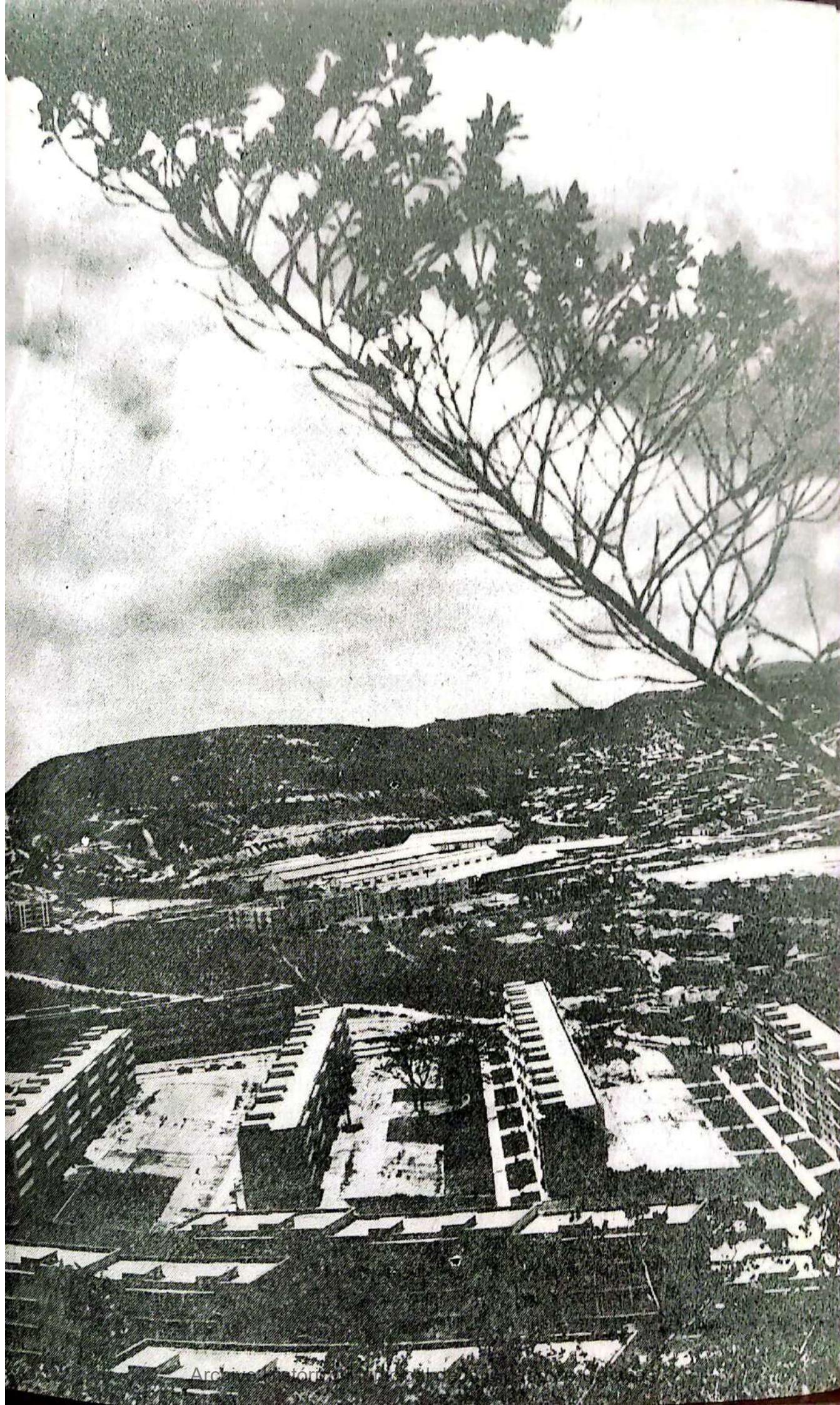
Más y más se está generalizando el gusto por las plantas de hojas grandes, como v. g. las especies decorativas de *Musa* (*M. ensete* y *M. speciosissima*), *Philodendron* (*Ph. pinnatifidum*), *Xanthosoma* (*X. sagittifolium*), *Anthurium* (*A. crassinervium*) y otras; mientras que las plantas con hojas pintadas de varios colores han perdido últimamente no poco en la estimación general. El cultivo de las palmas está aún en los principios, y es probable que nunca llegue a tener muchos partidarios, ya que estos vegetales crecen muy despacio, y requieren además mucha atención y cuidado. La colección más extensa fué hace poco la del señor Carlos Casanova; hoy creemos que merece el primer puesto la de la señora Margarita Stürup. A pesar del gran número de preciosos helechos en nuestra Flora, muy pocos se están cultivando en los jardines: es un campo casi nuevo que recomendamos mucho a nuestros lectores, porque los helechos, lo mismo que las palmas y aroides, son los vegetales más a propósito para la decoración interior de las casas, de donde quisiéramos ver echadas todas aquellas plantas y flores imitadas, cualquiera que sea la sustancia de que estén hechas; porque las tales imitaciones, lo mismo que las coronas de flores de metal o de loza, bien pueden ser excelentes suple faltas en países como la Groenlandia y Kamtshaka, a los que un clima inclemente niega casi toda vegetación; pero no tienen sentido en Venezuela, por la exuberante riqueza de su flora.

Es singular que varias flores hermosas y de cultivo fácil, hayan desaparecido casi por completo de nuestros jardines, como las diferentes especies de *Fuchsia*, la *Torenia Fournieri* (que tenía el nombre vulgar de "pensamiento isleño"), la *Viola tricolor* (pensamiento) y los claveles. Es un capricho de la moda, que en esto de las flores no es menos poderosa que en tantas otras cosas humanas.

Por otra parte hay plantas que a pesar de muchos ensayos variados, no quieren acomodarse a las condiciones de nuestro

clima. Pertenecen a éstas las camelias, azaleas y especies de *Rhododendron*: las primeras crecen hasta formar los botones, pero éstos se caen casi siempre antes de abrirse; y las últimas quedan raquíticas y débiles aún cultivadas en tierra de turba, importada de afuera. Asimismo la rosa musgosa es muy renuente, y no conocemos sino un solo caso de haber dado flores en Caracas (en casa del señor T. Stürup). En cuanto a otras variedades de rosas finas, se ha observado que duran generalmente 4 a 5 años; después se mueren, o dejan de producir flores.

En los últimos años se han introducido muchas especies nuevas, como *Eucharis candida*, originaria de los Estados Unidos de Colombia; *Curculigo recurvata* de Sumatra; *Eranthemum Andersoni* de las Indias Orientales; *Tabernae montana coronaria* y *T. grandiflora* (Jasmín de Arabia); *Talauma pumila* (Magnolina) de China; *Spiraea* (reina de los prados) de Europa; *Anthericum Makoyanum*; *Cyperus alternifolius* de Madagascar; *Cyperus papyrus* de Egipto; *Dombeya mastersi* de Abisinia; *Galphinia glauca* (lluvia de oro) de Méjico, algunas especies de *Begonia* y muchas variedades de rosas. Otras especies están haciéndose raras, como las *Dracaena*, *Canna*, *Petunia*, *Maurandia*, *Lophospermum*, *Russelia*, *Gloxinia*, *Clerodendron Thomsonae*, *Gaillardia*, *Plumbago rosea* y *caerulea*, y las muchas variedades de *Croton* (sección *Codiaeum*), *Meyenia alba*, *Sanchezie nobilis*, y algunas amarantáceas con hojas pintadas existen aún en algunos jardines públicos, y *Nicotiana glauca*, de la Argentina, se ha escapado de los jardines y se encuentra hoy en estado completamente silvestre v.g. en la falda Noreste del Calvario, a orillas del camino que conduce al Observatorio. *Bougainvillea spectabilis* (trinitaria) crece con la mayor facilidad, pero es poco estimada. Otro arbusto trepador del género *Tournefortia*, introducido según parece de Santomas, cubre igualmente en muy corto tiempo paredes extensas (por eso algunos le han cambiado el nombre en *tour de force*), y tiene además las ventajas de dar grandes racimos de florecitas blancas, aunque las hojas son de un color algo apagado.



Para formar los perfiles de las eras se emplean en muchos jardines aún la albahaca fina (*Ocimum minimum*) y la hoja de miel (*Alyssum maritimum*) y raras veces la *Cuphea denticulata*; mientras que es muy generalizado el uso de la *Alternanthera sessilis*, en dos o tres variedades, llamadas té, que por cierto crecen con suma facilidad, forman perfiles muy cerrados, y aguantan perfectamente el recorte.

El cultivo de plantas para la venta de flores es una industria que tiene sus azares, debidos principalmente a las lluvias tempestuosas; pero por lo demás debe de ser remunerativa, a causa del gran consumo de flores para los días onomásticos, bailes, matrimonios y funerales; y de los precios muy caros que piden los vendedores y ramilletteros, sobre todo en las ocasiones de mucha demanda. En Caracas se gastan año por año ciertamente muchos millares de pesos en flores, habiendo llegado el lujo también en este respecto a dimensiones que pasan de los límites del buen gusto, y rayan en exageración. Y como las flores blancas tienen la preferencia sobre las de otros colores, se comprende que a veces debe ser bastante difícil conseguir la multitud de rosas, nardos, gardenias, y otros similares, para una de aquellas ruidosas fiestas, en las cuales las casas quedan transformadas en verdaderos almacenes de ramilletes, y el aire se hace casi irrespirable por los raudales de aroma que llenan todos los aposentos. Es bien cierto que algunos de estos ramilletes, o combinaciones de otras formas, son verdaderamente bellísimos y de suma elegancia; pero no pocos tienen un aspecto tieso por ser demasiado compactos o congestionados, o una figura extravagante y falta de gusto; de modo que, al mirarlos, uno no puede menos de sentir el desperdicio inútil de tantas flores preciosas, apretadas las unas contra las otras, como si se tratara sólo de estrangularlas lo más pronto posible, y no de hacer lucir su natural gracia y belleza.

Caracas ha hecho seguramente grandes progresos en el cultivo de flores y plantas de adorno; aunque no creemos que merezca en realidad nombre de "sultana tendida en el lecho

de flores" (calificación además poco honrosa), que le ha dado no recordamos cuál poeta. Mucho se ha alcanzado, sin embargo; y lo que es más importante, el gusto de este cultivo se ha generalizado, o digamos democratizado, y sigue así en proporción rápida.

Después de la Exposición del Centenario, en 1883, dijo uno de los principales periódicos de horticultura de Europa: "La parte hortícola de la Exposición no fué tan brillante como hubiera podido serlo en un país cuya flora es una de las más ricas del mundo; pero las plazas públicas de la capital y el magnífico parque cuyas frescas sombras dominan Caracas, valen mucho más que la más hermosa Exposición. Según las revistas que hemos leído, la exposición de plantas se pareció en su conjunto a nuestras exposiciones en Bélgica".—(*L'Illustration horticole*, publ. p. L. Linden y E. Rodigas en Gante, Bélgica, núm. de noviembre de 1883, pag. 168).

Contra la primera parte de esta observación debemos decir que el departamento de horticultura y floricultura de la Exposición no contenía sino plantas enviadas por algunas personas residentes en Caracas; que éstas por supuesto no podían remitir sino plantas cultivadas en potes u otros envases; que no era la época de flores, y que además faltaba lugar para mayor cantidad.

Estamos convencidos de que una nueva exposición de este género, en tiempo propicio y lugar conveniente, daría hoy un resultado que dejaría satisfecho al crítico más exigente; porque desde 1883 nuestra horticultura ha progresado mucho y puede hoy corresponder, y de sobra, a los bellos versos de la poetisa inglesa, que hemos antepuesto como mote a estas observaciones, por cierto muy fragmentarias, sobre Flores y Jardines en Caracas.

Caracas: diciembre 8 de 1891.

Dimensión histórica del 19 de Abril

Por Mario Briceño-Iragorry

Cronista de la Ciudad.

El 30 de abril de 1909, la Academia Nacional de la Historia, integrada a la sazón por los académicos de número Eduardo Blanco, Manuel A. Díez, Felipe Tejera, Pedro Arismendi Brito, Marco Antonio Saluzzo, Teófilo Rodríguez, José Núñez de Cáceres, Laureano Villanueva, Rafael Villavicencio, Pbro. Ricardo Arteaga, Julio Calcaño y Francisco Tosta García, después de graves consideraciones, reconoció con "los Ilustres Próceres Fundadores de la Patria, con el Generalísimo Miranda, precursor de la independencia, y con el mismo Libertador Simón Bolívar, que la revolución verificada en Caracas el 19 de abril de 1810, constituye el movimiento inicial, definitivo y trascendental de la emancipación de Venezuela".

Si nuestra Ley vigente de Fiestas Nacionales señala con igual categoría las fechas de 19 de abril y de 5 de julio, la Constitución de la República, en su artículo 26, ordena que el calendario oficial se cuente a partir del 19 de abril, con lo cual da prioridad legal a esta última fecha sobre la muy gloriosa del 5 de julio.

Hasta el momento no he podido ser debidamente informado acerca de cuándo giró órdenes nuestra Cancillería a las Misiones en el Exterior para que celebrasen el 5 de julio como día nacional de la República. De mi parte, cuando tuve el honor de ejercer en Colombia la representación diplomática del país, insinué una revisión del caso, pues es justamente en el concierto exterior, especialmente en América, donde debemos mantener la primacía venezolana en el proceso revolucionario que culminó con la independencia del continente. Entiendo que la Cancillería, para bien ilustrarse, solicitó el criterio diplomático de los demás Jefes de Misión, quienes opinaron en su mayoría contrariamente a mi sugerencia.

Cuando la Academia de la Historia, en 1909, declaró la prioridad del 19 de abril, consultó, en cambio, el criterio de los Padres de la Independencia, especialmente el de Bolívar, a quien es de suponer con alguna razón para escribir en su Pro-

clama de 19 de abril de 1820, "el 19 de abril nació Colombia". Ese mismo criterio estuvo estampado en la Ley sobre Fiestas Nacionales de 14 de mayo de 1849, cuyo 1er. artículo dice: "El 19 de abril es el primero de los grandes días de Venezuela, y forma época en su existencia nacional". (Tanto es así, que el año oficial arranca de tal día).

Al sugerir a nuestra Cancillería el traslado del día nacional al 19 de abril, lo hice con el mero propósito de hacer prosperar en el orden internacional lo que ya estaba consagrado por la Academia de la Historia, por el consenso general y por la voz de los Padres de la Patria. Quise servir a la mayor honra del país, provocando que todos los años se recordase en las distintas capitales de América que fué en Caracas, con el gesto de su Cabildo, donde comenzó, el 19 de abril de 1810, el movimiento que tuvo culminación en el campo inmortal de Ayacucho.

Es gloria de Venezuela y es gloria de Caracas. Ayer, como representante de la República, la exalté ante los colombianos; hoy, como Cronista de Caracas, insisto en pregonar su excelencia. Y si para robustecer sus conclusiones, la Academia invocó ayer el testimonio venerable de los creadores de la República, hoy entresaco del Archivo Capitular un documento de los enemigos de la revolución.

Se trata de las instrucciones dadas por el Cabildo nombrado por Monteverde después del desastre de la Primera República. Lo formaban aquellos mantuanos asustados que, tras las ventanas de sus casas, vieron, según José Domingo Díaz, las frenéticas manifestaciones del pueblo que celebraba la independencia. Aquel Cabildo reaccionario, diputó representantes que fueran a las Cortes y a la Regencia del Reino con la voz de la Provincia sojuzgada. Los elegidos fueron el Regidor don José Joaquín de Argos y el Presbítero Dr. Juan Nepomuceno de Quintana, quienes en 2 de octubre de 1812, recibieron las siguientes instrucciones:

"Primero: Informarán a Su Majestad de todos los funestos acontecimientos ocurridos en esta Capital y sus Provincias desde el desgraciado memorable diez y nueve de Abril de

mil ochocientos y diez, en que fueron aquí depuestas las autoridades lexítimamente constituidas, hasta el treinta del último Julio en que entraron triunfantes en ella las Armas del Rey Nuestro Señor, y comensaron desde luego a reponerse aquellas; presentando la lastimosa historia de estos dos años, y poco más de tres meses con todos los caracteres de la sencillez, y de la verdad, sin permitir que la desfiguren el interés de partido, una prevención mal informada, u otro motivo semejante. Para ello, (caso que no sea bastante quanto representa directamente el Ayuntamiento a Su Majestad sobre el particular) tendrán presente: *que los Reos de la conspiración de San Blas en la Península, trasportados a la Cárcel de la Guayra, Juan Mariano Picornell, (sic), y sus satélites, fueron los primeros que en estos Países inspiraron las ideas de Independencia, y formaron la revolución felizmente descubierta en mil setecientos noventa y siete, valiéndose de Manuel Gual, José María España, y otros a quienes sedugeron; que estas maquinaciones fueron secundadas por el insigne traidor Francisco Miranda, quien en mil ochosientos seis se atrevió a presentarse con una miserable, y escarmentada expedición sobre la costa de Coro; que esto no obstante, las pretendidas ideas liberales de aquellos políticos retormadores, y el odio contra el decantado despotismo Español, comenzaron a hacerse algún lugar entre muchos Jóvenes aturridos a la sombra de una multitud de libros perniciosos y prohibidos que se introducían con el Comercio Colonial, y de la corrupción general de costumbres, autorizada no poco por la prostitución, intrigas, y escándalos de quasi todos los primeros Magistrados seculares de aquel tiempo, lo qual dió motibo a la pesquisa que de orden de Su Majestad hizo en estas Provincias el año de mil ochocientos y seis el Señor Regente Vicitador que fué de esta Real Audiencia Don Joaquín Mosquera y Figueroa; que en el de mil ochocientos y ocho permaneciendo aún este Señor en dicho destino, quatro hombres turbulentos, no bien conosidos entonces, sorprendiendo a algunos de buena fe, se atrebieron a exigir del Gobierno la erección de una Junta Suprema en estas Provincias so color de conservar el orden que creían expuesto, con la*

Guerra de la Península; que estos mismos hombres mal escarmentados, dominados de los vicios más vergonzosos, deborados por la pasión de mandar, y vengarse, aquejados de deudas y miserias, mas sobre todo animados de la imperturbabilidad con que el Señor Capitán General Don Vicente Emparan oía los continuos denuncios de sus criminales y públicos proyectos, alucinado éste por sus confidentes que eran también autores, o cómplices de ellos, aquellos hombres resentidos y furiosos fueron los que el diez y nueve de Abril del año diez, leban-taron el Estandarte de la Conjuración, y atentaron contra las Autoridades, que aún así, y después de alzados con el mando, necesitaron del nombre augusto del Rey, de todas las apariencias de amor a la gran nación, al combenio y a la paz, para fascinar al baxo pueblo, y no apurar por lo pronto toda la paciencia de este honrado vecindario; que obrando desde este punto con menos rebozo no perdonaron ya a medio de ninguna especie para trastornar el antiguo orden y arrastrar las provincias a su absoluta independendia, habiéndola por fin declarado el cinco de Julio del año onse, que para prevenir, y consolidar esta declaración se extableció una perfecta oclocracia bajo el título de gobierno popular, en el qual sólo eran excluídos, o perseguidos los hombres de bien, que desde luego se bió y permitió la libre comunicación y extablecimiento de los extranjeros, enemigos jurados del Sistema Español en estas posesiones de ultramar, el uso público de los libros más escandalosos, una licencia general de opiniones y costumbres en la jubentud; que a los hombres libres descendientes de Africa se les atrajo con la igualdad, a los esclabos con ofertas de su libertad, y en común a todos los hombres corrompidos con el cebo de los Empleos para que hiciesen resonar por todas partes el odio del nombre Español, reservándose sólo el pretendido gobierno acabar con el terror, los embargos, las cadenas, y los suplicios, lo que no hubiesen conseguido la seducción y el interés personal de los foragidos; que en medio de tantas angustias la generalidad del pueblo de Caracas obedecía por un principio de temor maquinalmente, y la de los vecinos ilustrados y pudientes que verdaderamente le constitullen, abominaban el desorden y sostenían la Causa del Rey de las Es-

pañas a costa de sus bienes, de su sosiego, y aún de sus vidas, acreditando el heroísmo de su fidelidad de todos los modos posibles, sobre cuyo particular informarán los Señores Diputados circunstanciadamente los esfuerzos, y sacrificios de tantos individuos, familias, y aún corporaciones enteras, cuya memoria indemnizará con ventaja el honor y lealtad de esta Capital; y que habiendo encontrado en este estado la Provincia, la expedición de Su Majestad al mando del dignísimo y valeroso Comandante General, el Capitán de Fragata Don Domingo de Monteverde, fué éste conducido como en triunfo desde Siquisique hasta esta Ciudad, la qual a pesar de los estragos de los famosos *terremotos del veinte y seis de Marzo y quatro de Abril últimos*, y de todos los horrores de la anarquía precedente, parece que se ha olvidado de sus pasadas tamañas desgracias con el restablecimiento del Gobierno legítimo, con cuya ocasión se erigió de nuevo este Cabildo el cinco de Agosto próximo pasado. Debiendo resultar de esta exposición que la insurrección, y sus progresos en estas Provincias no ha sido obra sino de pocos hombres de Caracas, sin luces, sin costumbres, sin opinión, los quales por desgracia pudieron tiranizar la parte sana, prebalidos de las calamitosas circunstancias de los tiempos, pedirán y suplicarán encarecidamente los Señores Diputados a Su Magestad vengan en declararlo así solemnemente, dejando en su antigua y bien merecida reputación de fiel y leal, esta Ciudad Capital y la masa general de sus habitantes; y para ello se baldrán baxo de los datos indicados de quantas noticias ampliaciones, justificaciones, documentos y medios están a su alcance; y contribuyan a aclarar la verdad, y a hacer valer la justicia. Segundo: En consecuencia pedirán que se le conserben a esta Ciudad todas sus preheminen-
cias, en consideración a que por lo mismo de haberse extablecido en ella el Gobierno revolucionario han sido mayores los sacrificios de los buenos vasallos del Rey, y señaladamente la de Capital de esta Provincia, y sus amnexas haciendo valer todas las razones de necesidad y conveniencia, geográfica(s) y políticas que han obrado y obran todavía en favor de esta gran Ciudad, ahora más que nunca, y dando una idea exacta del verdadero estado en que ha quedado después de los grandes

terremotos de este año; estado que se ha exagerado por malos informes, o con segundas miras, hasta el grado de suponerla enteramente destruída. Para lo que tendrán presentes las copias autorizadas, que se les dan del oficio relativo al asunto de los dos Señores Oidores de la Real Audiencia desde Valencia, y de las dos Actas de este Ayuntamiento concernientes al mismo, con todo lo demás que la naturaleza del caso, el buen juicio, y zelo de los Señores Diputados les sugiere y deva representarse”.

El examen del documento es en extremo concluyente. Enlaza el proceso revolucionario de 1810 con el movimiento frustrado de José María España, Manuel Gual y Francisco Zínza, quienes andaban en enredos revolucionarios desde antes de la llegada a La Guaira de Picornell, Campomanes y Andrés; después, con la tentativa mirandina de 1806; más tarde, con los movimientos de julio y noviembre de 1808. Si aquéllos habían fracasado, no por ello con su pérdida se había apagado la llama que prendería el incendio. Las razones proseguían idénticas, en espera de oportunidad eficaz. Quizá eso sea lo más hermoso del 19 de abril. Un mundo en rebeldía, que no encontraba la forma de expresarse, se adentró en aquella fecha en el Cabildo y tomó caracteres de juridicidad, para hacerse presente en el orden de las instituciones vigentes. Los rebeldes, según rezan las instrucciones trascritas, “el diez y nueve de abril del año diez, levantaron el Estandarte de la Conjunción, y atentaron contra las Autoridades, que aún así, y después de alzados con el mando necesitaron del nombre augusto del Rey, de todas las apariencias de amor a la gran nación, al combenio y a la paz, para fascinar al baxo pueblo”. Aquel día comenzó la revolución, así se hubiese mantenido una APARIENCIA de lealtad al rey inválido, y así hubiera suscrito la propia Junta de Gobierno documentos, como las cartas de Roscio a Robertson, en que se niega el fin rebelde del propósito. Hay una continuidad levantisca y crecedera desde el 19 de abril hasta el 5 de julio. Al principio, la reflexión de quienes buscan un camino; después, la pasión de quienes, tocados de la gracia de los héroes, se lanzan en pos de la victoria.

El primer tutor de Bolívar

Por Arístides Rojas.

En la calle Sud 5, número 9, hay una casa de singular fachada, construída en los primeros años del último siglo. Exteriormente es de un solo piso y su frente está ocupado por tres grandes ventanas sobresalientes, constituyendo cada una de éstas el centro de otros tantos compartimientos formados de pilares fantásticos y arco de arabescos caprichosos. El conjunto aparece, a primera vista, más grotesco que artístico, sobre todo, cuando se estudia con detención. El dosel o guardapolvo en que están sujetas las rejas de cada ventana están exornados de labores, del mismo estilo, aunque más vistosos. Sobre la puerta de entrada que está a la derecha, existe un nicho vacío coronado por el monograma de la Virgen María. Hasta ahora pocos años, figuró en el zaguán de esta casa el antiguo pavimento de hueso, muy de moda en Caracas, durante los dos últimos siglos. De este pavimento sólo se conserva una porción del primer corredor, recuerdo de los antiguos dueños que la habitaban en remotos días.

He aquí una casa célebre, no sólo porque en ella vivió Bolívar, de edad de cinco a seis años, cuando su madre cansada de las travesuras del niño, lo entregó al tutor *ad litem* que le había nombrado la Audiencia de Santo Domingo, por fallecimiento de su padre, el Coronel Bolívar, acaecido en 1786, sino también por ser esta casa la que, durante muchos años, ocupó el tutor, aquel célebre patricio de la revolución de 1810, aquel Licenciado Don José Miguel Sanz, (*) amigo de Miranda, víctima de la guerra a muerte, en las sabanas de Urica, en agosto de 1814. En esta casa fué instalada la Academia de Matemáticas, en 1831; y el Colegio de Santa María en 1859, bajo la dirección de los señores Doctor Agustín Aveledo y Doctor Ribas Bawldin.

(*)—Rojas invierte los nombres de pila del licenciado Sanz, quien se llamaba Miguel José. N. del E.

Refieren las crónicas de ahora ciento veinte años, que en la Universidad de Caracas cursaba estudios de ciencias jurídicas un mancebo de suaves modales, de carácter concentrado, pobremente vestido, dedicado en alto grado al estudio. Ya porque fuese tuerto de un ojo, ya porque careciera de la cháchara y atrevimiento que caracterizan en el claustro a ciertas medianías que llegan a alcanzar entre sus colegas séquito y amistades, es lo cierto, que el más aprovechado de los estudiantes, en la época a que nos referimos, servía constantemente de tema de burla a sus compañeros, por su carácter retraído y silencioso. Llamábase el estudiante José Miguel Sanz.

Armado de paciencia, escudo en los espíritus superiores, supo José Miguel despreciar las bromas pesadas y repetidas de sus compañeros, no viendo en ellas sino puerilidades, hijas del poco mérito y de la ausencia de buena educación. Sin embargo, cuando José Miguel se veía acosado, abandonando el carácter silencioso, se iba sobre sus adversarios, los apostrofaba, los hería con frases cultas, y los retaba para los días de examen, seguro de que todos ellos aparecerían ignorantes a su lado. Y en efecto, así sucedía: al llegar la época en la cual cada estudiante debía presentarse con capital propio, José Miguel descollaba por sus méritos, apareciendo erguido, sereno, satisfecho, y con plena conciencia de sus fuerzas. Recreábanse los examinadores al ser testigos de la soltura del estudiante y de la facilidad con la cual resolvía las más difíciles cuestiones. Al concluir los exámenes, la fama pregonaba el talento, aprovechamiento, despejo y demás condiciones del joven; y éste, en presencia de sus compañeros, recibía los premios a que había sido acreedor. La superioridad de Sanz que había comenzado a vencer a sus colegas con el desdén, llegó a imponerse con el talento y con la fama, de tal manera, que las bromas y burlas llegaron a tornarse en admiración. Sanz fué proclamado por sus discípulos el primer estudiante de Derecho, el espíritu más luminoso de su época y la gloria más pura del claustro universitario. Años más tarde, el nombre del nuevo abogado resonaba por todas partes. Brillaba en Caracas, en los momentos en que desaparecía de la escena po-

lítica la Compañía Guipuzcoana, se eclipsaba la estrella del feroz Intendente Avalos, y surgía con medidas trascendentales el gobierno de Carlos III, como una esperanza en los destinos de América.

A poco andar nace, en 1783, el párvulo Simón, hijo del Coronel Don Juan Vicente Bolívar y de su esposa Doña Concepción Palacios y Sojo. Rico al nacer, lo fué más, cuando a los pocos días, el presbítero Don Félix Aristeiguieta le adjudicó un cuantioso vínculo, legado que llamó la atención pública por la magnificencia del donador. Dos años más tarde, muere el Coronel Bolívar quedando el huérfano Simón, así como sus hermanos, bajo tutela de la madre. Pero como la ley española, en casos como éste, favorece los derechos del privilegiado, la Audiencia de Santo Domingo al tener noticia de la muerte del Coronel Bolívar, nombró un tutor *ad litem* al párvulo Simón, recayendo el encargo en la persona del ya célebre abogado de Caracas, Don José Miguel Sanz.

Es una ley de los contrastes, nacer rico y morir pobre; sembrar beneficios y cosechar abrojos; alcanzar nombre preclaro y morir abandonado; imperar, triunfar, ascender al zennit de la gloria y desaparecer silbado y maldecido. El infante Bolívar que, antes de poseer la razón, venía la ley a ampararle la cuantiosa fortuna que poseía, estaba escrito que tendría que ser amortajado con camisa ajena, cuarenta años más tarde. Todo esto no podía pasar por la mente del tutor, quien tampoco podía presumir el trozo de niño que, bajo su amparo, le entregaba la Audiencia de Santo Domingo. Aquel niño de cinco años, y el tutor de treinta y cuatro, después de mil peripecias, debían tropezar por la última vez: el uno, el más joven, en el camino de la fuga: el otro, el anciano, en el camino de la muerte.

Insoportable apareció desde su más tierna edad el niño Simón Bolívar. No podían con él ni la madre, ni el abuelo, ni los tíos, pues obedecía a sus instintos y caprichos, se burlaba de todos, haciendo todo lo contrario de cuanto se le aconsejaba. Inquieto, inconstante, voluntarioso, imperativo, audaz,

poseía todas las fuerzas del muchacho a quien le han celebrado sus necesidades, haciéndole aparecer como cosa nunca vista. Ni se le regañaba y menos se le castigaba por sus numerosas faltas; siendo inaguantable ante su propia familia y extraños. En tan triste situación pensó la madre del niño, cuando éste alcanzó la edad de seis años, que debía colocarlo bajo los cuidados de un director de carácter, de ilustración y de sanas ideas que pudiera salvarle a su hijo de una educación viciosa que sostenía un carácter indomable. Pensó Doña Concepción en el tutor *ad litem*, el abogado Sanz, quien después de repetidas excusas aceptó al fin, llevándose al niño a su casa para que viviera como uno de sus hijos. Le pareció que complementaba de esta manera el encargo que le había conferido la Audiencia.

Entre el pupilo y el tutor mediaban treinta años de edad, lo suficiente, al parecer, para que el viejo, que así llaman a los espíritus serios, tenaces en el cumplimiento del deber, pudiera imponerse a un niño de tan pocos años. Al instalarse Simón en la casa del tutor, de la cual hemos hablado, comenzó el Padre Andújar, capuchino muy instruido de aquella época, a enseñar al niño los rudimentos de religión, moral e historia sagrada, que sabía mezclar con historietas graciosas que tenían por objeto llamar la atención del discípulo y de captarle la mejor voluntad. Pertenecían al tutor las advertencias, los consejos, los castigos y hasta las amenazas, pues Bolívar, niño, se reía de todo el mundo, a nadie obedecía, no aceptando sino los aplausos necios que provocaban algunas de sus muchachadas.

En los primeros días el tutor apareció suave y cariñoso, pero a proporción que este método fué quedando en desuso, el tutor fué acentuando las observaciones y consejos, hasta que llegó a mandar con carácter paternal e imperativo.

—Cállese usted y no abra la boca, le decía con frecuencia el tutor, cuando en las horas de almuerzo o comida, el niño quería mezclarse en la conversación. Y el muchacho, que era muy tunante, aparentando cierta seriedad, dejaba el cubierto y cruzaba los brazos sobre el pecho.

—¿Por qué no come usted? preguntaba el licenciado.

—Usted me manda que no abra la boca.

En cada una de esta chuscada, el tutor había de reírse, aunque en la mayoría de las veces permanecía serio al lado del pupilo.

—Usted es un muchacho de pólvora, le dice el tutor, en cierta ocasión.

—Huya, porque puedo quemarlo, contesta Bolívar. Y lleno de risa se dirige a la señora de Sanz y le dice:—Yo no sabía que era triquitraque.

—Ya no puedo con usted, le dice el Licenciado, en una ocasión en que el pupilo estaba inaguantable. Yo no puedo domar potros, agrega el tutor, algo excitado.

—Pero usted los monta, responde Bolívar, con impasibilidad admirable. Aludía el pupilo al caballo zaino que montaba el Licenciado, y que de vez en cuando costaba trabajo hacerle subir la rampla que unía el primer patio con el piso del corredor.

Como el Licenciado tenía que asistir con frecuencia a los tribunales, dejaba casi siempre a Simón encerrado en la sala alta de la casa, como castigo que le imponía por sus repetidas faltas; pero como los niños, por traviesos que sean, inspiran siempre conmiseración a las madres, sucedía que la esposa del Licenciado, apiadándose de Simón, le hacía llegar al prisionero, por una de las ventanas, y ayudada de una vara larga, pan y dulces, encargándole que de ninguna manera la comprometiera con su marido. Al regresar el tutor, la primera pregunta que hacía a la señora era la siguiente:

—¿Cómo se ha portado ese niño?

—Ha estado tranquilo, contestaba la señora.

En seguida subía el tutor a la sala de detención, abría la puerta y ponía en libertad a Simón.

—Sé que te has portado muy bien durante mi ausencia, decía el Licenciado al pupilo. Saldremos, por lo tanto, a pasear esta tarde.

—¿A qué debo esto?, pregunta Simón.

—A los informes de mi señora.

—Qué buena mujer es su esposa, Don José Miguel, replica Simón, animado de gratitud.

—Sí, sí, muy buena, porque te apadrina y consiente, replicó el Licenciado.

—Ja, ja, ja, contesta el pilluelo, riéndose a sus anchas.

—¿De qué te ríes, tunante? pregunta el tutor.

—De nada, señor, de nada. Me río porque lo apetezco. El muchacho no quiso comprometer a la señora que lo favorecía con dulces en cada ocasión en que el tutor, al salir para la Audiencia, encerraba a Simón en la sala alta de la casa.

Simón y el tutor salían casi todas las tardes a caballo, y retornaban después de horas de paseo. El Licenciado montaba su caballo zaino y el pupilo un burro negro, algo perezoso. El maestro aleccionaba al discípulo, durante el paseo, aprovechando cualquier incidente que mereciese darle lección.

—Usted no será jamás hombre de a caballo, dice el Licenciado a Simón, que no tenía compasión del asno.

—¿Qué quiere decir hombre de a caballo? preguntó el niño. El Licenciado da una explicación satisfactoria, a la cual responde Simón:

—¿Y cómo podré yo ser hombre de a caballo montado en un burro que no sirve para cargar leña?

—Así se comienza, responde el tutor que sabía aprovecharse de todo para departir con el pupilo. (*)

Y fué tan hombre de a caballo que, cuando murió en Santa Marta, en 1830, de edad de cuarenta y seis años, notóse que tenía en cada posadera enorme callo. Había recorrido, durante veinte años, las pendientes, llanuras, valles, costas, las principales ciudades de la América del Sud, y el dorso de la tierra,

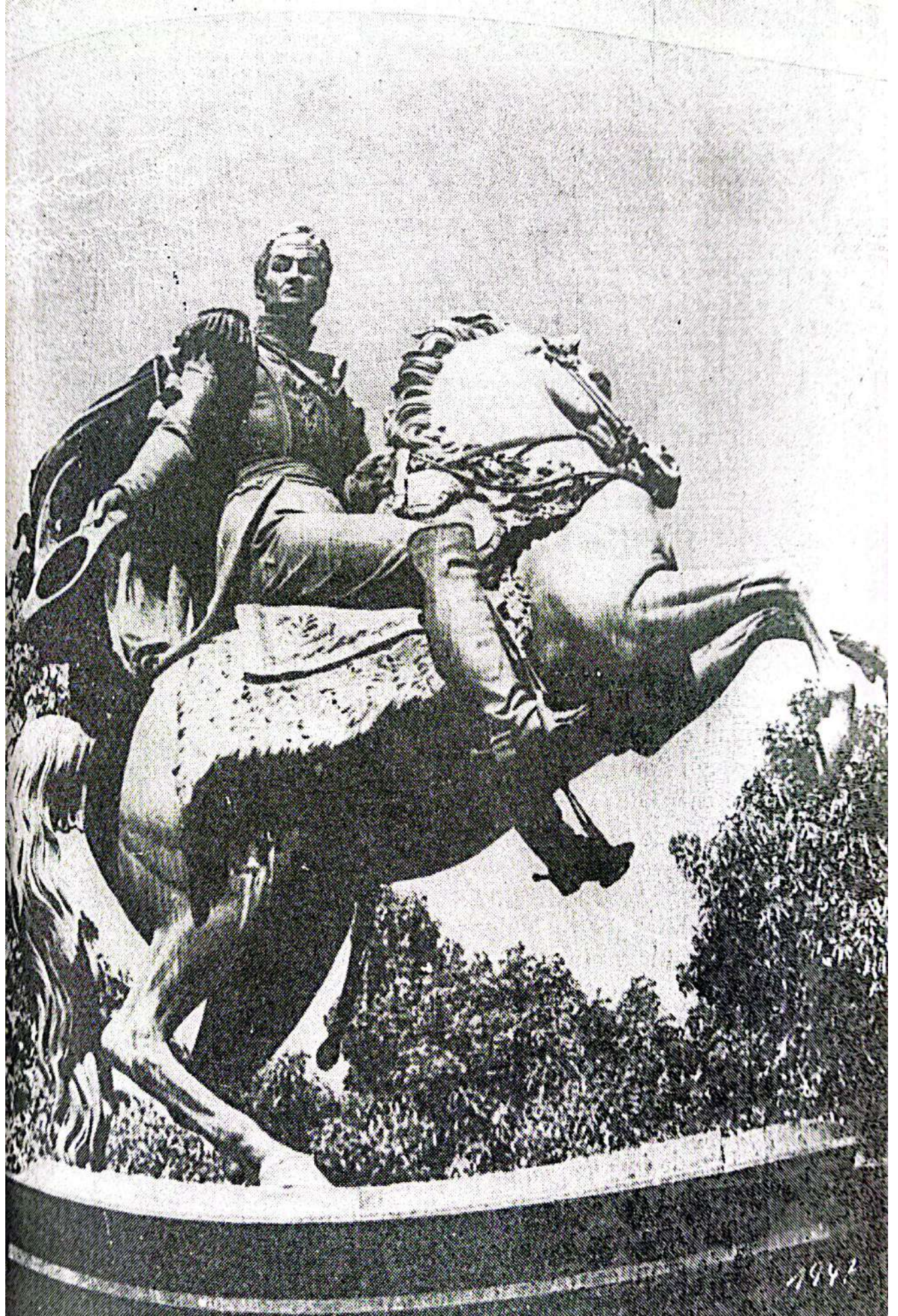
(*) Podría formarse una colección de los dichos, respuestas, frases irreflexivas, contestaciones oportunas, en ocasiones dignas de elogio, en otras dignas de censura, del niño Simón Bolívar, durante el tiempo en que estuvo bajo la vigilancia del célebre tutor Don José Miguel Sanz. Doña Alejandra Fernández de Sanz, esposa de éste, que fué para el inquieto pupilo una providencia siempre cariñosa, siempre oportuna, transmitió a su hija Doña María de Jesús Sanz, después la esposa de Don Cástor Martínez, cuanto conservaba de caro acerca de las frases y respuestas de Bolívar. De labios de Doña María de Jesús, señora de gratos recuerdos para la sociedad de Caracas, supimos

desde las costas de Paria hasta las cimas de Cuzco y del Potosí y a orillas del elevado Titicaca.

Pero esta lucha constante entre el maestro, ya en edad pro-
vecta y el niño de seis años, no debía continuar. Se compren-
de que el jefe de una familia incansable, tenaz y hasta cruel
en la educación de un hijo de naturaleza refractaria, pero no
se comprende que un hombre de la seriedad e ideas de Sanz
pudiera constituirse en mentor constante de un muchacho,
reacio a todo consejo, y con quien no le ligaban vínculos de
familia ni antecedentes sociales. Además, ni tenía tiempo el
tutor para constituirse en celador ni estaba en su educación
hacerse verdugo de nadie. Así fué que antes de cumplirse dos
años, Don José Miguel llevó a Simón a la casa de la madre y
allí lo dejó para que continuara recibiendo las lecciones de los
profesores Andújar, Pelgrón, Vide, Andrés Bello y Simón Ro-
dríguez. Nos inclinamos a creer que éste sustituyó al tutor *ad*
litem en el manejo de la fortuna que fué donada a Bolívar por
el Padre Jérez Aristeiguieta. Muerta la señora Concepción
Palacios de Bolívar en 1791, el padre de ésta, Don Feliciano
Palacios, continuó como tutor natural de Simón y después, por
muerte de aquél, los tíos Esteban y Carlos, hasta, que el mozo
Bolívar se emancipó de todo pupilaje en 1796 y salió para Eu-
ropa en 1799.

¿Qué influencia ejerció el primer tutor de Bolívar en el
ánimo y educación de éste?. Ninguna, porque Bolívar perte-
necía a ese grupo de hombres que se forman por sí, debido a
cierta idiosincracia que tiende a emanciparlos de sus semejan-
tes, y los somete al impulso de caprichos y necesidades, en aca-

muchas de las historietas de Bolívar; y todavía hoy, los nietos del tutor, re-
latan incidentes que se han ido conservando en esta familia, durante cien
años. Nos es placentero dedicar hoy en esta Leyenda algunas líneas a la me-
moría del célebre tutor, jefe de la tan conocida familia Martínez Sanz; y nos
será satisfactorio, porque nos estimula el sentimiento patrio, dar más tarde a
la estampa el estudio histórico que conservamos inédito, acerca del célebre
patricio de la revolución venezolana, víctima de la guerra a muerte, en los
días sangrientos de 1814.



1942

tamiento a aspiraciones naturales, que se transforman en grandes conquistas sociales. Si es difícil conducirlos en los primeros días, es más difícil comprenderlos cuando en posesión de una claridad intelectual, que los estimula, se empujan, toman vuelo, ascienden y obran sin ser comprendidos, en obediencia a leyes misteriosas del organismo. La humanidad juzga siempre a estos hombres luminosos, como locos dignos de conmiseración. Son como el álbato que necesita del huracán para extender el ala poderosa y en cernerse sobre la tempestad que les sirve de peña. La ola enfurecida, el rugido de los vientos encadenados, todas las baterías del rayo eléctrico en posesión del espacio, he aquí la lucha en el vasto campo de la naturaleza. Pero la fuerza no puede ser vencida sino por la fuerza, cuando ésta es conducida por la sagacidad, piloto del espíritu. La pupila del álbato para dilatarse, exige la tempestad y en ésta encuentra su triunfo, su festín. El día en que estos álbatos de las tempestades sociales vuelven al hogar, después de asomarse la faja iris en todos los horizontes, es para sucumbir... El poderío se torna entonces en debilidad, la sagacidad en temores; infalibles, augustos, olímpicos, se hacen después llorones y quejumbrosos. Pero como el álbato, siempre encuentran la roca, el escollo, la playa hospitalaria que les sirve de tumba...

A los once años después de la partida de Bolívar, tropieza éste con su viejo tutor. Veíanse de nuevo, anciano ya el maestro, y de veinte y cinco años el antiguo muchacho tronera y voluntarioso. El mismo número de años mediaba entre ellos; pero el respeto había tomado creces. Tropezaban al comenzar una revolución, cuyo desarrollo nadie podía prever, y la cual necesitaba más de calma y raciocinio que de arranques fogosos. El *tutor* y el pupilo estaban juntos. Sanz le juzgó lleno de talento, de imaginación, pero sin juicio sólido. Poseía la locomotividad del cuerpo y del pensamiento, pero careciendo del aplomo que dan los años y la experiencia. Sanz le creyó incapaz de grandes ideas.

Los sucesos de 1810, 1811 y 1812, confirman respecto de Bolívar, la opinión de Sanz. Uno de los espíritus pensadores

de aquella época, Pedro Gual, amigo de Bolívar, opinó porque éste no había revelado hasta entonces, las grandes manifestaciones con que apareció más tarde. (*)

En las campañas de 1813, Sanz no surge en los campos de la revolución, sino como un espíritu secundario, obrero de poca valía. Con las altas virtudes de un patricio y los talentos de un hombre de Estado, pensador, ilustrado, recto, inflexible en el camino del deber, Sanz no apareció ante Bolívar, en aquellos días azarosos, de triste recordación, sino como el venerable abuelo ante sus nietos belicosos: el hombre de consulta en casos insignificantes; y esto como homenaje debido, más a los años que a la inteligencia del espíritu eminentemente práctico. Es un hecho en la historia que los hombres preclaros, al encontrarse como jefes de situaciones anormales, tienen más confianza en su propio criterio que en el ajeno. Rodéanse más del elemento joven, inquieto y aun turbulento, si se quiere, que de los espíritus ya coronados por los años y las conquistas de una vida laboriosa y fecunda, y sobre todo, poseedores del don de gentes concedido por la Providencia a determinados caracteres.

Sólo en dos ocasiones consulta Bolívar a Sanz: primero, respecto del proyecto de Constitución que deseaba dar a Venezuela en 1813; y segundo, respecto de la pacificación en 1814, de los valles de Barlovento, que Sanz conocía, como el primero. Conciso y terminante se presenta el *tutor*, en sus opiniones: "En medio de la anarquía no puede reinar ninguna Constitución: la anarquía exige la dictadura y en ésta deben resumirse todos los poderes". Y respecto de la paz, alterada en los valles de Barlovento por los agricultores españoles y los esclavos sublevados, Sanz dice: "No es posible la autoridad civil, cuando el desorden impera, sino la militar, el campo volante, la ciudadanía armada en defensa de los intereses generales". Con tales respuestas manifestó el *tutor* la virilidad de sus ideas y la rectitud de sus propósitos. Contestaciones como éstas acompañadas de disputas acaloradas, en las varia-

(*) Gual. Testimonios del ciudadano Don Pedro Gual, sobre verdaderos motivos de la capitulación de Miranda en 1812. Bogotá, I cuaderno, 1843.

das conferencias que tuvieron sobre temas políticos Bolívar y Sanz, fueron causa de que estos dos hombres no se acercaran y se unieran íntimamente, como era natural. La diferencia de edad, de educación, de principios, y cierto antagonismo en el modo de juzgar los sucesos, concluyeron por separar estos dos hombres que nunca llegaron a amarse. Víctima de los sucesos de 1814, acosado por la anarquía patriota más que por las huestes españolas, Sanz abandona en buena hora la tierra caraqueña y sigue a la isla de Margarita. Uno de sus contemporáneos, el General José Félix Blanco, nos dice, respecto del ilustre patricio, lo siguiente:

“Allí, (Urica) con el último ejército de la República, pereció uno de sus más virtuosos e ilustrados hijos, aquel Licenciado José Miguel Sanz, que en una época anterior hemos visto tan consagrado al servicio de su patria. Perseguido por Monteverde, había gemido muchos meses en las mazmorras de La Guaira y Puerto Cabello, hasta que la Audiencia española establecida en Valencia, le puso en libertad. Perdidas las posesiones del Centro y del Occidente por consecuencia de la batalla de La Puerta, emigró a Margarita, y se hallaba allí, cuando su amigo Ribas, deseando oír sus consejos, y aun obtener su mediación para cortar de raíz disensiones de los jefes militares le llamó a su lado, haciendo valer a sus ojos el bien que de ellos se seguía a la República. La víspera de la acción de Urica se avistaron y conferenciaron largo rato, separándose luego al empezar el combate. Con la muerte del ilustre letrado fueron a manos de Morales sus preciosos trabajos literarios y entre otros, una parte de la historia de Venezuela, para cuya redacción había acopiado inmensos materiales. Todos fueron destruidos”. (*)

¿Cómo juzgará la historia de Venezuela a este célebre patricio de los primeros años de la magna revolución? En un cuadro por separado que publicaremos más tarde, trataremos de estudiar esta figura admirable, siempre luminosa de nuestra historia. Tal figura amerita un estudio serio.

(*) La Bandera Nacional, Caracas, 1838.

Caracas y Andrés Bello

por Mario Briceño-Iragorry

Cronista de la Ciudad.

El Municipio de Caracas acaba de reparar, a casi un siglo de distancia, un agravio por él inferido al mayor hombre de letras nacido en nuestra capital. Esta reparación, hecha en forma por demás notoria, es la culminación del proceso abierto en fecha reciente, a favor de la clara memoria de Don Andrés Bello. El presidente Rojas Paúl quiso hacerse eco del movimiento bellístico que representaron en el siglo pasado Juan Vicente González, Cecilio Acosta y Arístides Rojas y decretó una estatua para el gran calumniado, cuya erección quedó en el aire.

Para el retorno de Bello se esperaron más años, y acaso sea preciso poner como punto inicial la "Semana de Bello", llevada a efecto en el Colegio "Sucre" por 1929. Desde entonces ha habido un afán de honrar en distintas formas a nuestro gran Patriarca. Así sea mala su estatua de Capuchinos, al menos fué anticipo de la que será erigida en otro sitio de la ciudad, según reciente decreto del gobierno distrital. La República ha venido reparando el desdén en que se tuvo la inmensa figura del sabio. Allí está la eminente labor de la Comisión Editora de las Obras de Bello, emprendida como fruto de una noble iniciativa parlamentaria del gran poeta Andrés Eloy Blanco; la Universidad cuenta hoy con el Instituto de Filología "Andrés Bello"; el primer Liceo de Caracas lleva su nombre, y también lo ostenta una hermosa avenida metropolitana, que al poner en el orden del día el grato recuerdo del cantor de la Zona Tórrida, ha provocado que el nombre de Andrés Bello haya sido dado a diversos establecimientos comerciales ubicados en la vía.

Es decir, Bello ha vuelto a Venezuela de manera triunfal y para corroborar el triunfo, el Municipio ha sancionado un justiciero acuerdo que levanta la sanción al acto desdeñoso

por medio del cual en 1865, a incitación de Felipe Larrazábal, según opina Julio Planchart, negó sitio en su salón de sesiones a la efigie del Maestro que le fué ofrecida por el General Francisco Iriarte.

En el seno del Ayuntamiento caraqueño, el concejal Dr. Guerrero Gori, presentó el caso de la manera siguiente:

“Ciudadano Presidente; Ciudadanos Concejales. Voy a ocupar nuevamente la atención de ustedes en relación con la personalidad de Don Andrés Bello, o más exactamente, con la colocación de su retrato en el Salón de Sesiones de este Cuerpo, según fué aprobado a proposición mía en la sesión celebrada el lunes pasado.

Ocurre que al hacer aquella proposición, ignoraba yo, como creo también que lo ignoraban los demás miembros de la Cámara, que existía una decisión del Cuerpo, del año 1865, por la cual se negó la instalación del retrato de Andrés Bello en el Salón de Sesiones del Concejo Municipal, que por aquel entonces se denominaba del Departamento Libertador. Como considero que en este momento no nos toca averiguar las causas que motivaron aquella sorprendente decisión, increíble para los venezolanos de hoy, me voy a limitar simplemente a hacer un breve relato del caso, por el interés que para nosotros tiene, y con el fin de que se rectifique la injusticia que entonces se cometió con tan eximio caraqueño.

El General Francisco Iriarte se dirigió con fecha 14 de marzo de 1865 al Concejo Municipal, ofreciendo la donación de un retrato de Don Andrés Bello, realizado con el consentimiento del mismo, y que es uno de los que mejor se le ejecutaron. Esa donación se hacía con el fin, como dije antes, de ser colocado en el Salón de Sesiones, y en apoyo de esos deseos el General Iriarte, en su comunicación al Concejo de entonces, puso de manifiesto el patriotismo de Andrés Bello, sus méritos intelectuales y morales y el decoro y lealtad con que representó a Venezuela en el extranjero, dando prestigio al gentilicio venezolano. En sesión de fecha 4 de abril del mis-

mo año, el entonces denominado Concejo Municipal del Departamento Libertador recibió el cuadro; pero eludió aprobar expresamente su colocación en el recinto edilicio, disponiendo de manera ambigua que se le daría el destino que correspondía a la reputación del personaje que representaba. De este modo, aunque en forma indirecta, fué negado a aquel retrato un lugar en el Salón de Sesiones, y en vista de ello, el General Iriarte se dirigió de nuevo al Concejo en una carta que por su interés y con la venia de la Presidencia, me voy a permitir leer.

Dice así: "Caracas, Abril 22 de 1865. Ciudadano Presidente del Concejo Municipal del Departamento Libertador. No me es posible dar cumplimento al acuerdo celebrado por esa Corporación el día 4 de los corrientes respecto al retrato del Ilustre venezolano Don Andrés Bello.

Como lo ha comprendido el pueblo de Caracas que se gloria de llamar compatriota a aquel sabio, tan justamente aplaudido por el mundo científico, y como lo han comprendido todos los hombres ilustrados de alma grande y de sentimientos generosos, mi pensamiento al presentar el retrato del sabio que tanto nos honra, nunca creí que fuese rechazado. Hase realizado lo que todos creímos un imposible, y un desengaño más ha venido a aumentar el número de nuestras tristes decepciones. Puesto que el Concejo negándole un puesto en la sala de sus sesiones lo destina para una supuesta galería de hombres célebres que indica querer formar, yo retiro mi ofrecimiento; sintiendo que una idea patriótica haya dado lugar a esa negativa, que va a autorizar tantas interpretaciones fuera del país.

Al dejar en estos términos contestada su nota de la misma fecha, que ayer fué que llegó a mis manos, debo rendir a nombre del progreso y de la civilización un voto de gracias a los miembros de ese Cuerpo, que amantes del crédito de Venezuela, le negaron su voto al acuerdo referido. Dios y Federación. Francisco Iriarte".

Todas estas informaciones me han sido suministradas muy gentilmente por el Cronista de la Ciudad, Dr. Mario Briceño Iragorry, y debo añadir que ese retrato sufrió una serie de contingencias hasta llegar a ser colocado, según tengo entendido, en el Ministerio de Relaciones Exteriores.

El hecho es que queda en pie y con plena validez aquel acuerdo, tan sorprendente como injusto, y nosotros estamos ahora en el ineludible deber de anularlo para rehabilitar la memoria de Andrés Bello, rehabilitando también al propio Concejo por tal resolución, que bien podría calificarse de antipatriótica. Se impone, en consecuencia, que el Concejo Municipal del Distrito Federal, en esta fecha, levante la sanción a la resolución aprobada en 1865; que se ratifique la proposición aceptada en la sesión del lunes pasado en el sentido de que, como homenaje a Don Andrés Bello, sea colocado un retrato suyo en el Salón de Sesiones de esta Cámara; y añadiría aún más, y es que en caso de poder recuperarse el retrato que en aquella época fué donado, sea este mismo el que se coloque, con un acto especial, en el Salón de Sesiones.

Hago, pues, la proposición formal en el sentido indicado, y tengo la seguridad de que todos los Concejales la acogerán con beneplácito, ya que en fin de cuentas tiende a corregir un error y a reparar una gran injusticia”.

Como resultado de la intervención del Dr. Guerrero Gori, el Cabildo caraqueño sancionó el siguiente acuerdo:

“El Concejo Municipal del Distrito Federal en uso de sus atribuciones legales, Considerando: Que en la sesión celebrada por el Cuerpo el cuatro de abril de 1865 se negó la colocación en el Salón de Sesiones de un retrato de Don Andrés Bello, donado por el General Francisco Iriarte: Considerando: Que es deber del Concejo Municipal reparar tan notoria injusticia y expresar en alguna forma su respeto y admiración al ilustre humanista.

ACUERDA:

Artículo 1º—Como acto de desagravio a la memoria del ilustre venezolano, levantar la sanción a la mencionada resolución aprobada en sesión del cuatro de abril de 1865 y, en consecuencia, colocar en acto especial un retrato de Don Andrés Bello en el Salón de Sesiones de esta Cámara.

Artículo 2º—Hacer gestiones para recuperar, si ello fuere posible, el retrato donado por el General Francisco Iriarte, a fin de darle el destino previsto e nel artículo primero del presente Acuerdo, en el caso de que tales gestiones tuvieran un resultado favorable y la efigie estuviere debidamente conservada o pudiere realizarse su restauración. En caso contrario, ordenar de inmediato la ejecución de un retrato al óleo del Ilustre Sabio. Dado, firmado, etc.”

Acto justiciero que constituye una hermosa rectificación histórica, que mucho honra al Ayuntamiento caraqueño, y con la cual se repara la ligereza de los cabildantes de 1865. Aquellos erraron al dejarse guiar por infame calumnia y peores juicios que corrían contra la conducta de Andrés Bello. No lo hicieron por mezquindad, sino cegados por un falso concepto de lealtad a la Patria. Precisa perdonarles el yerro y dejar en silencio sus nombres. En cambio, la justicia pide que se recuerde al Doctor José de Briceño, único que se apartó del criterio negador de sus colegas.

He encontrado—entre las familias de Caracas—decidido gusto por la instrucción, conocimiento de las obras maestras de la literatura francesa e italiana, y notable predilección por la música que cultivan con éxito, y la cual, como toda bella arte, sirve de núcleo que acerca las diversas clases de la sociedad. HUMBOLDT.

El Carnaval caraqueño

Se reproducen dos crónicas, escritas a distancia de un siglo, acerca de lo que fué el carnaval de Caracas a fines del Siglo XVIII y del Siglo XIX. La una, escrita por el excelente historiador Lino Duarte Level; la otra, por el celebrado costumbrista Nicanor Bolet Peraza.

EL CARNAVAL DE 1783.

Por Lino Duarte Level.

Bien rumboso fué el carnaval de 1783. Entonces no se jugaba entre la gente decente con agua ni pinturas ni cosa parecida. Era una fiesta culta y civilizada, tal como existe hoy, después del paréntesis del carnaval salvaje que por muchos años se jugó en la capital.

El Obispo Madroñero nos ha dejado una descripción de lo que era el carnaval en Caracas en 1758. A juzgar por sus palabras, las cosas pasaban entonces un poco de la cuenta, a menos que como sacerdote se espantase de las apariencias: Dice así el Prelado: El carnaval en Caracas es “una ostentación de escenas del teatro del mundo como lícitas, las más vivas y artificiosas expresiones de libertad en juegos, justas, bailes, contradanzas y lazos de ambos sexos, contactos de manos y acciones descompuestas e inhonestas, y cuando honestas, indiferentes, siempre peligrosas, llamando a los deleites corporales”.

Aquello le pareció malo, y el Prelado dispuso en su pastoral de 14 de febrero de 1759 que en lo sucesivo las Carnestolendas se celebrasen con Exposición del Señor, rezo del Rosario por las calles en los tres días, Pláticas y ejercicios espirituales y otros actos piadosos en desagravio del Señor. Y así se hizo. Los bailes fueron procesiones, los golpes de pecho demostraban el arrepentimiento; el agua bendita purificaba

las calles. Caracas se convirtió en un santuario. Nada de música profana, nada de paseos de luna, las mujeres olían a incienso y los hombres a cera, pues puede decirse que en vez de bastón usaban un hachón. Y así quedó la ciudad como haciendo el noviciado para profesar. Con sobra de razón el Ayuntamiento dijo entonces al Rey: "No tenemos paseos, ni teatros, ni filarmónicas, ni distracciones de ningún género; pero sí sabemos rezar el Rosario y festejar a María, y nos gozamos al ver a nuestras familias y esclavitudes llenas de alegría entonar himnos y canciones a la Reina de los Angeles".

Muerto el Obispo en 1769, la gente se cansó del misticismo y no hubo más rosarios ni sermones, ni procesiones en las Carnavales.

Con la venida del primer Intendente don José de Avalos en 1777 y de don Esteban Fernández de León, que trajo luego el carácter de Director General de la Renta del tabaco, estancado en 1779, Caracas cambió de aspecto y de costumbres. Se rezaba y se bailaba, se ayunaba y se daban banquetes, se besaba a los santos y a las santas. En suma, a cada uno su parte. Estos dos hombres, especialmente el último, influyeron decisivamente en la civilización de la ciudad. Enseñaron a la juventud a gozar de la vida: establecieron la cultura social, ajena a la gasmoñería : crearon la expansión amistosa, el roce, la fina galantería, el amor a lo bello, sin lastimar las creencias religiosas. Se cumplía con Dios y con la Sociedad. Ni cartujos ni libertinos. Visto estaba que lo mismo se pecaba antes que después, y que lo mismo se enciende el fuego del amor con un rosario que con un abanico.

El carnaval se modificó. Después de oír misa el domingo, los esclavos se divertían bañándose con agua de color, pinturas, y haciendo uso de todo, inclusive las consabidas jeringas; pero todo entre ellos, y nada más. Las demás clases sociales bailaban en comparsas y jugaban con arroz, confites y cosas por el estilo, así en la calle como en las casas, como sucede hoy. Había además el aditamento de grandes comidas y luego el baile para terminar el día.

En el año a que nos referimos, había un Capitán General, don Luis de Unzaga, que era amigo de las fiestas y de las diversiones. El fué quien puso a la moda el pintoresco traje de los Caballeros con su pantalón y casaca de raso, chaleco de damasco recamado de oro, calzón corto, medias de seda y espada para los actos de ceremonia. Abolido quedó de entonces la costumbre de empolvarse la cabeza los hombres. Don José fué recibido con la afabilidad castellana, y entró de lleno en la alta sociedad.

Aquel año de 1783 fué venturoso para la colonia. Olvidadas quedaron las hambres del año de 81: la prosperidad había renacido y dado sus frutos de bendición. Se había logrado producir el café, y se preparaban siembras formales para el año siguiente. El añil se había cultivado al fin en Tapatapa; el estanco del tabaco daba buenos resultados a los que los sembraban, y Guayana tomó nueva vida con el tabaco de Barinas; se exportaba ganado por Coro, Barcelona y Guayana, y el Intendente Avalos abrió a la colonia todas las fuentes de la riqueza y la prosperidad. Españoles y venezolanos celebraron aquel carnaval tan en grande, tan rumboso, tan extraordinario, que el Capitán General pudo decir con verdad al Rey: "la Colonia es feliz". La patria también lo era. Aquel año nació Bolívar.

Por aquellos tiempos no había carrera para el Carnaval. Entonces la Candelaria era barrio plebeyo, como que por allí traficaban los burros que entraban con carga de Oriente. La calle de Puente de Hierro terminaba en el basurero que hoy se llama Curamichate: la de San Juan era lo mismo que ahora. El centro de la vida social y aristocrático partía de las Carmelitas a Veroes, que entonces se llamaba Verois, a las Ibarras y Traposos, Sociedad y Padre Sierra que se denominaba Padre Croquer.

En la casa donde hoy está el Ministerio de Obras Públicas y que entonces era la Tesorería, se dió ese año una rumbosa fiesta que terminó con una gran comida de Carnaval. Dejemos que la describa el conde de Segur que asistió a ella:

“Encontramos en Caracas un juego a la moda, tan agradable como original. Caballeros, matronas y señoritas, ninguno salía de su casa, durante el Carnaval sino con las faltriqueras provistas de confites; y al encontrarse los grupos en las calles, se lanzaban aquéllos a manos llenas. Era esto seguramente, la más suave e inocente guerra, sin embargo de venir acompañada de algún acontecimiento imprevisto. Invitados a una comida en la casa del Tesoro Real, pudimos ser testigos de cuanto dejamos asentado. Figuraban en la mesa algunos reverendos padres de la Inquisición, que honraban el acto con su presencia, celebraban la riqueza de los vinos, y participaban con gracia de la alegría general. Al llegar la hora de los postres, la señora Tesorera da la señal del combate, y por todas partes vuelan enjambres de confites. Estalla al instante la lisa; pero de repente uno de los inquisidores, más que armado por su brusca alegría, juzgó que el confite era muy ligero y tomando una gruesa almendra la lanzó en medio del torbellino. Esta bala fué a caer directamente sobre la nariz del Duque de Laval, quien no gustando de los padres, ni de sus chanzas, correspondió con una de veinte y cuatro; es decir, con gran naranja, que sin respeto hirió en la cara al reverendo Inquisidor. Al instante los españoles se levantaron consternados. Las señoras se persignan, cesa el juego, y concluye la comida. Pero el Reverendo Padre, afectando cierta alegría, que desmentía su fisonomía, hizo que todos tornaran al juego, tan gravemente interrumpido”.

Entonces no era malo que los sacerdotes jugasen el Carnaval en público. Andando los tiempos fué mal visto este acto social, y quizá por esto no faltó sacerdote divertido que lo jugase en la sacristía con los contactos y otras cosas por el estilo, que menciona el Obispo Madroño.

La fiesta tocaba a su fin, y como la puerta de la calle estaba cerrada, los comensales se consideraban libres de toda agresión carnavalesca. Se fumaban los puros y se soboreaba el café, cuando de repente óyese como un trueno sordo en la pieza baja de la casa que está frente a la entrada principal: ábrese la puerta y aparece en el patio una gran comparsa car-

navalesca que rápidamente sube al comedor e invade toda la casa derramando ríos de confites sobre los concurrentes. El combate se generalizó y pronto los invasores quedaron dueños del campo.

Dirigía la comparsa el Capitán General, en unión de los jóvenes de la primera sociedad, quienes abriendo la puerta de la casa, dejaron entrar una nueva comparsa de damas que con sus encantos y una escogida orquesta vinieron a convertir la comida en un gran baile, que terminó a la madrugada del miércoles de ceniza.

Caracas, 10 de febrero de 1910.

¡A G U A V A!

Por N. Bolet Peraza.

Estamos en pleno carnaval. Horas son éstas en que la Ciudad Eterna bullirá como una colmena inmensa. Sus calles estarán cubiertas por una alfombra de confites y grajeas que llueven de las manos sonrosadas de sus damas aristocráticas. Sus coches se estrechan y se tropiezan entre sí, sus caballos corren sin descanso, la multitud se apiña, los balcones se cuajan de bellezas, brillan los fugitivos resplandores de los *mocoletos*, el pueblo ríe y la nobleza se divierte.

París, por su parte, está hoy vestido de Polichinela. Para los parisienses no hay en estos momentos ni Thiers, ni Napoleón, ni alemanes, ni petróleo, ni república, ni trono: todo lo olvida ese pueblo ante los visajes de Pierrot y los furiosos saltos del *Can can*.

Medio París no conoce hoy al otro medio. Si se quiere dar en el tumultuoso laberinto con algún amigo, habrá que adivinarlo por sus ademanes bajo la careta y vientre de un Sileno, o lo que es más probable, dadas las circunstancias, bajo bruñida campana de un enorme casco prusiano que aplastaría la caricaturada figura de un soldado de Guillermo.

Y mientras Roma deslumbra y París hace muecas; mientras que el uno llueve grajeas y el otro viste careta, nosotros tenemos algo mejor: tenemos la jeringa, tenemos las *conchas*, tenemos el almagre, tenemos... el Guaire!

La policía ha hecho secar las fuentes públicas, pero el pueblo ha gritado ¡aquí de los *burriqueros*! y como por ensalmo ha brotado la tierra una recua inmensa de pacientes pollinos, que al compás del palo del respectivo aguador, llevan sobre el lomo, con ese trotecito que les es peculiar, dos barriles de a media carga llenos del precioso líquido que desde hoy hasta el miércoles de ceniza (muchas veces inclusive), es el elemento indispensable de esta descomunal batalla que se llama entre nosotros carnaval.

Ya está a la puerta el *burriquero*; ábrese el zaguán por la sirvienta, penetran en la casa jumento y dueño, y con agilidad extrema vacía éste los barriles de aquél en una interminable batería que se extiende en desordenada fila, y que se compone de tinas, baños, toneles, bateas, poncheras, tinajas, baldes, porrónes, soperas, latas, ollas, frascos, cajas de sardinas, y... todo lo que en la casa se ha encontrado capaz para contener una gota de agua, sin cuidarse mucho de la calidad del recipiente, y muy poco de la limpieza de su origen.

Y vese a las niñas que corren aquí, que vuelan allá; y al paso que dan sus disposiciones a las criadas y preparan el negro-humo, y deslíen el almagre en el aceite, y llenan las *conchas* con agua perfumada con bergamota, a lágrima por concha, oyen el consejo del papá a quien toca dirigir la batalla envuelto en su bata para parecer enfermo, y ayudan a la mamá en la prolija maniobra de envolver en trapos el cabo del bigote de una jeringa de a ocho reales que ha de regir con mano diestra la más robusta de las combatientes.

¡Qué tropel, Dios de la misericordia! La calle está llena por una turba que vocifera, que aúlla, que marcha al compás del repiqueteo de las cacerolas heridas por los guijarros de los muchachos y al son de una corneta que sopla con furor un músico del momento; los cristales de la ventana vuelan hechos pedazos por el choque violento de diez *conchas* que han

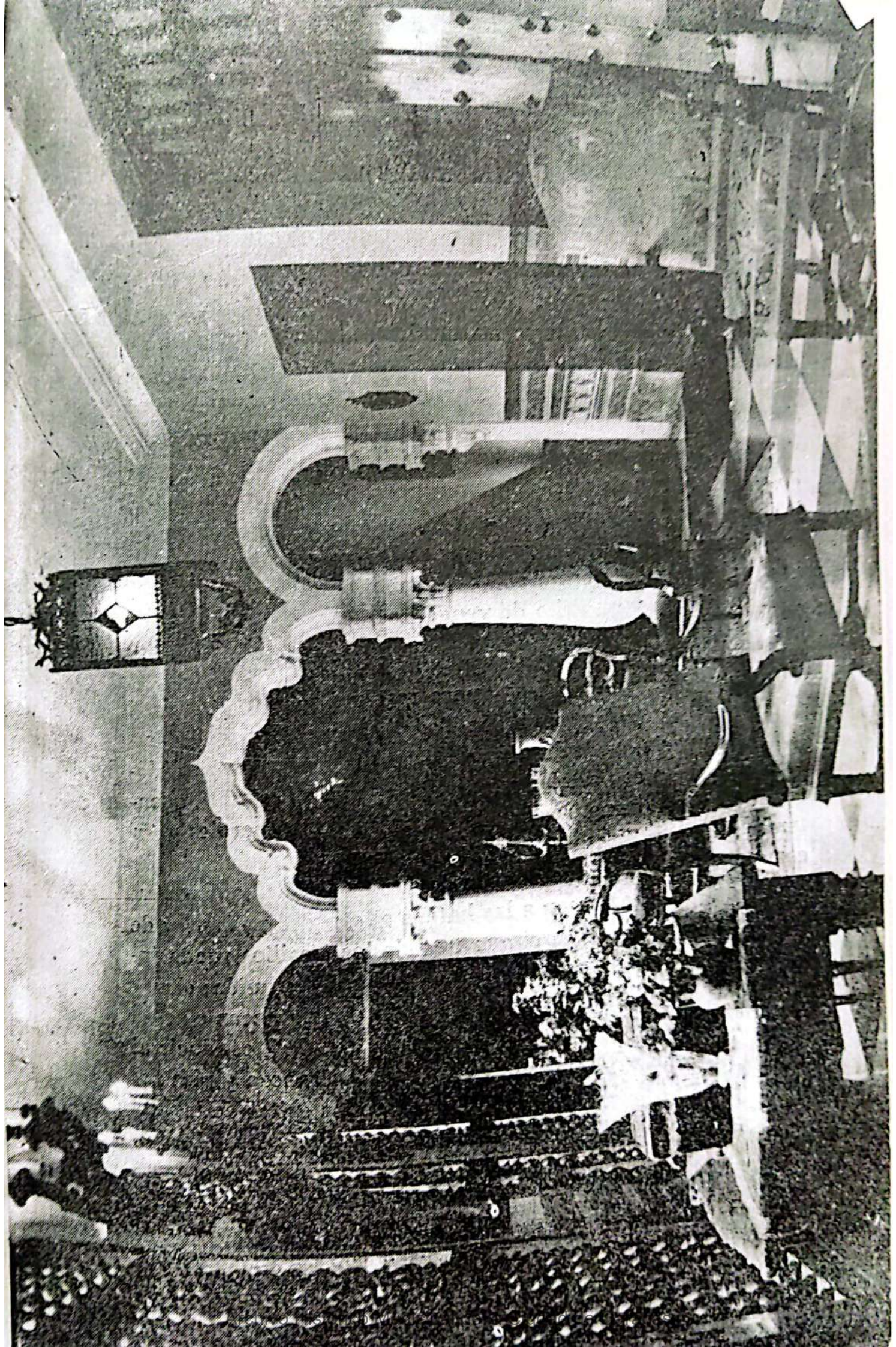
ido en pos de la nariz que asomó por la rendija del postigo; el balcón de enfrente vomita agua para abajo como un monstruo a quien se le hubiese propinado un vomitivo, y cien jeringas arrojan sus curvos chorros hacia arriba, como si otras tantas bombas apagasen un incendio; la puerta rechina empujada por una docena de brazos que pretenden derribarla, suenan por dentro las trancas, brota por el ojo de la llave un hilo de agua que ciega los suyos a un indiscreto; redobla la algazara, chillan los muchachos, suena la corneta, aúllan los perros y el mundo se viene abajo.

Pero las puertas siguen cerradas, y aquella tempestad se apacigua por fin. El abanderado de la turba guía hacia el arrabal donde está empeñado el desafío entre el bando mascuino que marcha y la tropa femenina que espera en batalla.

Desierta ya la calle, vuelven a abrirse con mil precauciones las puertas y ventanas, núblanse éstas de bulliciosas muchachas, y cunde en la femenil coalición la impaciencia por ver aparecer en son de guerra el bando de mozos con quienes se habrán de venir a las manos. Todo está preparado para la acción. Las vasijas están repletas; el viejo papá en su doble papel de general en jefe y de guardaparque, viste ya su traje de hospital; la mamá cubre los muebles y encierra la hija que no está disponible para la sopa de agua y niñas que se preparan; las sirvientas embadurnan los ladrillos del zaguán con engrudo para que resbalen los asaltantes, y toda la tropa viste de sucio.

—¡Aquí vienen! ¡Aquí vienen!—exclama a una la belicosa guerrilla al divisar la temible columna vestida de desechos incongruentes, que marcha cosiéndose a la pared para intentar una sorpresa imposible ya; y atrancando con estrépito las ventanas, corren al interior en reclamo de sus totumas y jeringas, al paso que arreglan con presteza el último toque de su traje de guerra, levantando el vestido hasta los tobillos por medio del pañuelo que ciñen más abajo de su talle.

—¡Cada una a su puesto!—grita el papá con voz cascada que apenas dejan oír la algazara de dentro y las cien voces de



afuera; y tú allí, yo aquí, la otra más allá, y mamá que no se meta, quedan por fin cubiertas las posiciones estratégicas de los ángulos del zaguán, la escalera del balcón que da sobre éste, y el puesto que ocupa la batería.

Algunos totumazos de agua disparados por la más atrevida sobre los más audaces que obstruyen la puerta de la calle, sirven de señal para el combate. Avánzase el de menos años, (que en tales casos suele ser el más osado) provisto de una enorme lata de kerosene repleta de agua perfumada; aséstale al rostro su jeringa la amazona a cuyo cargo está el socorrido instrumento; échase el héroe mano a los ojos, hostígale con tenacidad el chorro impertinente que en vano trata de espantar como a porfiada mosca; no tiene cuando acabar la jeringa, falta al mancebo la vista, resbala sobre el engrudo, se baña en el agua de su propia cacerola, cae por tierra, y óyese simultáneamente entre ambos combatientes, una exclamación de triunfo y un grito de venganza.

—¡Adentro, muchachos!—grita la multitud, y una decena de valientes penetra con impetuosa resolución hasta la mitad del zaguán. De repente, un diluvio que sale detrás de las hojas de la puerta, cae sobre las espaldas de los invasores; ciérranse aquellas con estrépito, y en tanto que las criadas, agentes de la estratagema, reciben la descarga de los peroles y totumas de sus víctimas, éstos caen en manos de veinte furias con caras de ángeles, que a razón de dos por barba, les sujetan, les tiznan, y les conducen a las bateas al son del *gorigori* y de las risotadas. Mas he aquí que uno de los tresillos rueda íntegro por el suelo sin que se sepa quién derribó a quién; el viejo levanta a la pobre niña que no pudo dirigir decentemente su caída, le arregla el disperso vestido, y ayuda a conducir al prisionero a las tinas de donde sólo asoman cabeza y pies sus compañeros; y comienza la *salazón* entre los gritos de los pacientes, los aullidos de las muchachas, las carcajadas del viejo, y los ademanes de la mamá que ya no tiene garganta para gritar que no le mojen el petate.

Pero dejémoslo aquí y no intentemos describir la angustia de los que han quedado fuera mirando por entre el quicio y la puerta el suplicio de sus camaradas; no demos cuenta de las imprecaciones, de los planes de socorro en que todos a una prorrumpen; y en tanto que las víctimas se escapan, sabe Dios por dónde (sonándoles las ropas que no dejaron en la tinajas, y chillándoles las botas a cada paso que dan) con sus caras de verde mineral, sus patillas de almagre, y sus dientes de amarillo inglés, dejemos que aquellas fatigadas niñas se cambien, por otros secos, sus vestidos ensopados de tal suerte en la batahola, que sólo ellas pudieran dar cuenta de lo que es carne y lo que es trapo.

Por tres mortales días se entrega el buen pueblo de Caracas a esta vertiginosa diversión. Las escenas de negro-humo se repiten a cada instante; los desafíos se multiplican, los asaltos dan horror, y un río de agua y almagre corre por las calles como la sangre de un combate universal.

En estas treinta y seis horas de día, y algunas más que el furor del juego roba a las sombras de la noche, no hay cuartel para nadie; es un diluvio de abajo arriba; las conchas no dejan ojo sano; las jeringas no dejan nervio quieto; los amigos se desconocen, los amantes se tiran al codillo, y el agua llueve por todas partes como si en estos tres días la muerte tuviese gran número de pulmonías de encargo.

Y no obstante, Caracas se divierte con una avidez que raya en la locura. Ante una totuma rebosada o una jeringa de gran calibre, cesan las distinciones sociales, se pone punto al estiramiento del carácter, de la posición y de la edad; la vieja se vuelve moza, el rapaz se vuelve hombre, la niña se vuelve diablo;... y yo, lector carísimo, interrumpo aquí mi desaliñado artículo, vuelto una sopa por el contenido de una enorme totuma, que alevosa me ha echado encima mi querida consorte, sin decirme siquiera ¡agua va!.

Caracas, febrero de 1872.

Meditación sobre Vargas

*Discurso de Mario Briceño-Iragorry,
Cronista de la Ciudad, para inaugurar
el retrato del Doctor José Vargas.*

Señores:

Un nuevo acto de generosidad del ilustre Concejo de Caracas me ofrece el grato y honrosísimo privilegio de que sea yo quien, a nombre suyo, haga la alabanza del egregio José Vargas, en la oportunidad de ser colocada su efigie venerable en la galería de este benemérito recinto.

En el ámbito de lo particular, yo podría holgar con el abandono del Municipio hacia la preclara memoria del ilustre repúblico, pues, de haberse realizado en tiempo este significativo acto, no hubiera alcanzado yo la gracia de poder unir mi voz a las voces justicieras que toman cuerpo en la decisión de la Ciudad. Me place en extremo participar en estos homenajes retrasados con que se honra a quienes debieron haber recibido en lueño tiempo la singular pleitesía de los personeros inmediatos del pueblo de Caracas. Desamparada ha estado por el Municipio la clarísima memoria de Vargas, del mismo modo como lo han estado las de Andrés Bello, Simón Rodríguez, Juan Vicente González, Fermín Toro y tantos varones eminentes que ayer dieron lustre a sus anales y que son permanente ejemplo de recias voluntades puestas al servicio de la cultura patria.

En Caracas, donde se junta el Concejo que vela por los intereses locales de la región nativa de Vargas, no se ha ofrecido al grande hombre el homenaje de admiración que reclama su inmensa figura. En los jardines de la Universidad y en la logia del Hospital que lleva su nombre, están, cierto es, las estatuas consagradas a mantener vivo su recuerdo de catedrático y de apóstol de la Medicina. Se le presenta de ese modo como hombre interior, dedicado a las disciplinas fecundas de la cátedra y a la práctica sacerdotal del arte de curar. Pero Vargas es además hombre de la calle. Su historia no es sólo la historia callada de quien se esmeró por adquirir conocimientos para el lustre universitario y destreza

para el ejercicio de su profesión nobilísima. Si inmenso es el precio de su obra en la Facultad de Medicina, en el Rectorado de la Universidad y en la Dirección de Instrucción Pública, que antecedió al Ministerio de Educación Nacional, mayor es la dimensión de su figura cuando se la contempla en los Congresos, en los Consejos de Estado y en la suprema magistratura de la nación.

Expuesto por ejemplo de científicos y por modelo de virtudes profesionales, en Academias y Ateneos, la ciudad ha de llevarlo también a la calle, como modelo de ciudadanos. La grave levita con que aparece ataviado en las estatuas recoletas, no es sólo el distintivo del sabio desvelado sobre graves y nutridos textos. Representa, además, el arreo civilista de una época dorada, con cuyo recuerdo "el espíritu reposa complacido y el corazón se ensancha". Vargas fué como magistrado, la expresión de una conciencia monolítica que supo enfrentarse, sin otras armas que la severa verdad, primero a la audacia criminal de quien confundió con el éxito de la fuerza la propia filosofía de la sociedad, después, al absolutismo de quien quiso tomar su bonhomía y su virtud como pantalla honorable que ocultase sus apetitos de gobierno. Porque si Vargas preso fué frente al insolente Carujo, testimonio perspicuo del poder de la idea frente al efímero imperio de la violencia; Vargas renunciante es frente al poderoso Páez, ya en camino del leonazgo de Payara, testimonio de una dignidad a la que no quebrantan los halagos de un poder inválido. Si había aceptado la Presidencia de la república, fué porque creyó consentido el civilismo y no fórmula legalista de un caudillismo solapado, y porque, de lo contrario, vió en Páez un posible guardián de las normas institucionales. Regresado del exilio, advirtió que el Caudillo y su grupo intentaban tomarlo por testafarro de sus ambiciones, y pidió al Congreso con insistencia que le aceptase la renuncia del supremo cargo. Por ello digo que de mayor altitud resulta el varón memorable cuando, sin aparato de discordia, implora, como justicia y benevolencia, la excención del compromiso de presidir la administración pública, que cuando envuelto en la bandera de la virtud absoluta, apos-

trofó al soldado que, por la fuerza, le reducía a la inacción exterior. En ambos trances fué el mismo dulce e inalterable ciudadano que negó su voto en el Congreso de 1830 para la sanción del decreto infamatorio de Bolívar, y que en aquella misma asamblea que había roto la unidad heroica de Colombia, defendió, contra una mayoría inspirada por las furias del antibolivarianismo, las razones que lo llevaban a considerar benéfico el mantenimiento de un sistema que federase a Venezuela con Nueva Granada y Ecuador. Para saber que cumplía su deber, Vargas no buscaba aledaños consensos ni aplausos transitorios. Él se sabía una conciencia vigilante de las necesidades y del decoro de la Patria.

¿Y que no hizo Vargas en beneficio del progreso nacional? Fuera del campo universitario, donde su obra reclama aun ponderación y espíritus que la imiten, están su labor sin interés en la Dirección de Instrucción Pública y en la Sociedad Económica de Amigos del País. Él tenía afán de servir, y como poseía recursos universalistas, tuvo para las distintas urgencias del país una aportación útil o un consejo oportuno. Su empeño fundamental fué saturar al pueblo de cultura, y mirando la educación como instrumento capaz de absolver los reatos que pesaban sobre una sociedad recién iniciada en el goce de sistemas liberales de gobierno, se esforzó porque aquélla distendiese su radio y preparase la conciencia social para efectivos ejercicios de república. Hombre idealista, se adelantó a rebatir las tesis de quienes han juzgado a la lumbrera mortecina del pesimismo nuestras posibilidades cívicas. Con perspicacia y tino rebatió la teoría conformista, grata a los políticos ineptos, que hace recaer sobre los factores geográficos las causas de nuestros retrasos sociales. Ninguna más adecuada para “disimular la apatía—son palabras suyas—y consolarnos de las desgracias que ésta amontona sobre nosotros”. Esta la razón de ser acogida fácilmente por quienes, no queriendo darse a la obra fecunda y recia de mejorar las condiciones del medio, arrojan sobre el ambiente nacional la responsabilidad de su incompetencia como dirigentes de la cosa pública.

Por sus nobles ideas y por el ejemplo de sus acciones admirables; José Vargas ha sido uno de los grandes maestros



de Venezuela. Así lo ha entendido el Concejo de Caracas, y en esta fecha diputada para festejar al Maestro en su heroica misión de cultura, así se haya tomado de oportunidad la inmediata conmemoración de un hecho de segundo orden para el magisterio, ha querido honrarlo con la colocación de su efigie en este grave recinto, que antaño escuchó las voces encendidas y fecundas de los grandes patricios que en nombre del pueblo declararon la absoluta independencia de la Patria.

No estuvo José Vargas entre aquellos patricios memorables. Tampoco estuvo con el bisturí de cirujano en los menudados servicios médicos que acompañaban a los gloriosos ejércitos de la libertad. Cuando la patria fué presa de los odios de la guerra, él ganó la rota del viejo mundo, a fin de nutrir mejor su espíritu sediento de cultura. Regresó a la hora de la paz de los ejércitos, cuando ya estuvo ganada la independencia política. Vino, con su carga de luces, a servir en la obra, aún inconclusa, de la liberación de las conciencias. Ya parecía cumplido el ciclo heroico que daba primacía a la palabra tremebunda de los Arismendis y Bermúdez. Los signos de la hora indicaban que llegaba el momento de que las armas cedieran a la toga y de que pasasen a la palabra de los sabios, según el consejo de Quintiliano, los laureles que otrora estuvieron reservados a la espada victoriosa. Vargas llegaba a cumplir el deber que le señalaba su destino. Culpa suya no fué que los otros pensarán de diverso modo y que estuviesen dispuestos a cerrar a la virtud las puertas del Capitolio Nacional.

Dentro de poco tiempo se cumplirán cien años del tránsito glorioso de Vargas a la inmortalidad de la historia. Después de simado en el polvo, ha sido más intensa y angustiosa su obra de educador en busca de discípulos. Su ejemplo es patrimonio que enorgullece a Venezuela.

Honrar su memoria y proponerla una vez más como ejemplo fecundo a la meditación de las jóvenes generaciones de la Patria, es conducta que enaltece a los organismos que velan por la cultura pública y que sienten el peso responsable de una gloriosa tradición. Por este acto, yo congratulo al Municipio de Caracas.

Caracas: 15 de Enero de 1951.

Vida del Municipio

Exposición del Gobernador

A continuación se reproduce la introducción a la Memoria presentada al Concejo Municipal el 19 de enero último por el señor Gobernador del Distrito Federal, Teniente-Coronel Guillermo Pacanins A.

Ciudadano Presidente del Ilustre Concejo Municipal.

Ciudadanos Concejales.

Con satisfacción acudo ante Uds. a cumplir el deber de presentarles, para su estudio y consideración, la Memoria y Cuenta de las labores desarrolladas por el Gobierno del Distrito durante el año de 1950. Nada más grato a mi condición de representante del Ejecutivo Federal como el mantener y fortalecer la función plena de la Institución Municipal, acatando el ordenamiento jurídico a través del cual se ejerce su poder y cumpliendo con la obligación de informar a Uds. sobre los resultados administrativos, con la firme convicción de que asistimos a un acto de profundo y saludable sentido republicano.

Los integrantes de este Ilustre Cuerpo, en quienes se reconoce el más vivo interés por el bienestar de la comunidad que representan, sabrán juzgar, en los documentos de esta exposi-

ción, si el Ejecutivo Municipal se mantuvo fiel a la orientación administrativa y si, en la medida de los recursos disponibles, fueron atendidas las necesidades colectivas llevadas a su conocimiento.

Al consignar los hechos administrativos cumplidos, es propicia la ocasión para exponer los propósitos que alientan al Ejecutivo del Distrito Federal, los cuales se identifican con los que en escala nacional animan a la Junta de Gobierno de los Estados Unidos de Venezuela.

El Despacho se esforzará en concluir todas las obras iniciadas, perseverando en la buena intención que las inspiró, pues entendemos la función pública como una sucesión de esfuerzos tendientes a un mismo fin, donde no sería admisible la mezquindad de dejar trunca una labor emprendida, sólo por el hecho de que la iniciativa lleve otro nombre que no sea el nuestro. Asimismo, es nuestro propósito avivar el espíritu institucional de los diferentes servicios públicos: Beneficencia, Educación, Seguridad y Orden Interno, etc., que, aún dotados de recintos y útiles suficientes para su buen funcionamiento, no rendirán labor efectivamente provechosa si en ellos no se trabaja con fervor y si los recursos no se manejan con honestidad a toda prueba. También figura en el plan que nos hemos trazado la creación y organización de toda aquella obra que sea necesaria al bienestar y seguridad de la población distrital, ya que siempre tendremos presente que estamos en función de servicio público.

Ciudadanos Concejales:

En logro de estos fines contamos con la plena colaboración de este Ilustre Cuerpo, puesto que difícilmente la gestión de la Gobernación podrá ser superior al interés y esfuerzo que Uds.. Honorables Concejales, pongan en interpretar y satisfacer las necesidades de la colectividad.

La obra de la cual os doy cuenta fué desarrollada por el Gobernador Celis Paredes, y en ella abundan realizaciones de

positiva utilidad, que sólo se obtienen a fuerza de voluntad creadora y de sincera preocupación pública.

Los rasgos sobresalientes de las actividades oficiales durante el año que acaba de finalizar son los siguientes:

A S P E C T O F I S C A L

En el funcionamiento de los servicios y en la ejecución de obras municipales se utilizaron, durante el año 1950, Bs. 109.840.947,87, cuya inversión se detalla en la cuenta de las respectivas dependencias.

Durante el pasado ejercicio ocurrió un hecho de bastante significación en la vida económica del municipio. Fué la reforma de las reglamentaciones de tipo fiscal.

Dicha reforma, auspiciada por el Despacho y aceptada por esta Cámara, no fué en ningún caso el producto de la improvisación, ni estuvo regida por el deseo de aumentar caprichosamente los arbitrios rentísticos de la Municipalidad. Obedeció a la urgencia de ajustar técnicamente las finanzas del Distrito, corrigiendo situaciones de manifiesta injusticia en materia impositiva y buscando siempre la mayor equidad en la fijación del gravamen, a fin de que la colaboración en la solución de los problemas colectivos esté de acuerdo con la capacidad financiera de cada uno.

Las modificaciones aludidas provocaron sensibles aumentos en los ingresos del Presupuesto de Rentas y Gastos Públicos del Distrito, pero es indudable la conveniencia que representa para el contribuyente el invertir esas sumas en obras que van en su propio beneficio y en el mejoramiento del medio en que vive.

En el Presupuesto del presente año, cuyo monto es de 120 millones de bolívares aproximadamente, aparecen sensiblemente aumentados los Capítulos de Educación, Beneficencia, Aseo Urbano, Seguridad y Obras Públicas, a fin de dotarlos suficientemente para atender a las crecidas necesidades de la colectividad,

Debe agregarse que es nuestro firme propósito mantener en vigencia toda norma que asegure la honrada y provechosa inversión de los dineros comunes, de manera que éstos lleguen rápidamente a su verdadero destino y se justifiquen con obras y servicios los aumentos efectuados en la imposición municipal.

O B R A S P U B L I C A S

El programa de obras municipales iniciado a partir del 24 de noviembre de 1948, ha continuado desarrollándose con igual ritmo, como puede observarse en las realizaciones que tuvieron lugar durante 1950. Se destacan los trabajos complementarios de la Avenida Bolívar, los dos primeros tramos de la Avenida Sucre, las Avenidas "Nueva Granada", "La Pica", y "Santiago Mariño"; el Mercado Central de Abastecimiento, cuya construcción avanza rápidamente en terrenos de la Urbanización "Coronel Carlos Delgado Chalbaud", para contribuir a la mejor conservación y distribución de alimentos. Allí se almacenarán en silos y frigoríficos de gran capacidad los artículos alimenticios suficientes para abastecer el consumo de esta capital. Esos artículos llegarán hasta los diferentes sectores de la población a través de una serie de establecimientos periféricos, el primero de los cuales comenzará a funcionar próximamente en la Parroquia San Juan.

Junto a las obras reseñadas existen otras de similar importancia que pueden apreciarse en el informe de la dependencia respectiva.

A S I S T E N C I A P U B L I C A

La Junta de Beneficencia del Distrito Federal ha venido realizando una labor de saludables proyecciones, caracterizada en todo momento por el interés de mejorar los servicios de los centros asistenciales.

Igualmente ha mantenido constante actividad en lo que se refiere a la construcción de nuevos Dispensarios, hasta el punto de que en pocos meses fueron puestos en servicio los siguientes:

"Emilio Conde Flores", Barrio Los Castaños, Parroquia de Santa Rosalía.

"Carlos J. Bello", Urbanización Lídice, Parroquia La Pastora, y "Alfredo Borjas", Parroquia La Vega.

Próximamente entrarán en actividad los Dispensarios "Leopoldo Aguerrevere", Parroquia Antímano, y "General Soubllette", Catia La Mar, Departamento Vargas.

Al mismo tiempo, debe mencionarse el edificio construido en la Avenida San Martín para asiento de las Oficinas de la Junta de Beneficencia con suficiente capacidad como para alojar a otras dependencias municipales que antes funcionaban en locales inadecuados.

Son también de gran utilidad y significación los edificios que se construyen para Hospital de Emergencia en la Parroquia Sucre y para la Escuela Municipal de Enfermeras en San Bernardino, y los estudios que se efectúan para llevar a cabo lo antes posible el Hospital de Niños de Caracas y el Hospital para el Cuerpo de Seguridad Pública del Distrito Federal.

El Despacho dedicará parte substancial de sus recursos a impulsar las tareas de carácter médico-asistencial; terminará a la mayor brevedad la red de Dispensarios y Puestos de Emergencia periféricos y emprenderá sin vacilaciones cualquiera otra obra que sea necesaria para la conservación y fortalecimiento de la salud, factor fundamental en el desarrollo de los pueblos.

EDUCACION

Los Grupos Escolares "Juan Landaeta" en la Parroquia San Agustín y "Enrique Chaumer", en la Parroquia La Pastora, con capacidad de 1.700 y 1.150 alumnos, respectivamente, ponen de manifiesto constante preocupación por el futuro de nuestra población escolar. Con particular entusiasmo vemos hoy que 21.000 educandos acuden regularmente a los planteles del municipio, en los cuales 500 maestros de reconocida competencia cumplen su alta misión con espíritu abnegado y responsable.

Al abordar el tema de la educación no olvidamos la necesidad de establecer parques, piletas, gimnasios y otros lugares de recreo, donde encuentre nuestra infancia el esparcimiento requerido para su adecuada formación física y su correcta orientación moral.

SEGURIDAD PUBLICA

El considerable aumento de las cantidades presupuestas este año para el Cuerpo de Seguridad Pública, evidencia el propósito de fortalecer la Institución Policial con el perfeccionamiento técnico de sus servicios y con el mejoramiento de las condiciones económico-sociales de sus integrantes, quienes, con abnegación ejemplar, cumplen a diario una labor esencial para el bien público, acreedora al reconocimiento colectivo. Este perfeccionamiento de la Institución Policial es necesario para asegurar la mayor protección a los habitantes de nuestra capital, cuyo rápido crecimiento crea los problemas característicos de las grandes ciudades.

A S E O U R B A N O

La Dirección de Aseo Urbano y Domiciliario debe responder al rápido crecimiento del Distrito y para ello será dotada de modernos equipos, a fin de que sus actividades abarquen a todas las zonas. Se estudia además el proyecto de planificar las actividades de la recolección de desperdicios y se contempla la instalación de hornos crematorios u otros sistemas de eliminación.

VIVIENDA POPULAR

El problema de la vivienda popular exige, por su complejidad y dimensiones, estudios especiales. A este fin la Gobernación cuenta ya con la franca y decidida colaboración del Gobierno Nacional y confía en que la iniciativa privada secundará la acción oficial.

La Urbanización Obrera Lídice, la Urbanización General Soublette y la Urbanización-Balneario Catia La Mar constitu-

yen aportes valiosos a la realización de este propósito. Pero es urgente trazar planes más amplios, acordes con la magnitud de un problema que mantiene habitando en los cerros a millares de personas, en condiciones reñidas totalmente con los principios higiénicos y sanitarios.

Por tal motivo es criterio del Despacho impedir la nueva construcción de ranchos en las zonas accidentadas de la topografía urbana, adelantándose así a esas dolorosas situaciones que, con motivo de las lluvias, afectan periódicamente a densos y humildes sectores de nuestra población. Por ahora, se procede a recoger el máximo de datos estadísticos de conformidad con el censo recientemente levantado; se vigilan activamente las nuevas penetraciones en los cerros y se iniciará una intensa campaña educativa. Es ésta la primera etapa de un vasto programa de trabajo que someteremos en su oportunidad a la consideración de este Ilustre Cuerpo.

TRANSITO

Es preocupación constante de la Gobernación el grave problema del tránsito urbano, cuya solución tiene caracteres de necesidad primordial. Para lograrla, o al menos para aliviar la situación existente, se están aplicando diversas medidas que van desde la reglamentación del tránsito hasta la construcción de zonas amplias de estacionamiento y de calles y avenidas capaces de hacer más rápida la circulación de vehículos. La eficacia de las medidas oficiales sobre tránsito, depende en gran parte de la colaboración de los ciudadanos.

Ciudadanos Concejales:

Al informar a Uds. sobre las labores oficiales de 1950 y sobre los proyectos que pondremos en marcha durante el presente ejercicio, tengo especial satisfacción en reiterarles el alto aprecio que me merece la noble función que Uds. cumplen y mi intención de facilitarla y apoyarla en todo momento.

Caracas, enero de 1951.

GUILLERMO PACANINS A.

Asistencia al Magisterio

Se inserta el Decreto del Ejecutivo Municipal por medio del cual se ha inscrito el personal docente del Municipio en el Instituto de Previsión y Asistencia Social del Ministerio de Educación Nacional.

GUILLERMO PACANINS A.

Gobernador del Distrito Federal

Prévia autorización del Concejo Municipal del Distrito Federal y en uso de las atribuciones que le confieren los ordinales 4º y 12º del artículo 14 de la Ley Orgánica del Distrito Federal:

Considerando:

que es deber de las autoridades establecer un sistema de protección social y económico para los funcionarios que se dedican a la noble tarea de la enseñanza; y

Considerando:

que el Instituto de Previsión y Asistencia Social del Ministerio de Educación Nacional satisface las aspiraciones antedichas:

Decreta:

- 1º—Inscribir en dicho Instituto el personal docente al servicio de la Educación Municipal.
- 2º—Aportar a la referida Institución la suma de Bs. 290.732,40 equivalente al 6% anual de los sueldos del personal destinado a Educación Municipal.
- 3º—Contribuir mensualmente con el 50% de lo que corresponde aportar a los socios así inscritos en el referido Instituto.



- 4.—Los gastos que ocasionen el cumplimiento de este Decreto, se imputarán, como créditos adicionales, a la Partida 1084 del Capítulo XIV de la Ordenanza sobre Presupuesto de Rentas y Gastos Públicos del Distrito Federal vigente.
- 5º—Las Direcciones de Administración y Economía y de Educación Municipal quedan encargados del cumplimiento del presente Decreto.

Dado, firmado y sellado en el Palacio de la Gobernación del Distrito Federal, en Caracas a los once días del mes de enero de mil novecientos cincuenta y uno. Año 141º de la Independencia y 92º de la Federación.

GUILLERMO PACANINS.

Refrendado:

El Secretario de Gobierno,

Virgilio Lovera.

Premio a los Maestros

Se reproduce el acta de la reunión en que fué conferido el Premio Municipal al Maestro, correspondiente al año de 1950. Su entrega se realizó el 15 de enero, dedicado a festejar al Maestro.

Concejo Municipal de Caracas.

Acta de la reunión celebrada con motivo de la elección del Maestro o Maestra merecedor del Premio Municipal el "Día del Maestro", en el año de 1950.

Asistieron el ciudadano Profesor Víctor M. Orozco, Representante del Ministerio de Educación Nacional; Profesor Alberto S. Armitano, Director de Educación Municipal; la ciudadana Aura Dovale de Marrero, ganadora del Premio Municipal el pasado año de 1949; y el Dr. Jesús Arocha Moreno y Margot Boulton de Bottome, Miembros de la Comisión de Cultura Popular del Concejo Municipal.

Después de haber estudiado detenidamente las fichas sometidas por el Director de Educación Municipal, se acordó por unanimidad que el ciudadano Julio C. Moreno, Preceptor de la Unidad No. 28 (Caracas), fuera el candidato para el Pre-

mio de la Municipalidad, consistente en una Medalla de Oro y la cantidad de mil bolívares, según Acuerdo del Cuerpo de fecha 12 de enero de 1948.

Se acordó igualmente que la entrega de la Medalla y Premio tuviese lugar el lunes día 15 de los corrientes, a las 4 p. m.

También se acordó hacer menciones honoríficas de los Profesores Erasmo Suárez y Concepción Carreño de Medina, recomendándolos al Ministerio de Educación Nacional para la Medalla de Honor "27 de Junio".

Caracas, 11 de enero de 1951.

La Comisión,

Alberto S. Armitano.

Víctor M. Orozco.

Margot Boulton de Bottome.

Aura Dovale de Marrero.

Jesús Arocha Moreno.

Homenaje a Don Arístides Rojas

Caracas, 6 de noviembre de 1950.

Señores Presidente y Miembros del Concejo del Distrito Federal.

Presente.

Muy respetuosamente me dirijo a Uds. con el fin de insinuarles la idea de consagrar en una de las plazas, avenidas o plazuelas que surgen de las nuevas obras de ensanche y mejoras de nuestra capital, un monumento a la memoria del ilustre caraqueño Don Arístides Rojas, quien, sin nombramiento oficial, retiene y retendrá siempre el título de Cronista Mayor de Caracas.

Huelga que para el caso me detenga a examinar y a ponderar el mérito de la obra del eminente polígrafo, a quien tanto debe la cultura nacional.

Soy de Uds. muy atento y s. s.

Mario Briceño-Iragorry.

(Cronista de la Ciudad).

Esta sugestión fué favorablemente acogida por el Concejo, previo estudio de la Comisión Permanente de Cultura Popular.

Informe del Cronista de Caracas sobre el Cementerio de los "Hijos de Dios"

Caracas, 25 de enero de 1951.

Señor:

Secretario del Cuerpo Municipal del Distrito Federal.

Presente.

Junto con la presente remito a Ud. la lista de bóvedas existentes en el Cementerio de los Hijos de Dios, que me fué enviada con el fin de señalar, desde el punto de vista histórico, aquellas que guardan restos cuya exhumación y nuevo enterramiento reclamen atención especial.

Me he abstenido de hacer señalamiento alguno, en primer término por carecer de elementos que me permitan hacer distinciones entre las numerosas personas ahí sepultadas; y en segundo lugar, por cuanto no considero que sea el que se persigue el fin que debe dársele a dicho sitio, sagrado por las reliquias humanas que contiene. Parece que nada sea más lógico y fácil que evitar la prosecución del lamentable estado que acusa la calificación dada por la primera autoridad civil de la parroquia de Altagracia: "basurero y guarida de vagos y maleantes".

Juzgo más apropiado convertir dicho cementerio en un jardín, que sirva como testimonio de que las generaciones presentes respetan los huesos de sus antepasados. De mí sé decirle que no me parece digno de una ciudad civilizada el menosprecio por las huellas más salientes de su vida pasada.

Soy de Ud. atto. s. s. y amigo,

Mario Briceño-Iragorrry.

Cronista de la Ciudad.

Presupuesto de Rentas y Gastos Públicos del Distrito Federal para el año 1951

INGRESOS PUBLICOS

Caja (fondo para Obras de En- sanche de la Avenida Su- cre...	Bs.	400.000,00
I.—GOBIERNO NACIONAL		
Situado Constitucional.	"	21.004.884,00
Aporte para el Cuerpo de Po- licía...	"	1.000.000,00
II.—IMPUESTOS MUNICIPALES		
Afericiones...	"	2.000.000,00
Casas, Otros Edicicios y Te- rrenos sin construir.	"	13.100.000,00
Industria y Comercio...	"	19.600.000,00
Vehículos...	"	10.250.000,00
Porcentaje sobre entradas a Espectáculos...	"	3.600.000,00
Porcentaje sobre Autobuses. . .	"	2.000.000,00
Construcciones...	"	350.000,00
Varios...	"	1.800.000,00
III.—PROPIEDADES MUNICIPALES		
Terrenos y Ejidos (ventas). . .	"	355.200,00
Terrenos Cementerios (ventas). .	"	500.000,00
Muebles e Inmuebles (ventas). .	"	20.000,00
IV.—LOTERIA DE BENEFICENCIA		
PUBLICA DEL DISTRITO FE- DERAL, INDUSTRIA DE LOS HOSPITALES E INGRESOS VARIOS...	"	35.447.218,00

V.—SERVICIOS PUBLICOS

Aseo Domiciliario..	"	2.000.000,00
Cementerios..	"	300.000,00
Mercados..	"	850.000,00
Acueductos Municipales. . . .	"	600.000,00

VI.—INGRESOS DIVERSOS

Ingresos Extraordinarios. . .	"	1.500.000,00
Reintegros..	"	1.500.000,00
Total General de Ingresos. . .	Bs.	118.177.302,00

E G R E S O S

CAPITULO

I.—Concejo Municipal..	Bs.	957.400,00
II.—Poder Ejecutivo..	"	766.320,00
III.—Seguridad y Orden Interno. .	"	14.044.270,00
IV.—Autoridades Departamentales..	"	1.869.940,00
V.—Hacienda Municipal.	"	2.726.810,00
VI.—Dirección de Educación Públi- ca y Cultura General.	"	12.286.321,60
VII.—Servicios Públicos.	"	6.023.720,00
VIII.—Previsión Social..	"	987.600,00
IX.—Obligaciones Pendientes. . . .	"	4.500.000,00
X.—Orquestas Municipales.	"	919.492,50
XI.—Gastos Diversos.	"	6.080.000,00
XII.—Dirección de Obras Municipa- les..	"	29.828.449,90
XIII.—Garage Municipal..	"	239.760,00
XIV.—Rectificaciones del Presupuesto.	"	1.500.000,00
XV.—Junta de Beneficencia Pública del Distrito Federal.	"	35.447.218,00
Total General de Egresos. . .	Bs.	118.177.302,00

Libros sobre Caracas y su gente

Caracas, allí está...

Por Mariano Picón Salas.

Con el nombre: "La Caracas de Ayer y de Hoy. Su Arquitectura Colonial y la Reurbanización de "El Silencio", ha entrado en circulación un admirable libro gráfico y erudito del eminente arquitecto y miembro muy distinguido del Municipio caraqueño, doctor Carlos Raúl Villanueva. Como digna presentación, reproducimos el hermoso artículo que el Maestro Picón Salas dedica a dicha obra.

En el momento en que Caracas crece aluvionalmente y nos preguntamos cómo se ampliará el estrecho vallecito en que le plugo detenerse a don Diego de Losada y con que agua contarán los caraqueños cuando antes de un lustro la ciudad rebalse el millón de habitantes, Carlos Raúl Villanueva nos presenta como motivo de deleite y de reflexión ese precioso libro ("La Caracas de ayer y hoy") en que los ausentes nos lanzamos a evocar muros, montañas y caserones de la patria. Contra los peligros que trae el oficio de arquitecto en una ciudad

donde el metro cuadrado de terreno ha llegado a valer cinco mil bolívares (peligro del propietario ambicioso que quiere montar un cajón sobre otro, "rascacielar" a la criolla y hacinar gentes para que se multiplique el rédito) hay que celebrarle a Villanueva su preocupación estética y venezolanista, a la vez. El siente el horror de una ciudad que crezca madreporicamente por el libre y a veces muy turbio juego, de las fuerzas económicas. Una ciudad que si se la dejara crecer sin pauta ni norma, sin algunos principios claros de belleza y urbanismo llegaría al cabo de los años a ser tan fea —a pesar del espléndido marco natural— como son algunas ciudades norteamericanas, por ejemplo Baltimore, a las que se dejó abombarse cuando era ya tarde para reducir la hidropesía.

Que ese aumento que los propietarios de terrenos e inversionistas en inmuebles obtienen ahora en Caracas—como en ningún otro sitio del mundo—se le devuelva en parte a la capital venezolana, en jardines, higiene, buen urbanismo. Y que la ciudad de Bolívar, de Miranda y de Bello, la que debe refundir y alquitarar todas las esencias de nuestro país, no deje de parecernos nuestra, no deje de tener color y alma venezolana y a pesar del ineludible impacto de modernidad. (Con la mejor Arquitectura funcional, ¿no han hecho los arquitectos brasileños casas y edificios magníficos cuya adaptación al trópico y originalidad nativa se les celebra en todas partes?).

Cuando la urgencia de construir alto comenzó en Venezuela, Villanueva se impuso la preocupación—y debemos celebrárselo— de estudiar en nuestras viejas casonas del siglo XVIII —en las que aún quedan en Coro, en Araure, en San Carlos— qué ornamentos y experiencias venezolanas podían entrar en el nuevo arte de construir. Y sus portadas, portales, balcones y columnas panzudas en la Urbanización de El Silencio, rescataron y le dieron nuevo encanto a lo que ya se iba olvidando en la tradición nacional. Contra el edificio-colmena, puramente utilitario, Villanueva nos recordaba el hispano y latinísimo linaje del soportal, ese heredero mediterráneo del foro romano; la "loggia" abierta sobre la plaza o la calle, tipi-

ca construcción de pueblos de sol brillante y donde las gentes (porque así lo hacían en Nápoles y Florencia, en Madrid y Sevilla, en las ciudades coloniales de Hispano-América) gustaban de guarecerse al socaire y tener la alegría de sus encuentros y de sus pláticas. El mal gusto, la falta de sentido histórico que reinó en Venezuela en el Siglo XIX, había sacrificado los últimos soportes. Contra los de la vieja Plaza Mayor de Caracas, que en la lámina que reproduce Villanueva no carecían de cierta elegancia neoclásica, ordenó la picota demoleadora el General Guzmán Blanco. Lo hizo con la misma ahistoricidad con que dispuso para el viejo Convento trocado en Universidad, unas torrecillas góticas que nada tienen que ver con la estructura interna del edificio, y la bárbara destrucción de la graciosa portadilla barroca de la iglesia de San Francisco. La modernidad iconoclasta de Guzmán Blanco que atropellaba los estilos artísticos y su coherencia interna con el mismo ímpetu con que atropellaba las Constituciones, ejemplariza ese fenómeno venezolano del hombre que cree que la Historia comienza con él y que su criterio debe servir de canon hasta en lo que ignora. Cuando por un barato modernismo de catálogo como el del nuevo rico que quiere traer para su urbanización el chalecito que vió reflejarse en un lago suizo, negamos el pasado, se olvida que éste es vivencia experimentada, asimilación del hombre a un ambiente y a un tipo de vida ancestral.

La moraleja de todo esto —y el hermoso libro de Carlos Raúl Villanueva viene a recordárnoslo— es que una ciudad para merecer tan civilizado nombre, requiere todo el esmero, la planificación y las exigencias estéticas que pedimos a las mejores creaciones humanas. Que no basta que los pudientes se lancen a hacer edificios, si el cuidado y talento de los artistas no viene a defender esa espléndida obra colectiva que debe ser cada urbe. Y la labor del artista, del hombre de sensibilidad educada, corrigiendo el inorgánico impulso de los codiciosos, es tan antigua y venerable que ya hace más de veinte y cinco siglos Pericles confiaba a Fidias el embellecimiento de Atenas, y el Imperio romano hubo de conocer una planifica-

ción urbanizadora tan exigente como la del mundo contemporáneo. Corregir lo que fué desorden y fealdad en el desarrollo de las ciudades, era otra de las preocupaciones de aquellos artistas del Renacimiento como León Battista Alberti, el creador de lo que puede llamarse la moderna perspectiva arquitectónica. Cuánta falta le ha hecho a Caracas durante largos años algún Comité de Estética urbana que sirviera de policía a la invasora fealdad; que corrigiera la falta de gracia de tantos avisos y vitrinas comerciales; que hubiera mandado a guardar algunas estatuas que, como las de Bello y Ezequiel Zamora, son una afrenta a los más elementales conceptos plásticos!

Pues Caracas está renaciendo de lo que fué el mezquino hacinamiento de casas sin estilo que nos dejó el Siglo XIX y se prolongó durante más de tres décadas del presente siglo— esa Caracas que tuvo su paradigma de vulgaridad pintarrajeada en ciertas calles de El Conde, Catia y San Agustín— hay que esforzarse porque la ciudad crezca con esa doble virtud de venezolanismo y de belleza por la que clama Villanueva en su libro. Venezolanismo: es decir, que Caracas no sea una ciudad-factoría, parecida a las ciudades industriales de cualquier parte. Que nuestros arquitectos tengan sensibilidad para interpretar la tradición y el ambiente. Ya Villanueva erigió un gran conjunto que siendo muy internacional es también muy venezolano, en El Silencio. Y como necesidad de belleza que los Gobernadores de Caracas se parezcan a Pericles: es decir que consulten a nuestros mejores artistas. Si hoy hay tanta riqueza en Caracas como la que pudo haber en Florencia en el tiempo de los Médicis, ¿por qué no podemos producir o buscar los nuevos León Battista Alberti que hagan una ciudad para enorgullecernos?

Y estamos soñando— ¡oh Carlos Raúl Villanueva, autor de un libro que es toda una invitación! —en esa capital del futuro, síntesis de las mejores esperanzas y sueños de Venezuela, nudo vertebral de la Patria, que mostremos con el conocido verso, ya desprovisto de melancolía: “Caracas, allí está...”

Los ríos aprenden un nuevo lenguaje

Ramón Díaz Sánchez.

Ramón Díaz Sánchez, ilustre escritor venezolano, acaba de dar a la estampa su esperada biografía de Antonio Leocadio Guzmán. En las Ediciones del Ministerio de Educación Nacional, y bajo el título "Guzmán, elipse de una ambición de poder" ha aparecido la obra, en grueso volumen de seiscientas páginas.

Magistralmente presenta Díaz Sánchez la inquietante figura del gran político que influyó de manera por demás notoria en la formación de la mente popular. Discutida, alabada, calumniada, difamada, glorificada, la memoria de Antonio Leocadio Guzmán está fuertemente enraizada en la historia republicana de Venezuela, y Caracas habrá de celebrarla como la de uno de sus hijos más significativos.

CRONICA DE CARACAS se complace en reproducir el primer capítulo de tan notable obra.

Los cuatro ríos que la rodean, a competencia le ofrecen sus cristales.

Oviedo y Baños.

Al declinar el siglo XVIII las ciudades de América duermen aún la siesta colonial, arrulladas por el tañido de las campanas, el murmullo de las oraciones y la voz de los *sereños* que golpean con sus varas las piedras de las calles. Como un ave en su nido, Caracas se arrebujá entre sus floridas colinas. Las tierras que rodean el valle, por el Este y el Sur, son grandes lienzos de vegetación donde la caña ondula y murmura. "Su comarca fértil—como la viera Oviedo y Baños—y abundante de cuantos se puede apetecer para el regalo:

produce excelentes verduras de cuantas especies hay con abundancia..." Y por en medio de ella, regando los cañaverales, los mangos y los guanábanos, serpentean los riachuelos en distintas direcciones. Del Norte, por entre las gargantas del Avila, descienden el Catuche y el Caroata como dos brazos líquidos que ciñen el talle de la ciudad. Por el Este se desliza el virgiliano Anauco, y por el Sur, recogiendo el tributo de los otros, cruza el Guaire moviendo las ruedas de los trapiches.

¡Serena infancia capitalina! Dulce paz aldeana que ya comienza a inquietar los estremecimientos de la Revolución! A ratos la gran siesta es turbada por ásperas voces: el Capitán General litiga con los cabildantes por cuestiones de impuestos o de preeminencias, el Capítulo Metropolitano reclama en estrados alguna herencia o el Padre Baltazar Marrero se permite criticar—¡en la Universidad!— la filosofía del Peripato. Pero esto cesa pronto: Los cabildantes y el Gobernador se avienen con facilidad, la Catedral recibe su herencia, el peligroso profesor de filosofía es confinado a un curato foráneo y el colmenar recobra el sosiego entre el permanente olor del incienso que embalsama la ciudad.

Toda la existencia de Caracas gira en esta época en torno a la religión. Los sentimientos de sus moradores tienen como ejes a los templos, las capillas y los conventos, y hombres y mujeres pasan la vida preparándose para el terrible trance de la muerte. Necesariamente la humana picardía, tan peculiar en el espíritu español, tiene aquí los mismos polos. Existe un comercio más pingüe y descansado que el de las minas y la agricultura y casi tanto como el de la política: Es el comercio de la fé, la venta de escapularios benditos, de sagradas imágenes, de hierbas y frutas curativas, de cirios y amuletos misteriosos. Y es, asimismo, la recolección de limosnas para financiar las festividades patronales, la fabricación de nuevos templos y la celebración de novenarios por el descanso eterno de privilegiados difuntos. Mientras se muere, es necesario vivir.

No se crea, empero, que se vive sin orden en esta pequeña capital americana. La Iglesia es benévola pero metódica, como una buena madre. Es ella quien cuida de estas cosas. Los ceráficos agentes, provistos de licencia eclesiástica, atraviesan las calles, recorren los caminos, penetran en los villorrios rurales y entablan en las puertas de las casas un diálogo que se repite, día por día, a lo largo de tres centurias:

—¿Quién va?

—Gente de Paz.

—¿Qué se le ofrece?

—La limosna para las misas del Santísimo.

Así se va llenando la "alcancía" con los maravedises y las moneditas que ostentan el mofletudo rostro de Carlos IV. Por la noche, en la fresca y confortante paz de las sacristías, se hacen los piadosos balances, mientras las lechuzas y los murciélagos arrancan a los vecinos medrosos conjuros: "Que el demonio cargue con vosotros, bichos de mal agüero".

—o—

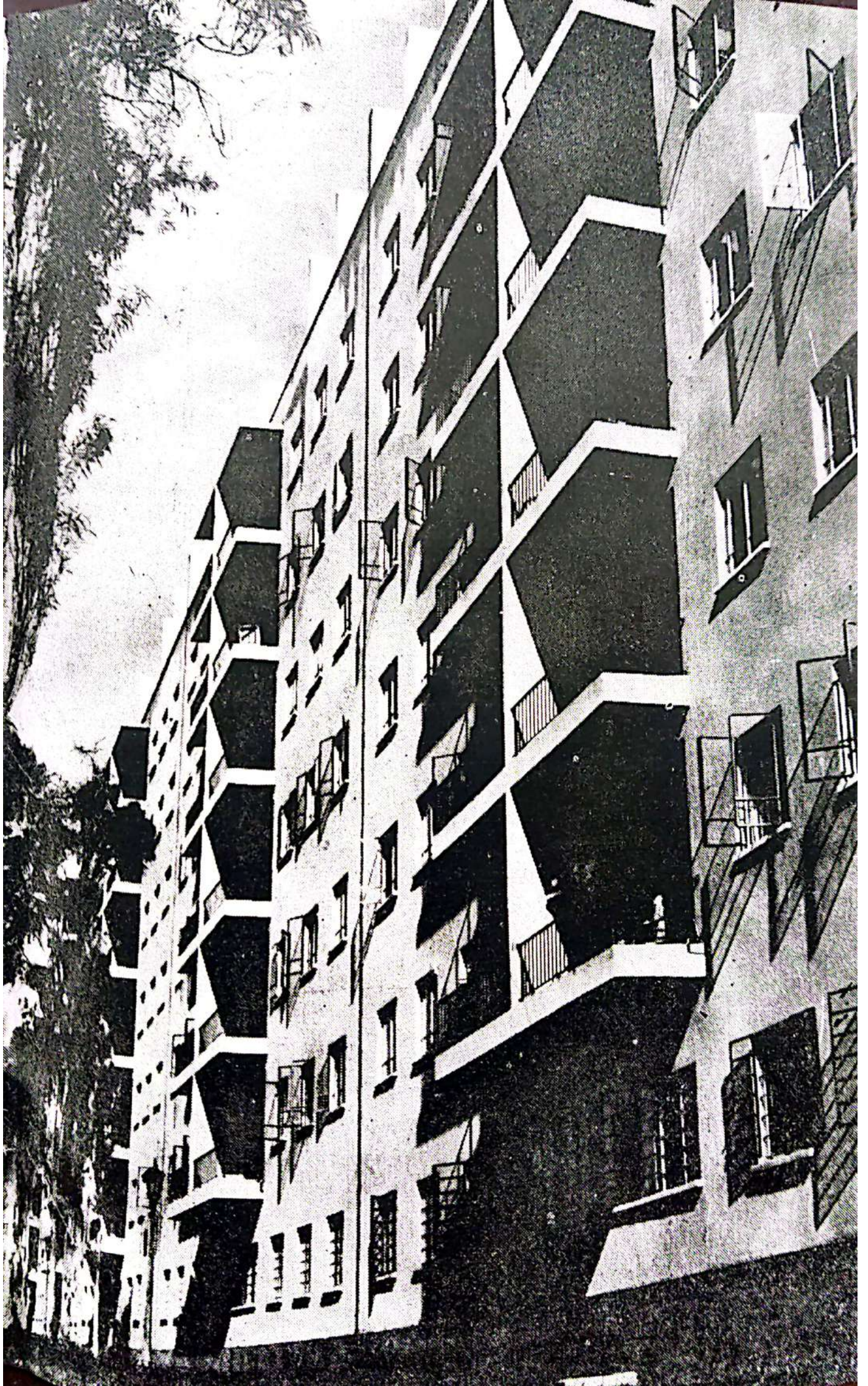
Refiere una olvidada tradición, que alrededor de 1775 existía en Caracas un *santero*, de nombre Antonio Guzmán, que recorría los campos portando, dentro de una caja de vidrio, una imagen del Niño Jesús. Aquella imagen de rubios cabellos y exuberante ropaje de seda, debía de poseer particulares virtudes a juzgar por la abundancia de *milagros*, esto es, de figuritas de plata, que llenaban su nicho. ¿De dónde procedía el *santero*? He aquí lo que se refiere de él:

En la época en que el Príncipe de Aranda aconsejaba al Rey de España dar su independencia a las provincias americanas, colocando en cada una de ellas un príncipe español, ese mismo Ministro tenía que resolver un difícil problema relacionado con los dominios de Ultramar. Este problema constituía el reclutamiento de nuevos soldados para las guarniciones de América, tarea particularmente ardua en razón de que la oficialidad peninsular consideraba afrentoso el servicio en estas colonias bárbaras. No podía guiarse Aranda por un criterio selectivo. Ascendió a oficiales los sargentos,

libertó a los galeotes de Ceuta que aceptaron convertirse en soldados y envió esta gentuza a los cuarteles americanos. En esas filas, según el granadino Manuel Briceño, vino a Venezuela aquel Antonio Guzmán que más adelante, dado ya de baja, iba a dedicarse al beato comercio.

Un hijo de este hombre, llamado también Antonio, entraría con el tiempo al servicio de las armas y aparecería en los umbrales del siglo XIX como sargento primero de granaderos del Regimiento de la Reina, acantonado entonces en el cuartel San Carlos. En los anales venezolanos no existen noticias que permitan establecer claramente los orígenes de una familia que como la suya estaba llamada a ocupar posición prominente en la historia del país. Posiblemente lo que refiere Manuel Briceño no pase de ser una fábula; mas, leyenda o verdad, es el único rastro de su pasado que encontramos en la tierra venezolana. Otros Guzmanes existieron, tanto en Caracas como en las regiones del interior; pero ninguno de ellos tiene que ver, por los menos en apariencia, con el que mueve al autor a escribir estas páginas. "Este—precisa Vicente Dávila en una nota de sus *Investigaciones Históricas*—es el padre de D. Antonio Leocadio Guzmán diferente de otro D. Antonio Guzmán que el 25 de mayo de 1813 murió en Cumaná, donde era Sargento Mayor de Milicias... Hay otro Antonio Guzmán, nativo de Caracas, que litigó en 1807 su limpieza de sangre por ser hijo natural de D. José Patricio Álvarez en doña Teodora Guzmán, personas *blancas*".

La historia menuda ha especulado en forma un tanto romántica a propósito de los juveniles amores del sargento Guzmán con una vecina de su cuartel, a la que apodaban la *Tiñosa*. Poco se sabe de esta mujer. Su nombre, Agueda Josefa García, no arroja mayor luz en la penumbra que la rodea. Versiones que no tienen mejor fundamento le atribuyen condición muy humilde: La García fabricaba golosinas que iba a vender a los soldados, y éstos la apodaron La *Tiñosa* por las pecas que cubrían su rostro. Otros testimonios, por el contrario, tienden a demostrar que se trataba de una honesta y hacendosa muchacha, dueña de modesta heredad en los



alrededores de la capital. El único documento capaz de sustentar indicios seguros sobre el nacimiento de Antonio Leocadio, es una partida de bautismo existente en los Archivos de la Curia caraqueña y que a la letra dice:

"En la ciudad mariana de Caracas, el diez y ocho de Noviembre de mil ochocientos uno. Yo, el infrascripto Cura Teniente de la Santa Iglesia Parroquial de Santa María de Altagracia bautisé solemnemente a un párvulo que nació el día cinco del corriente, a quien puse por nombre Antonio Joseph Zacarías, hijo natural de Dña. Josefa Agueda García y D. Antonio de Mata y Guzmán (según éste mismo me lo ha significado) de esta feligresía aquélla, y éste Sargento Primero de Granaderos del Regimiento de la Reyna, fué Padrino D. Bernardo Corceta, soldado del mismo cuerpo a quien advertí el parentesco y obligación. Para que conste lo firmo Ramón Manuel Tirado". (Libro III de Bautismos de los hijos de la gente blanca, de la iglesia de Altagracia. Folios 47 y 48.)

Distintas circunstancias contribuyen a hacer verosímil la idea de que este Antonio Joseph Zacarías sea el mismo Antonio Leocadio Guzmán que tan visible huella ha de dejar en la historia política de Venezuela, y que de manera tan enigmática se comportará siempre con relación a su nacimiento

Los aficionados a las historias extraordinarias, los murmuradores y los enemigos políticos de Guzmán dirán que esa partida ha sido objeto de enmendaturas. Nada hay en ella que induzca a creer tal especie. Y si algo de novelesco existe en la existencia de este hombre, no es precisamente la falsificación de un documento que no ha de añadir ni restar interés a su vida. Todo el orgullo de Antonio Leocadio se cifrará en su patronímico, en el nombre que hicieron ilustres personajes de la nobleza española. En su vejez, cuando ya esté convencido de haberlo grabado en la memoria de su país, escribirá una explicación de su origen, según la cual el nombre de Guzmán es oriundo de la provincia de Burgos y proviene, etimológicamente, de dos voces góticas: *gods*, que significa bueno, y *manna*, hombre. "Era—dirá también—el tí-

tulo de un noble que servía en el Ejército o en la Armada como soldado distinguido".

—0—

Una bruma de leyenda desdibuja la silueta de la *Tiñosa*. La existencia de esta mujer que arde en el pórtico del siglo XIX como una llamita de amor, se borra luego entre sombras, en un piadoso silencio. Los historiadores pasan junto a su nombre con el dedo sobre los labios. No ocurre lo mismo con el sargento de Granaderos del cuartel San Carlos, cuya presencia se hará notar en importantes acontecimientos de la guerra de independencia. Antonio Guzmán es uno de los actores del drama de la transformación venezolana. Realista de corazón, participa en el movimiento contrarrevolucionario fraguado en Caracas después del 19 de abril de 1810 y descubierto en julio del mismo año. Se le reduce a prisión y es enviado al castillo de San Felipe, en Puerto Cabello, junto con otros conspiradores. Allí va a permanecer durante dos años, esto es, hasta el 30 de junio de 1812, cuando la traición de Francisco Fernández Vinoni, Rafael Hermoso, Faustino Garcés y otros militares al servicio de las armas patriotas, pone el castillo en manos de Monteverde y origina el desastre de la primera República.

El Sargento Guzmán recibe entonces el grado de Capitán y permanece en la fortaleza como segundo jefe interino. Allí hace frente al Coronel Simón Bolívar que durante seis días lucha desesperadamente por reconquistar la plaza perdida. Sombras y sangre llenan la cuna de la patria recién nacida. La represión ejercida por Monteverde colma los calabozos de las prisiones y puebla los caminos del mar de hombres y mujeres que huyen. Y mientras en el destierro Bolívar organiza el regreso, Antonio Guzmán convierte su brazo en eficaz instrumento de la venganza española. Dícese que su hijo, que apenas cuenta once años, está entonces con él. "Allí—escribe el citado Manuel Briceño—murieron asfixiados Moreno, Beniz, Gallegos, Méndez, Perdomo y otros; allí Antonio Guzmán hacía que su hijo sacara diariamente de una urna los nombres de los patriotas que debían ser degollados".

Vuelve luego la lucha, más enconada y sangrienta. La *guerra a muerte* quiere borrar con un rojo estrujón el recuerdo de la Patria Boba. Simón Bolívar, el derrotado de Puerto Cabello, es ahora el Libertador, y Antonio Guzmán que prevé días tormentosos, retira a su hijo del cuerpo de cadetes—donde lo colocara el general Monteverde—y lo envía a España a educarse. Es un hombre fiel a su credo este soldado que sigue las alternativas de la guerra, en los buenos y los malos tiempos. En 1816 se le vuelve a encontrar en Caracas actuando como sumariador en la información levantada por orden del Gobernador Moxó contra Teresa Heredia, sospechosa de republicana.

Una nueva mujer interviene por estos años en la vida del padre de Antonio Leocadio: es doña Josefa Mirabal, viuda de Quintero, con la cual contrae matrimonio en segundas nupcias. Es ahora un hombre importante a cuyo lado vienen a vivir los pequeños hijos del primer matrimonio de doña Josefa y cuya escasa heredad se ve enriquecida con la apreciable fortuna del difunto. La lanza apocalíptica de Boves ha aventado las pavesas de la República hasta las orillas del Orinoco y Antonio Guzmán puede permitirse, durante cinco años, el placer de ir a tomar los aires del campo en la hacienda "Caucagüita", situada en el camino de Guarenas. Pero en 1821 la tragedia toca a su fin. Hay un rápido duelo, precursor de la escena final, y Antonio Guzmán saborea por un instante la satisfacción de gobernar a Caracas con el cargo de Teniente Rey, que corresponde a la jerarquía del segundo jefe militar de la plaza. Es sólo una llamarada que apaga la apoteosis de Carabobo. De allí al mar, al exilio definitivo, a la añoranza que se marchita mientras la vida cambia.

—o—

¿Cuáles visiones llevaba de su patria el joven Antonio Leocadio? ¿Cuál emoción de ella conservaría durante su permanencia en la antigua Metrópoli? Poco hablará de estas cosas en el futuro quien tan extensamente ha de hablar de todo. Debieron ser de intensas reacciones espirituales,

primero en Sevilla y luego en Madrid, en medio de las conmociones de la política, asistiendo al derrumbe de un gran Imperio en cuyos dominios no se ponía el sol, y al relajamiento de un pueblo contagiado por la degeneración de sus gobernantes. Inteligente y vivaz como era, el joven liceísta criollo debió percibir aquellas reacciones y plantearse ante ellas el problema de su porvenir. En el Liceo madrileño tuvo profesores notables, como el sabio Alberto Lista, y condiscípulos que más tarde harían famosos sus nombres en la literatura, como Espronceda, Bretón de los Herreros y Mariano José de Larra. Algunos de estos estudiantes, de espíritu liberal, escribían sátiras contra los políticos corrompidos y es de imaginar la impresión que su actitud revolucionaria produciría en Antonio Leocadio.

Respirando a todo pulmón los aires del romanticismo, ambicioso, imaginativo, abandonado a su iniciativa en aquel vertiginoso río de pasiones, colocado por el destino en el cruce de dos épocas, a las primeras vacilaciones determinadas por la posición política de su padre debió suceder el sentimiento de su propia personalidad y de su propio interés. También él había estudiado la historia y, al igual de sus compañeros de aulas, hallaba que el régimen español en las colonias de América había sido un error. Después de tan perseverantes desaciertos no era extraño que España se viese colocada al margen de la vida europea y que su cultura, su arte, su economía y su política cayesen en un profundo colapso.

Frente a un mundo que se desmoronaba, el joven Guzmán veía otro que nacía entre llamaradas heroicas. América era el futuro vibrante y era, por añadidura, su patria. La sentía arder en su sangre y tomar formas prodigiosas en su imaginación. La presentía como un árbol de flores y frutos enormes, de colores magníficos, como una de esas eritrinas rojas que muchas veces contempló en su infancia sombreando los cafetales. Y el nombre de Bolívar resonaba en sus oídos como una clarinada.

La noticia del triunfo de Carabobo debió de ser para él ese acontecimiento crítico que rompe en el hombre las últi-

mas vacilaciones. Al saber que hasta su propio padre había tenido que huir de Venezuela, resolvió regresar. Casi un año tendría que esperar un navío: a tal extremo de decadencia llegaba entonces el poderío marítimo de España. Embarcó al fin en el bergantín *Aquiles* que le condujo a Puerto Rico a fines de 1822, y una mañana cualquiera estalló de nuevo ante su mirada el flamígero sol del Trópico.

La lujuriosa isla del Caribe era entonces el refugio de casi todos los realistas arrojados de Venezuela, y entre ellos estaba el furibundo panfletario José Domingo Díaz, el más acerbo enemigo de la independencia, cuyas cartas y artículos alentaban a las escasas partidas de salteadores que aun permanecían en los campos venezolanos.

Ya estaba en América, ya escuchaba de nuevo el rumor de las frondas y la canción de los ríos. ¿En qué forma se orientarían sus pasos? ¿Cuáles manos buscarían las suyas? Refiérese que al verle llegar de improviso, su padre le increpó con dureza por aquella conducta que le contrariaba. Se ha dicho, incluso, que en el ardor de la disputa los dos se golpearon. Sin embargo, otros hechos desmienten esta versión, pues al salir para Venezuela, a principios de 1823, Antonio Leocadio traía una carta de su padre para su madrastra, la que no había querido abandonar el país. Esa carta era la llave que le abriría las puertas de una nueva existencia.

—o—

Desde el lomo de la montura que lo trae a Caracas, descendiendo la cumbre de los Castillitos, contempla Antonio Leocadio el amplio valle envuelto en su exuberante verdura y aspira con fruición el aroma de la tierra. Su pensamiento corre delante de él, y su oído se afina para arrebatarse a la brisa los ruidos que vienen de la ciudad. Allí continúan los riachuelos, finos y cristalinos. Y aun cuando todo parece sumido en la paz de los tres siglos pasados, la sensibilidad del repatriado percibe sus cambios. Los ríos de América están aprendiendo un nuevo lenguaje.

Umbral

Lucas Manzano, devoto de la crónica caraqueña, acaba de dar a la publicidad su nueva obra "Caracas de antaño", la cual prologa Mario Briceño-Iragorry, Cronista de la Ciudad.

Si Lucas Manzano tiene para las cosas recientes de la vida la misma memoria que se gasta para las cosas remotas que nos cuenta en sus sabrosas crónicas, recordará cómo un día de 1912 nos tropezamos al azar en la esquina del viejo Muscani, frente al Palacio de las Academias, de donde salía presuroso don Manuel Landaeta Rosales. No sé qué diablos le preguntara a Lucas don Manuel, a quien fui presentado como un estudiante "inteligente" recién llegado de la provincia. El señor Landaeta intentó hablar conmigo de historia de mi pueblo y no supe responderle otra cosa sino que Trujillo había sido quemada durante la colonia por un francés llamado Grammont.

En aquella lejana circunstancia tuve yo mi primer encuentro, gracias a la presentación de Manzano, con uno de los veteranos husmeadores de archivos y leyendas, que tantos servicios ha prestado a los historiadores nacionales. Pero entonces Lucas Manzano no había descubierto su afición por la vieja crónica caraqueña, ni yo suponía que pudiera llegar el momento de trocar mi Lacroix de estudiante de ingeniería con las viejas y amarillentas hojas de los anaqueles municipales de Caracas.

No crean quienes lean estas líneas que yo trato de parangonar en edad al venerable señor Landaeta Rosales con nuestro festivo y cordial Lucas, pues además de ser tenido como prueba de mala educación el echar al aire secretos que se relacionen con la heroica cronología de los amigos, no disfruto tampoco el privilegio de saber a buena ciencia cuántos son los eneros que nuestro amigo lleva bien gozados. El tan du-

cho en crónicas, nos niega aún la crónica de su aparición en el periplo caraqueño, y ni siquiera se ha cuidado de decirnos algo acerca del afortunado maestro que le embauló en la cabeza las primeras letras, honor de proclamarlo que, por comprometerle para efectos de un seguro, rechazó el inolvidable maestro don Rosendo Noria. Viven, sin embargo, por ahí quienes saben los inicios de Manzano y los altibajos por él aprovechados o sufridos hasta convertirse, de sargento de artillería, en una especie de institución caraqueña, que, rivaliza con su hermana la ceiba de San Francisco.

Quizá adiestrado por Landaeta Rosales, Lucas Manzano, por medio de paciente búsqueda en archivos y libracos apollillados, ha logrado una serie de noticias sobre nuestra vida capitalina, con cuyos relatos nos deleita, primero, en las columnas de los diarios; después, en amenos volúmenes, de los cuales éste que empezará el lector a regustar lleva el número cinco.

Entre los muchos y notorios méritos que decoran la persona de Lucas Manzano, precisa exaltar su constancia en trillar los amenos caminos que han dado egregios títulos a Aristides Rojas, Santiago Key-Ayala y Enrique Bernardo Núñez. La crónica fácil y elegante de Lucas nos permite recorrer con amorosa emoción a través de recovecos de la historia de nuestra ilustre capital, y gana ello precio cuando se piensa que para saber lo que fué la Caracas de antaño, llena de historia y de generosa alegría, precisa ir al relato familiar de los cronistas.

Una lamentable imprevisión de las autoridades permitió la desordenada destrucción de la vieja ciudad, cuando hubiera sido lo más lógico planear hacia el Este, desde la Yerbera, la hacienda del Conde y Puente Anauco, un nuevo sistema de edificación, donde se desarrollara la urbe moderna, sin menoscabo de la Caracas antañona y tradicional, asiento de una historia que es orgullo, no sólo de Venezuela, sino también de nuestra América hispana. Pero si en verdad han sido

reducidas a polvo las viejas casonas cargadas de recuerdos, a punto de resultar a los jóvenes un poco extraño el que se les hable de haber nosotros conocido las casas que habitaron el conde de Tovar y el conde de San Javier y el viejo cuartel de las Milicias de Blancos, hasta hace poco firmes en sus recios pies de piedra, el espíritu secreto de Caracas pervivirá en la historia familiar que salvan sus crónicas.

Lucas Manzano se ha consagrado con diligencia y acierto a recoger, como la segadora bíblica, esa historia menuda, que si en veces se resiente de excesos de fantasía, es, en cambio, expresión sincera del alma de los pueblos. Y lo ha hecho con el inquebrantable entusiasmo que es sello de su vida, hasta permitirle olvidarse de las imposiciones funestas de los calendarios.

Mi larga amistad con el afortunado autor de "Crónicas de Antaño", abundosas de la buena solera con que se adoba la tradición fecunda de Caracas, explica, más que mi título oficial de Cronista de Caracas, el que se me haya otorgado el grato privilegio de estas líneas introductorias, en las que va, con mi efusivo aplauso para la labor literaria de Manzano, tributo de encomio para la virtud que en él se hace más notoria: el culto de la amistad.

Sabe Lucas Manzano lo que es luchar. Su vida de hombre ha sido la prosecución de un tenaz esfuerzo superativo. Debe de haber sufrido mucho a lo largo de su comercio con el duro prójimo. Pero la moral de Lucas no conoce la tierra donde arraiga el cardo, empero sí los ricos abonos que hacen fácil el brote alegre de la modesta flor de la amistad. Tan de menos se ha hecho ésta en la relación social que, reflexionando sobre su crisis, he llegado a creer que reclamar lealtad y consecuencia en estos tiempos, es tanto como pretender que hombres de calidad elegante usen para sus cartas aquel modesto papel que lucía como timbre honorable, entre orla de laureles, dos manos enlazadas y la palabra "Amistad". Lucas Manzano tendría derecho a hacer cartas en aquel viejo y desusado papel.

Sucedió en el mes

A la recepción oficial de Año Nuevo, concurrieron, para saludar a la Junta de Gobierno, el H. Cuerpo Diplomático, los Ministros del Gabinete, los representantes del Poder Judicial, el Concejo Municipal y la Gobernación del Distrito Federal, el Arzobispado, las Fuerzas Armadas. El acto se efectuó en el Palacio de Miraflores.

—o—

Ramón Díaz Sánchez, escritor y Director de Cultura del Ministerio de Educación Nacional, fué elegido (miércoles 17) Presidente de la Asociación de Escritores Venezolanos. Fué una votación unánime de los 59 miembros asambleístas. Díaz Sánchez ha publicado, entre otros, los siguientes libros, de hondo contenido y alto valor: Mene, Cumboto (Premio Aristides Rojas), Viaje al Amanecer, y Guzmán, Elipse de una ambición de Poder.

—o—

En el Ateneo de Caracas el musicólogo y compositor venezolano José Antonio Calcaño, dictó una interesante conferencia sobre "Bases Científicas de la Música". Figuras destacadas del movimiento intelectual venezolano asistieron al acto. El Ateneo de Caracas tiene sede en la Esquina de Mercedes, en la vieja casa de Andrés Bello.

—o—

La Asociación Venezolana de Conciertos presentó en el Teatro Municipal a la gran Soprano de color, de fama mundial, Dorothy Maynor, en dos recitales, los días 24 y 26. Estuvo acompañada al piano por Ludwig Bergmann e interpretó selectas composiciones de maestros clásicos y modernos.

—o—

La Línea Aeropostal Venezolana (LAV) inauguró los vuelos directos de Caracas a Lima. El Constellation "El Libertador" partió del aerodromo internacional de Maiquetía y a las seis horas y media aterrizaba en Limatambo.

El viaje inaugural estuvo prestigiado por distinguidas y altas personalidades venezolanas y peruanas. También hicieron el vuelo inicial, representantes de la prensa capitalina.

—o—

El Instituto Nacional de Deportes aprobó la construcción de tres modernos gimnasios (día 20). Uno será instalado en Los Caobos, detrás del parque infantil, donde actualmente hay una pileta. Otro tendrá ubicación cerca de la Avenida "Andrés Bello", poco más allá de Sarría. Y el tercero será construido en el Velódromo "José Pérez Colmenares", detrás de la Escuela Normal "Miguel Antonio Caro" en Catia. Tendrán piscinas olímpicas para carreras y saltos, rings de boxeo y lucha libre amateurs, canchas para basquetbol, volibol y otros deportes.

Serán construídos teniendo como modelo los modernísimos gimnasios de París.

—o—

La escritora venezolana Isabel Jiménez Arráiz de Díaz Sánchez hizo dos presentaciones de "El Prodigio de los Tiempos"; obra en un acto y ocho cuadros, representada por 129 chiquillos cuidadosamente seleccionados. En la obra colaboraron los siguientes intelectuales venezolanos: Isabel de Díaz Sánchez, Narración e Inspiración; Juan Liscano, Tercetos; Luz Machado de Arnao, "La Anunciación" y "La Queja"; Jean Aristeguieta, "La Alborada"; Angel Corao, "La Santa y La Reina" (en Bizancio); Arturo Uslar Pietri, "Peregrinos y Moritos" (medieval); Gustavo Díaz Solís, "Negocios redondos" (Renacimiento); Ramón Díaz Sánchez, "La Conquista y la Esclavitud". Además de estos libretistas, también dieron su aportación numerosas personas, tanto en la coreografía como en la decoración. La música de Blanca Estrella, María Luisa Escobar y Prudencio Esáa sirvió de fondo a muchos de los cuadros. También se interpretó música folklórica recogida por Abel Valmitjana.

Las presentaciones se efectuaron el domingo 14 en el Hogar Americano y el 28 en el Teatro Nacional.

—o—

El doctor Héctor Parra Márquez, Ministro de la Alta Corte Federal y de Casación, fué recibido como individuo de número de la Academia de Ciencias Políticas y Sociales, en acto efectuado el día 16 en el Paraninfo de la Universidad Central. Su trabajo de incorporación leído fué "La extradición a la luz de la legislación venezolana". El doctor Parra Márquez es también académico de la Historia y miembro de otras asociaciones nacionales y extranjeras.

—o—

La nueva Directiva del Colegio de Abogados del Distrito Federal tomó posesión el pasado viernes 26, en un acto al que asistieron el doctor Germán Suárez Flamerich, Presidente de la Junta de Gobierno, y el doctor Luis Felipe Urbaneja, Ministro de Justicia.

La nueva directiva está presidida por el doctor Ignacio Luis Arcaya.

—o—

Los diez años de la fundación de la Escuela de Servicio Social fueron celebrados (día 11) con un programa que comprendió: Misa en la Iglesia de Santa Teresa, desayuno en el local del Instituto (Villa "Francia", El Paraíso) y un acto en el Instituto Pedagógico Nacional, al cual asistió el Ministro de Sanidad y Asistencia Social, Doctor Raúl Soulés Baldó.

De las aulas de la Escuela de Servicio Social han egresado, en 8 promociones, un total de 138 Trabajadoras Sociales, que a lo largo del territorio nacional prestan sus útiles y humanitarios servicios. El 29 se celebró también el "Día de la Trabajadora Social".

—o—

El doctor José L. Prado C. fué electo Presidente de la Sociedad Venezolana de Química, en una reunión efectuada el 26, en la cual se nombró nueva directiva que regirá las actividades de la Institución durante el período 1951-52.

El doctor Prado ostenta una amplia trayectoria en el mundo científico. Ha desempeñado numerosos e importantes car-

gos técnicos y es miembro de varias asociaciones científicas venezolanas y extranjeras.

—o—

La primera Convención Anual de la Asociación Venezolana para el Avance de la Ciencia, se inauguró (día 30) en el Auditorio del Instituto de Higiene de la Ciudad Universitaria. Asistieron distinguidos y preocupados científicos del país.

El programa inaugural constó de palabras de apertura por el doctor Vicente Peña y conferencias sobre "Filosofía de la Ciencia" por los doctores Enrique Tejera y Julio de Armas.

—o—

La Dirección de Cultura y Bellas Artes del Ministerio de Educación Nacional ha venido auspiciando audiciones selectas en el Teatro Municipal y la Biblioteca Nacional. La Orquesta Sinfónica Venezuela, bajo la dirección de Sergiu Celibidache y Angel Sauce, actuó en 3 conciertos en el Municipal, interpretando música de compositores nacionales y extranjeros.

—o—

Como parte inicial del Plan de Vivienda Popular que se propone desarrollar el Gobernador Pacanins, anunciado al asumir el Ejecutivo Distrital, se llevó a cabo la entrega de diez casas a miembros del Cuerpo de Seguridad Pública de Caracas. La entrega se hizo de un lote de 200 casas que construye el Municipio en Lídice. Las casas son fabricadas a base de bloques de cemento y asbesto en los techos, dotadas de las condiciones necesarias para el bienestar de la clase pobre, entre quienes serán repartidas. Se persigue con ello eliminar alrededor de 30.000 ranchos que existen en los cerros de la Capital y dotar a sus habitantes de viviendas higiénicas.

—o—

El sábado 27 se efectuó en el Stadium Nacional del Paraíso, el desfile inaugural del Torneo Interliceísta, en el que participaron equipos de los liceos capitalinos Fermín Toro, Andrés

Bello, Aplicación, Urdaneta, Caracàs, Alcázar, Luís Razetti y las Escuelas Técnica Industrial y Normal de Maestros.

—0—

La Escuela de Periodismo inició su Ciclo de Conferencias para 1951. La disertación inicial estuvo a cargo de José Ratto-Ciarlo, periodista titular, quien habló sobre "El Periodismo y la Historia". Se anuncia la intervención de conocidos periodistas e intelectuales para la continuación de tan importante Ciclo.

—0—

La Junta de Gobierno acordó un crédito especial por la cantidad de cuatro millones de bolívares, adicionales al Presupuesto de Gastos del Departamento de Obras Públicas, para la concesión de un préstamo con miras a sufragar los gastos requeridos para la continuación de las obras que la Municipalidad ejecuta en la Avenida Sucre.

—0—

El 15 de enero fué celebrado el "Día del Maestro". Entre los actos realizados en Caracas se destacaron: En el Auditorium del Liceo Fermín Toro: Imposición de la Medalla de Instrucción a destacados maestros venezolanos; entrega al doctor Arnoldo Gabaldón del Premio Nacional de Investigaciones Científicas "José María Vargas"; entrega del Premio Nacional de Periodismo "Juan Vicente González", correspondiente al año 1949, al escritor R. A. Rondón Márquez; discurso del doctor Simón Becerra, Ministro de Educación Nacional. En el Concejo Municipal: entrega del "Premio Municipal del Maestro", al educador Julio C. Marcano; colocación de un retrato del Dr. José María Vargas, transformador de los estudios médicos en Venezuela y Rector de la Universidad Central; discurso de Mario Briceño-Iragorrry, Cronista de la Ciudad, sobre la personalidad del doctor Vargas.

Además hubo recepción en el Club Los Cortijos, en la Asociación Venezolana de Periodistas y en el Club del Maestro, en la Avenida San Martín, para agasajar a los educadores.

—0—

Con un acto el miércoles 17 en el Salón de Conferencias de la Universidad Central, se inició el Ciclo de Conferencias sobre "qué debe Venezuela a sus indios". La primera conferencia versó sobre "El indio en la población venezolana" y fué dictada por el Dr. Antonio Requena, presidente de la Comisión Indigenista Nacional. Se efectuarán todos los miércoles de cada semana. Las del 24 y 31 estuvieron a cargo del doctor Pascual Venegas Filardo y José Antonio Calcaño Calcaño, quienes trataron los temas: "El Indio en la Economía Venezolana" y "La música venezolana y la aportación indígena". Estas conferencias son auspiciadas por la Comisión Indigenista Nacional, el Museo de Ciencias Naturales y la Universidad Central de Venezuela.

El Rector, doctor Julio de Armas, dió apertura a la conferencia del día 17.

—o—

El 25 se reunió el Jurado del "Premio del Buen Vecino" para deliberar sobre los candidatos presentados. El premio es auspiciado por el semanario "The Caracas Journal" que se edita en inglés, y será concedido a la persona que haya trabajado más en el fomento de un mejor entendimiento entre Venezuela y los países de habla inglesa. Constará de un trofeo de plata.

—o—

El domingo 27, a las 11 de la mañana, en el "Centro Mérida", situado de Altigracia a Cuartel Viejo No. 18, el joven intelectual Simón Alberto Consalvi dictó una conferencia sobre la personalidad del doctor Julio C. Salas, ilustre historiador y sociólogo merideño.

Consalvi fué presentado por el joven poeta Francisco Salazar Martínez. Fué colocado un retrato del doctor Salas en el salón de sesiones del Centro.

—o—

El Día de Reyes, (6 de enero) fué abierta al público en el Municipio "Leoncio Martínez" (Dos Caminos), la Feria Exposición de Venezuela. El día 25 algunos concejales del Ayun-

tamiento capitalino, plantearon en sesión la necesidad de estudiar el retiro del Pabellón del Distrito Federal en la mencionada Feria, por considerar que "la llamada Gran Feria Exposición de Venezuela no es ni siquiera un pequeño exponente de la industria y el progreso nacional sino un garito muy amplio con todos o casi todos los juegos de envite y azar prohibidos en el país y sin ningún otro fin que el de producir inmensas ganancias únicamente a los empresarios". En igual sentido se han venido pronunciando varios diarios de la Capital. El Concejo designó una comisión especial para hacer el estudio correspondiente y pedir al Gobernador el retiro del Pabellón Distrital.

—o—

Con fecha 20 de enero el Concejo Municipal acordó la designación de una Comisión Especial para que elabore un Proyecto de Ordenanza de Arquitectura Civil.

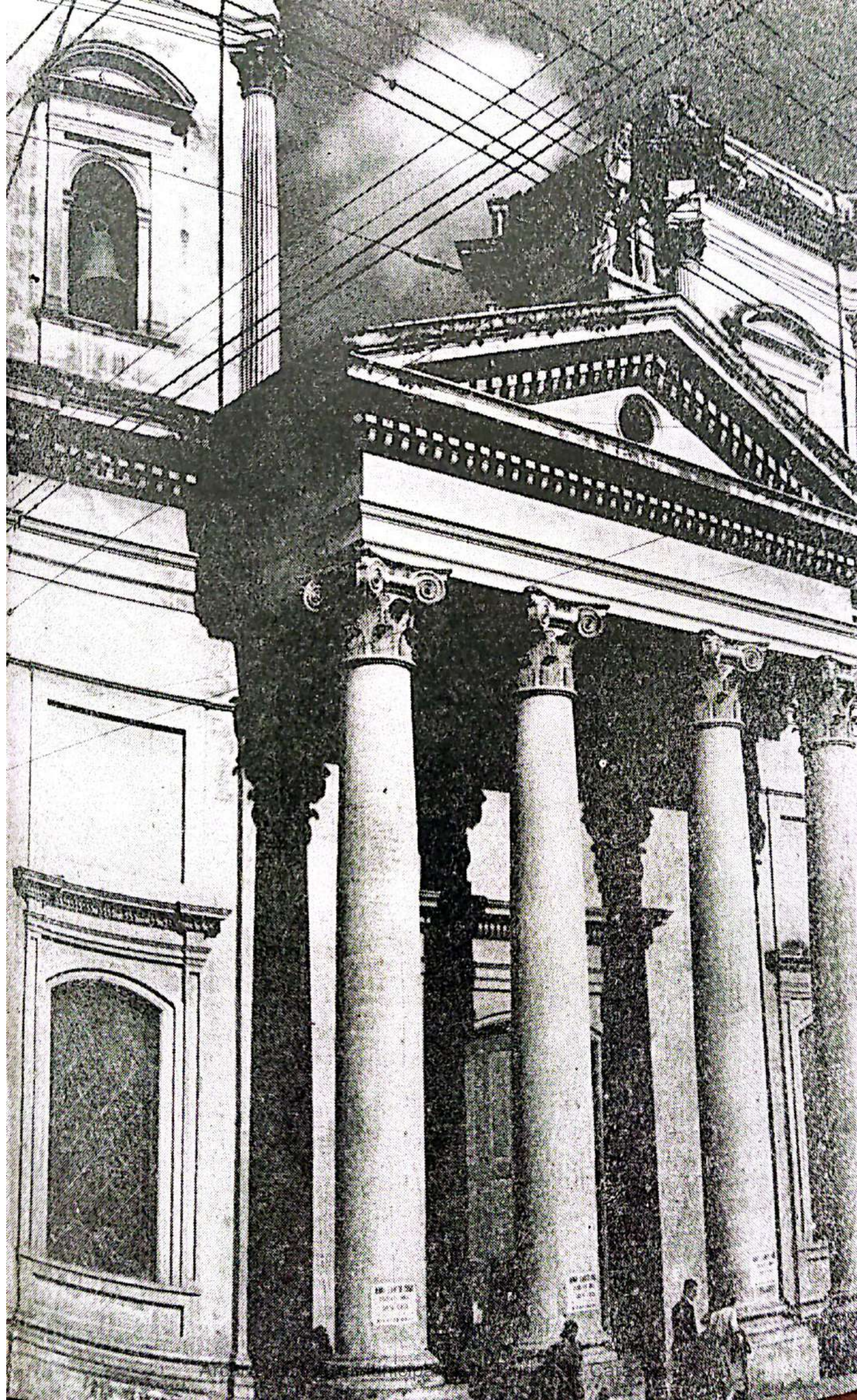
La comisión estará integrada por siete ingenieros representantes de las siguientes corporaciones y organismos: Dirección Nacional de Urbanismo, Dirección de Obras Municipales, Concejo Municipal, Colegio de Ingenieros, División de Ingeniería Sanitaria y Cámara de la Construcción.

—o—

El Jurado designado por la Dirección de Cultura y Bellas Artes del Ministerio de Educación Nacional para otorgar el Premio Nacional de Literatura (Poesía) admitió veinte obras correspondientes a 17 participantes. En reuniones posteriores de este Jurado, se anunció que dentro de breves días se dará a conocer el veredicto.

—o—

Se clausuró una exposición de litografías de la "época mirandina" en la Biblioteca Nacional. Comprendía gran cantidad de libros, grabados y dibujos alusivos al Precursor de la Independencia Suramericana; así como los ejemplares que aun se conservan de la colección de Clásicos Griegos que éste donó a la Universidad.



Con motivo de la mencionada exposición, la Biblioteca Nacional publicó en folleto el catálogo de los Clásicos Griegos de Francisco de Miranda preparado por Terzo Tariffi; en el que aparecen descritos los ejemplares conservados y se glosa la significación y valía del legado de Miranda a la Universidad.

—o—

En el Instituto Venezolano-Soviético se dictó una conferencia (domingo 14) sobre "Educación en la URSS" que estuvo a cargo de Carlos Hernández Yépez y un recital de Pedro Lhaya a base de poemas de su libro "Testamento del Corazón".

—o—

A la Comisión Permanente de Cultura Popular del Concejo Municipal, fué pasada una proposición del concejal doctor Jesús Arocha Moreno en el sentido de que sea en español la redacción de carteles, avisos, letreros, propagandas, etc. etc. y no en idioma extranjero, como se ha venido haciendo por una gran mayoría de los establecimientos mercantiles que operan en Caracas. La proposición contempla además, que sea pasada a la Comisión Permanente de Ordenanzas para que en lo relativo a Propaganda Comercial, se dicten pautas sobre tan interesante materia, en resguardo del idioma oficial del país.

EL VIAJERO QUE LLEGO A CARACAS

Cuentan que un viajero llegó un día a Caracas al anochecer, y sin sacudirse el polvo del camino, no preguntó donde se comía ni se dormía, sino cómo se iba adonde estaba la estatua de Bolívar. Y cuentan que el viajero, solo con los árboles altos y olorosos de la plaza, lloraba frente a la estatua, que parecía que se movía, como un padre cuando se le acerca un hijo. El viajero hizo bien, porque todos los americanos deben querer a Bolívar como a un padre. A Bolívar, y a todos los que pelearon como él porque la América fuese del hombre americano. A todos; al héroe famoso, y al último soldado, que es un héroe desconocido. Hasta hermosos de cuerpo se vuelven los hombres que pelean por ver libre a su patria. JOSÉ MARTÍ.

Notículas de Historia Caraqueña

Caracas fué asiento de la suprema autoridad de la Provincia de Venezuela o Caracas, desde que el Gobernador don Juan de Pimentel fijó aquí su residencia en mayo de 1576. Antes la cabeza del gobierno había estado en Coro, Tocuyo y Nueva Segovia.

—o—

Los orígenes del Puerto de La Guaira se remontan al acuerdo tomado el 19 de junio de 1584 por los Oficiales de Real Hacienda, encaminado a que se hiciera un fondeadero que permitiese el atraque, sin riesgo de que "las barcas se hicieran pedazos". La aduana estaba entonces en el Puerto de Caraballeda.

—o—

La primitiva Provincia de Venezuela o Caracas, cuya historia escribió Oviedo y Baños, comprendía el actual territorio de Falcón, Trujillo, Lara, Yaracuy, Cojedes, Portuguesa, Carabobo, Aragua, Guárico, Miranda y el Distrito Federal. Hasta 1673 le estuvo incorporado el territorio del Zulia. Por Cédula Real de 8 de setiembre de 1777 le fueron sometidos a su jurisdicción gubernamental las demás porciones que hoy integran el territorio patrio, y Caracas fué cabeza del total gobierno venezolano.

—o—

Fray Juan Martínez de Manzanillo, Obispo de Coro y Venezuela, fué el primer Prelado que fijó su residencia en Caracas. Lo hizo el año de 1583. Sin embargo, el título de Catedral quedó en la ciudad de Coro, hasta que por Cédula Real de 20 de junio de 1637 se ordenó el traslado a Caracas del Capítulo y privilegios catedralicios.

—o—

Las rejas para arados se vendían en Caracas, al año de 1608, a 8 reales.

—o—

La primera iglesia de Caracas estuvo en la esquina donde hoy está la Santa Capilla (así llamada desde 1883). Su título primitivo fué de San Sebastián, y más tarde, tomó el de San Mauricio, nombre también de la esquina hasta tiempos recientes.

—0—

La Cárcel Real funcionaba donde hoy está la Casa Amarilla. Aún se conserva el calabozo en que estuvo en Capilla José María España, ajusticiado en la Plaza Mayor el 8 de mayo de 1799, como responsable del movimiento rebelde de 1797.

—0—

Juan Francisco de León, cabecilla del movimiento de 1749 contra la Compañía Guipuzcoana, vivía frente a la Plaza de Candelaria, en el número uno, entre las esquinas de la Cruz y Candilito. La casa fué arrasada, sembrada de sal, y marcada con un poste que la exponía al menosprecio público.

—0—

En la actual esquina de Puente Yanes funcionaba durante la Colonia una matanza de ganado llamada del Algarrobo, nombre antiguo del sitio.

—0—

La primera plaza de toros de la Capital estuvo en la esquina sudeste de la Palmita.

—0—

Donde quedan el Capitolio y el Palacio Legislativo estuvo hasta 1872 el Convento de Monjas Concepcionistas, cuyo recuerdo mantiene el nombre de la esquina noreste.

—0—

El invisible puente de la Romualda es el más antiguo de los puentes de Caracas.

—0—

Donde hoy existe el Palacio de Justicia funcionaban el antiguo Seminario y la Universidad Real y Pontificia de Santa Rosa de Santa María, en cuya capilla se reunió el 2 de marzo de 1811 el primer Congreso de Venezuela, que declaró el 5 de julio la Independencia de la Patria. En el lugar de dicha Capilla, celebra hoy sus sesiones el Concejo Municipal del Distrito Federal.

—0—

La plaza hoy llamada de Abril o de San Juan, donde están las estatuas de Zamora y de Bello, se llamó de Capuchinos, por quedar ahí el Hospicio de Padres Capuchinos, situado al lado del templo. Primitivamente existió en dicho sitio una pila de agua, con un pilar adornado del león de la ciudad. Se llamó, por esta circunstancia, Plaza del León.

—0—

En el Pabellón Sur de la Casa Amarilla, donde despacha el Canciller, se reunía el Cabildo de Caracas. Desde su balcón, el 19 de abril de 1810, el Gobernador Emparan se dirigió al pueblo para preguntarle si quería que prosiguiera gobernando.

—0—

En Caracas, a fines del Siglo XVIII, nacieron los tres hombres mayores del Continente hispanoamericano: el Precursor Francisco de Miranda, el 28 de marzo de 1750; Andrés Bello, el 29 de noviembre de 1781, y el Libertador Simón Bolívar, el 24 de julio de 1783.

—0—

Durante el Gobierno de Guzmán, se dejó de llamar por su nombre antiguo la esquina de Jesuitas, y se llamó Esquina del Casino.

—0—

La "Gaceta de Caracas", el más antiguo periódico de Venezuela, comenzó a salir el 24 de octubre de 1808 y se editaba

en talleres que funcionaban entre Gradillas y Sociedad, frente al actual edificio de "El Heraldó".

—0—

El Palacio de Miraflores, actual residencia oficial del Presidente de Venezuela, fué edificado para habitación personal del General Joaquín Crespo. Fué concluído en 1897. El General Juan Vicente Gómez lo adquirió para la Nación.

*Tu verde y apacible
Ribera del Anauco,
Para mí más alegre
Que los bosques idalios
Y las vegas hermosas
De la plácida Pafos.
Resonarás continuo
Con mis humildes cantos,
Y cuando ya mi sombra
Sobre el funesto barco,
Visite del Erebo
Los valles solitarios,
En tus sombrías selvas
Y retirados antros
Erraré, cual un día
Tal vez abandonado
La silenciosa margen
De los estigios lagos. ANDRÉS BELLO.*

Los que escriben:

SANTIAGO KEY-AYALA nació en Caracas a mediados del año de 1874.

Ingeniero Civil de la Universidad de Caracas, cursó también en la docta casa de Vargas y Cagigal la Filosofía y las Ciencias Políticas.

Su nombre ocupa sitio relevante en la generación literaria que dió vida a las revistas *Ciencias y Letras*, *Cosmópolis* y *El Cojo Ilustrado*. En las lides del periodismo, redactó en el diario *El País*, vocero de los ideales de la Revolución Legalista y en *El Progresista* que aspiró a la renovación del Partido Liberal Histórico, denominándolo Progresista. Fue también redactor en *El Pregonero* y *El Tiempo*, los periódicos del recordado don Carlos Pumar.

El doctor Key-Ayala ha prestado valiosos servicios a la Nación. Fué Director General y Técnico en el Ministerio de Educación Nacional y, además de Encargado de la Cancillería venezolana, ha servido en el mismo Departamento Ejecutivo los cargos de Director de Derecho Público Exterior, Director de Derecho Internacional Privado, Consultor Jurídico, Abogado Auxiliar de la Plenipotencia para asuntos de Límites con Colombia, Delegado a la Asamblea de la Sociedad de las Naciones, Miembro por Venezuela del Tribunal de La Haya, Presidente de la Delegación de Venezuela a la Sexta Conferencia Panamericana en La Habana, Ministro Plenipotenciario en el Reino de Italia, Representante del Ministro de Relaciones Ex-

teriores en la Conferencia de Cancilleres de Panamá y miembro de varias comisiones para el estudio de asuntos internacionales.

Condecorado por varios países y entidades, Key-Ayala es Individuo de Número de la Academia Venezolana de la Lengua correspondiente de la Española, desde 1914; de la Academia Nacional de la Historia, desde 1916; Miembro Correspondiente de la *Hispanic Society of America*, desde 1929 y de varias Academias hispanoamericanas. En la actualidad es Vicepresidente de la Sociedad Bolivariana de Venezuela. Fué el primero en ganar el Premio Municipal de Prosa, en Caracas, con su hermoso libro *Vida ejemplar de Simón Bolívar*. (1942).

Obras publicadas:

Discurso de recepción en la Academia Venezolana de la Lengua (Caracas, 1914).

Discurso de bienvenida al doctor Teófilo Rodríguez en la Academia Venezolana de la Lengua. (Caracas, 1915).

Los novios de Caracas, por P. D. Martín-Maillefeller, traducción y preámbulo de Key-Ayala. (Caracas, 1918).

Un ensayo de Retozo Democrático. (Caracas, 1920).

Eduardo Blanco y la génesis de Venezuela Heroica. (Caracas, 1920).

Discurso de bienvenida al señor José E. Machado en la Academia Nacional de la Historia. (Caracas, 1924).

Los nombres de las esquinas de Caracas. Contribución al folklore venezolano (Caracas, 1926).

Una Constitución para Cuba. (Reproducción del Proyecto de Joaquín Infante, con un comentario bio-bibliográfico.) Caracas, 1928.

Series hemero-bibliográficas. Primera serie bolivariana. (Caracas, 1933.)

Vida Ejemplar de Simón Bolívar. (Premio Municipal de Prosa) Caracas, 1942.

Historia en Long-Primer.
Con el Signo del Avila.

Por editar:

Series hemero-bibliográficas (nuevos volúmenes).

Traductores venezolanos en verso (con introducción y notas ilustrativas).

En preparación:

Biografía de Miguel José Sanz y otros ensayos.

Momentos de vida y literatura.

Historia de las exploraciones del alma de Bolívar.

ENRIQUE BERNARDO NÚÑEZ, (Valencia, 1895) es uno de los más robustos escritores con que cuenta a la hora presente la República. Novelista, crítico, ensayista, historiador y polemista, lo es en grado primicerio. Llevado a toda hora por una profunda preocupación patriótica, su obra literaria está marcada por la presencia de la angustia, a cuyo impulso ha auscultado la realidad y el sentido de la vida venezolana. Como historiador tiene una obra de fecunda investigación, que le ha valido la admiración de los estudiosos. Ha publicado: "Después de Ayacucho" (Novela), 1920; "Cubagua", 1931; "Don Pablos en América", 1932; "La Galera de Tiberio", 1938; "Una Ojeada al Mapa de Venezuela", 1944; "Signos en el Tiempo", 1939; "Tres momentos en la controversia de Límites de Guayana", 1945; "La Ciudad de los Techos Rojos", que le valió el Premio Municipal de Literatura del año 1947; "Miranda o el tema de la libertad", 1950. Además, tiene una larga obra dispersa en folletos, revistas y periódicos. Ha sido Secretario General del Estado Anzoátegui, Secretario de Legación en Colombia y Encargado de Negocios en Panamá. Desde 1944 hasta 1950, con sobra de aciertos, ejerció el cargo de Cronista de la Ciudad de Caracas. La Academia Nacional de la Historia lo cuenta como uno de sus miembros más distinguidos.

ADOLFO ERNST. Nacido en Silesia, Alemania (1832), este eminente sabio cosmopolita vino a Venezuela cuando contaba treinta y tres años. Ya se había doctorado en la Universidad de Leipzig, y educado para el estudio y la investigación. Venezuela, a quien se entregó por entero y amó como su segunda patria, recibió la fecunda e inmensa labor de este

hombre que abarcó con éxito las ciencias naturales, la etnografía, la etnología y el profesorado. Fué Presidente de la Sociedad de Ciencias Físicas y Naturales que fundó con otros preocupados hombres de ciencia venezolanos y como tal, dirigió la revista "Vargasia", órgano divulgativo de la fructífera labor de la Sociedad. Como catedrático de la Universidad Central de Venezuela influyó grandemente en los hombres de la época y les hizo cambiar su concepción del mundo. La nueva ciencia, el darwinismo, el evolucionismo, que pregonó entre sus alumnos, y la nueva filosofía positivista de la época, abrieron la puerta al naturalismo literario y, en consecuencia, la novela experimental apareció entre los géneros más cultivados por nuestros literatos de fines del pasado siglo.

El Dr. Ernst realizó magnífica labor al frente del Museo y de la Biblioteca Nacionales, que le confió su gran admirador y protector Guzmán Blanco.

En ocasión de colocar el 25 de julio del pasado año, 1950, un busto de Ernst, en un apacible rincón de la antigua hacienda "La Industria", "donde quizás, camino de sus exploraciones, se detuvo muchas veces", el brillante escritor e historiador Enrique Bernardo Núñez, escribió: "Hoy, sobre todo, es oportuno recordar a Ernst que estudiaba las formaciones geológicas de Venezuela, la vegetación de sus islas y montañas, las enfermedades del café y de la caña de azúcar, los abonos para la agricultura, la hierba que nacía en las calles de Caracas, en fin, la naturaleza venezolana, y llevaba sus observaciones a su cátedra, y las divulgaba en el país y en el extranjero". "Estudia desde su llegada las antigüedades venezolanas, los dialectos indígenas, la fauna y la flora de la tierra. Levanta un catálogo de orquídeas y otro de las aves hasta entonces observadas en Venezuela". "A trescientos ochenta y uno alcanzan sus trabajos desde su llegada a Venezuela hasta la fecha de su muerte. Estos trabajos se hallan dispersos en anuarios, revistas, memorias ministeriales, folletos y periódicos". "Las huellas de su itinerario pueden hallarse en sus clasificaciones de la flora venezolana. Estudió sobre todo las plantas del valle de Caracas y sus alrededores". "Entre

tres mil seiscientos setenta y seis géneros caracasanos, halló cuatrocientos noventa y dos pertenecientes al valle de Caracas”.

Ernst murió el 12 de agosto de 1899.

ARÍSTIDES ROJAS. (1826 - 1894) Del eminente caraqueño don Arístides Rojas nos limitaremos a copiar las siguientes expresivas frases del destacado bibliógrafo e historiador don Manuel Segundo Sánchez: “Médico, naturalista, historiador, versado en el conocimiento de nuestros orígenes y de la lingüística americana, tradicionalista, escritor delicado y ameno, todo ello y en grado eminente lo fué don Arístides Rojas. Exento de egoísmo, prodigiaba sus luces y consejos a cuantos se le acercaban y complaciase en acoger en su famoso gabinete de estudio a los jóvenes que demandaban el concurso de su sabiduría. Para ellos tuvo además frases de estímulo y el acervo de su escogida biblioteca. Por otra parte aquilató sus merecimientos con el decoro de una vida pulcra, y su probo talento estuvo en toda ocasión presto a servir desinteresadamente a la Patria. De aspecto fachendoso, era, sin embargo, modesto en demasía. Ajeno a las exhibiciones personales, esquivó el galardón con que doctos institutos quisieron recompensar sus méritos y virtudes. Así, se resistió a ocupar un sillón en nuestra Academia Nacional de la Historia, la cual, dicho sea en elogio suyo, desaparecido Rojas, se apresuró a perpetuar en mármol su memoria”. Al cumplirse en 1926 el centenario de este sabio ilustre, el Gobierno Nacional ordenó recoger su labor dispersa, como homenaje a tan esclarecida figura. Se encargó de la obra de selección y recopilación al distinguido historiador y bibliógrafo don José E. Machado, quien en tres tomos reprodujo muchos trabajos sueltos de Rojas, y también gran parte de lo que ya estaba en libro. Murió en 1894 y en la oportunidad del cincuentenario de su muerte, acaudalados deudos del egregio sabio, promovieron certamen para una biografía de don Arístides, y, entre otros de valor, tocó la palma al magnífico ensayo in-

terpretativo del distinguido escritor Juan Saturno Canelón. La Biblioteca Nacional confió en tal oportunidad a la pericia del erudito bibliógrafo doctor Pedro Graces, la elaboración de un catálogo de los numerosos trabajos de nuestro gran polígrafo, y dicha obra, hecha con cariño y empeño encomiables, sirve para mostrar a la mirada de los actuales investigadores, la maravillosa amplitud de la obra realizada en pro de la cultura nacional por este glorioso venezolano.

(Tomado de "Lecturas Venezolanas" de Mario Briceño-Iragorry, quinta edición, 1949).

LINO DUARTE LEVEL. Militar, político, diplomático, historiador y periodista, fué este destacado hombre público venezolano. Sus "Cuadros de la historia militar y civil de Venezuela desde el descubrimiento y conquista de Guayana hasta la batalla de Carabobo", son brillante producto de una minuciosa y paciente investigación. La mayoría de su obra de escritor y de cronista se halla dispersa en revistas y periódicos de la época, algunos de los cuales dirigió.

Nacido en Caracas el año 1846, tomó parte activa y principalísima en las contiendas políticas de nuestro país, a partir de la Revolución Federal. A los veinte y seis años ya ostentaba el grado de General y acompañó a Guzmán Blanco en su campaña contra Matías Salazar, en calidad de Secretario; siendo comisionado para oír al rebelde, una vez que expresó su deseo de hablar con el Presidente, después de haber sido condenado a muerte en Tinaquillo. Ese mismo año, 1872, por encargo de Guzmán Blanco, cumplió una delicada misión ante el Arzobispo Guevara y Lira, a bordo del vapor "Oriente", anclado en La Guaira, cuando al Prelado le fué negada la entrada al país; y cuatro años más tarde, siendo Cónsul General en Trinidad, volvió a intervenir en la cuestión arzobispal. Tomó parte en contiendas políticas en la República de México.

Fué, además, Secretario General del Presidente Guzmán Blanco, Ministro de Relaciones Interiores, Gobernador del

Distrito Federal, Senador al Congreso Nacional, Presidente del Estado Aragua, Secretario General de Carabobo, Secretario General de la Revolución Libertadora, y uno de los representantes de Venezuela al Congreso Boliviano celebrado en 1911, con motivo del Centenario de la Independencia.

Murió en Puerto Rico en 1929.

NICANOR BOLET PERAZA. Periodista, costumbrista, orador, crítico y militar, son algunos de los múltiples atributos que pueden citarse de este ameno literato venezolano. Nacido en la caraqueñísima esquina del Reducto el 4 de junio de 1838; es llevado al año siguiente a Barcelona donde su padre ejerció la medicina durante un cuarto de siglo. Terminados sus estudios de primaria fué enviado como interno al Colegio Nacional, de donde se escapó "saltando por un balcón de 15 pies de altura".

En 1858 dejó "el plomo de los tipos por el plomo de las balas". Estuvo al frente de un establecimiento de imprenta y litografía donde se editaba "El Oasis", periódico dirigido por su progenitor, e ilustrado por su hermano Ramón. De las filas de la revolución salió con el grado de General, además de varias prisiones.

Fundó con su hermano Ramón "El Museo Venezolano" (1865), periódico literario, único en su género para entonces, ilustrado por medio de cromolitografía. En él se inició como escritor costumbrista, con su artículo "Percances de una Visita", que firmó con el pseudónimo de Abdul Azis, el cual usó en adelante.

Como hombre público "fué en distintos periodos diputado, senador, consejero de Estado, candidato a la presidencia, enviado extraordinario y ministro plenipotenciario"; "Su labor intelectual no es menor que la del estadista: llenaría decenas de volúmenes si se le reuniera íntegra. Se ensayó con suerte desigual, en el cuento realista, en la tradición histórica, en la descripción de la naturaleza, en el panfleto y en la crítica literaria".

Su labor como periodista fué fructífera. Corredactor de "Opinión Nacional" hasta 1877, cuando fundó "La Tribuna Liberal", diario político.

Los sucesos políticos le hicieron abandonar el país y radicarse en Nueva York. Allí redactó la "Revista Ilustrada", publicación mensual consagrada al comercio, industrias, artes, literatura e intereses de la América Española. En 1893 vió la luz su Revista "Las Tres Américas", consagrada a la unión más estrecha del Continente.

De sus obras, recogidas en libro o en folletos, las principales y más conocidas son:

"A falta de pan, buenas son tortas". Comedia de costumbres en un acto, Caracas, 1873..

"El gremio agrícola" (Artículos editoriales de "La Tribuna Liberal"), Caracas, 1877.

"La revolución del trabajo". Nueva York, 1901.

"El valor cívico" (A la juventud hispano-americana), Nueva York. 1901.

"Impresiones de Viajes", Nueva York, 1906.

Murió en Nueva York el 25 de marzo de 1906.

MARIANO PICÓN - SALAS. (Mérida, 1901) es una de las más fornidas personalidades de la presente intelectualidad del país y de quienes mayor prestigio dan en el continente americano al nombre de Venezuela. Cuando en el año de 1921, adolescente apenas, publicó en Caracas su libro *Buscando el Camino*, ya en Mérida, había dado a la estampa, bajo el nombre de *A las puertas de un mundo nuevo*, un ensayo que reveló sus grandes dotes de pensador. Hoy, Picón-Salas acaso ría de las palabras con que fué saludada su aparición juvenil e nel campo de las letras: "Niño prodigio, nuevo Pico de la Mirándola", fué llamado por quienes adivinaron con asombro la estupenda vocación intelectual del esquivo

muchacho para quien los libros eran la más solicitada golosina. Bien adelantados los estudios de Derecho en nuestras Universidades, provisto de buena y abundosa lectura y azotado por la ruina familiar, se trasladó a Chile, donde concluyó, en medio de duras privaciones, la facultad de Filosofía y Pedagogía. Si en Venezuela se estima y se admira la obra de Picón-Salas, en Chile se le aprecia como expresión de su propia cultura y se le mira como un ciudadano de su república intelectual. La obra de Picón es numerosa. El ensayo filosófico y social y la crítica literaria han sido su campo preferido. Ha escrito: *Buscando el Camino* (1921); *Mundo Imaginario* (1926); *Hispano-América; Posición Crítica* (1931); *Problemas y Métodos de la Historia del Arte* (1933); *Registro de Huéspedes* (1934); *Intuición de Chile y otros ensayos* (1935); *Para un retrato de Alberto Adriani* (1936); *Preguntas a Europa* (1938); *Cinco Discursos sobre pasado y presente de la Nación Venezolana* (1940); *Un viaje y seis retratos* (1940); *Formación y Proceso de la Literatura Venezolana* (1941); *Viaje al amanecer* (1943); *De la conquista a la independencia* (1944); *Miranda* (1946); *Pedro Claver, Apóstol de los Negros* (1950), y en colaboración con Guillermo Feliú Cruz, *Imágenes de Chile* (1932). En Venezuela ha desempeñado elevadas posiciones en el servicio de Educación y ha ejercido el Magisterio. Fué Encargado de Negocios en Checoslovaquia, consejero cultural en Washington, Decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Caracas y Embajador en Colombia. Actualmente profesa cátedra de Literatura Hispano-Americana en Columbia University. No hay hipérbole en decir que el nombre de Mariano Picón-Salas sea en la hora actual uno de los que más honra y hace mejor conocida en América nuestra cultura.

(De "Lecturas Venezolanas", por Mario Briceño-Iragorrry.)

RAMÓN DÍAZ SÁNCHEZ (Puerto Cabello, 1903) quien es reconocido como una de las más brillantes plumas de Venezuela, ha desarrollado sus facultades en distintos géneros: novela, cuento, crónica, biografía y ensayo, en los cuales ha

logrado puesto muy principal. En la vida pública ha ejercido los siguientes cargos: Director de Publicaciones en el Ministerio de Agricultura y Cría; Director de Gabinete y de Cultura en el M. E. N.; Director de la Oficina Nacional de Prensa; Director de la Oficina Nacional de Información y Publicaciones. En 1944-45 ocupó asiento en la Cámara de Diputados como representante por su Estado nativo. En 1948 viajó por España, Francia e Italia en función de Consejero cultural ad-honorem de nuestras Embajadas en aquellos países.

Ha publicado los siguientes libros: *Cam* (1932); *Mene* (1936); *Transición*, (1937); *Ambito y Acento* (1940); *Historia de una historia* (1941); *Caminos del Amanecer* (1942); *Cumboto* (1948) *Dos rostros de Venezuela* (1949); y *Guzmán, elipse de una ambición de poder* (1950).

MARIO BRICEÑO-IRAGORRY (Trujillo, 1897),Cursó estudios secundarios en el Colegio Santo Tomás de Aquino, Valera, en el Colegio Federal de Trujillo, y en la Escuela Militar de Venezuela. Se recibió de doctor en Ciencias Políticas en la Universidad de Caracas el año de 1925. Ha ejercido los siguientes cargos: Intendente de Tierras Baldías del Estado Mérida, Director de Política y Encargado de la Secretaría General del Estado Mérida y Secretario de su Asamblea Legislativa; Sub-Secretario y Secretario de la Asamblea Legislativa del Estado Trujillo, Secretario General de Gobierno y Encargado de la Presidencia de este Estado; Profesor del Liceo "Libertador" de Mérida y del Colegio Federal de Trujillo; Presidente de la Delegación de Educación Secundaria de Trujillo, Presidente del Colegio de Abogados y Director de la Escuela de Ciencias Políticas de Trujillo; Director de Educación Primaria y Secundaria y de Educación Superior y Bellas Artes en el M.E.N.; Secretario de la Universidad Central, Director del Liceo "Andrés Bello", Profesor de Historia y de Literatura en la Escuela de Filosofía y Letras; Director del Archivo General de la Nación; Juez de 1ª Instancia Penal en el Estado Trujillo; Auditor de la III Zona Militar; Canciller de la Corte Superior del Distrito Federal; Miembro del Concejo Municipal de Caracas;

Gobernador de la Ciudad de Valencia; Presidente del Estado Bolívar; Secretario de la Cámara de Diputados, Diputado y Senador al Congreso; Presidente del Congreso Nacional; Cónsul General en New Orleans, Director de Política Internacional en el Ministerio de Relaciones Exteriores, Encargado de Negocios en Centro América; Ministro Plenipotenciario en Panamá y Costa Rica; Embajador Especial cerca de los Gobiernos de Panamá y Costa Rica; Delegado al IV Congreso americano de Geografía e Historia; Delegado a la 1ª Conferencia de Cancilleres; Embajador en la República de Colombia y actualmente Cronista de Caracas y Miembro de la Junta Superior de Archivos. Es individuo de número de la Academia Nacional de la Historia y de la Venezolana correspondiente de la Española de la Lengua; Miembro correspondiente de las Academias de Historia de Colombia, Madrid, La Habana, Santo Domingo y Panamá; Miembro Honorario de la Sociedad Bolivariana de Costa Rica; y correspondiente de la de Colombia; Miembro Honorario de la Sociedad de Geografía e Historia de Costa Rica y correspondiente de la de Guatemala; de la Sociedad Geográfica de Lima, Miembro de la Sociedad de Americanistas de París, del Instituto Histórico del Uruguay, del Instituto de Cooperación Americana de Buenos Aires, del Centro Histórico Larense, Miembro Honorario del Ateneo de Trujillo, Miembro Honorario del Centro de Estudiantes de Filosofía de la Universidad Central y del Centro Histórico del Liceo "Fermín Toro". Ha sido agraciado con las siguientes condecoraciones: Gran Cordón de la Orden del Libertador, Gran Banda de la Orden de Vasco Núñez de Balboa, Gran Cruz de Boyacá, Medalla de Honor de la Instrucción Pública, Medalla de Honor del Magisterio de Guayana, Medalla de oro de la Academia Venezolana de la Lengua, Placa de la Academia de Ciencias y Letras de Cádiz.

Libros publicados: *Horas* (Ensayos literarios), Caracas 1921; *Ventanas en la Noche* (Ensayos literarios), Caracas 1925; *Lecturas Venezolanas* (Pequeña crestomatía venezolana), 1926; *Los Fundadores de Trujillo* (Discurso de incorporación a la Academia Nacional de la Historia) Caracas 1930; *Tapices de Historia Patria* (Esquema de una morfología de la cultura

colonial), Caracas 1934; *Temas inconclusos* (Ensayos), Caracas 1942; *El Caballo de Ledesma*, Caracas 1942; *Palabras en Guayana*, Caracas 1945; *Casa León y su Tiempo*, (Premio Municipal de Prosa), Caracas 1946; *Papeles de Urdaneta el Joven*, Caracas 1946; *El Regente Heredia o la Piedad Heroica* (Premio Nacional de Literatura), Caracas 1947; *Mensaje sin destino* (Ensayo sobre nuestra crisis de pueblo), Caracas 1951.

Conferencias, discursos y monografías: "Los libros y el verdadero concepto modernista", Trujillo 1917; "Los Orígenes del Arte", "Revista Universitaria", Mérida 1918; "Americanismo, no hispanismo", Mérida 1919; "Elogio del Dr. Eloy Pare-des", Mérida 1920; "Motivos", Caracas 1922; "La Educación del Superconsciente", Caracas 1925; "Discurso en la Universidad Central", Caracas 1925; "Discurso inaugural del reloj de la Universidad", Caracas 1925; "Pro Missionibus", Caracas 1926; "Ornamentos fúnebres de los aborígenes del Occidente de Venezuela", Caracas 1928; "Procedencia y Cultura de los Timoto-Cuicas", "Anales de la Universidad Central", Caracas 1930; "Genealogía de Don Cristóbal Mendoza", Caracas 1929; "Historia de la Fundación de la Ciudad de Trujillo", Caracas 1929; "La Fundación de Maracaibo", Caracas 1929; "Franciscanismo y Pseudo-franciscanismo" (Discurso de incorporación en la Academia Venezolana de la Lengua), Caracas 1932; Discurso en la recepción de don Eloy G. González en la Academia de la Lengua, Caracas 1932; Discurso en la recepción del doctor Crispín Ayala en la Academia de la Lengua, Caracas 1932; "Elogio de San Agustín", Caracas 1930; "Triunfo y Tragedia del Libertador", San José de Costa Rica, 1938; "Recuerdo de Ayacucho" (Una reliquia del Libertador en Centro América), Guatemala 1939; Discurso en la Sociedad de Geografía e Historia de Costa Rica, San José, 1941; "Trayectoria y Tránsito de Caracciolo Parra", San José, 1940; "Pasión y Triunfo de dos grandes libros" (Baralt y Codazzi), Caracas 1942; "Preparatorio para las pompas de Bolívar" (Evocación de 1842), Caracas 1942; "A propósito de la Ley de Patronato Eclesiástico", Caracas 1932; "La Historia como Elemento de la Creación", Caracas 1942-1945; "Sentido y Ambito del Congreso de Angostura", Caracas 1943; "Relación Geográfica de la Pro-

vincia de Cuicas" (Notas), Caracas 1942; Discurso en la recepción del Dr. Diego Carbonell en la Academia de la Historia, Caracas 1943; Discurso inaugural de la Sociedad Económica Amigos de Guayana, Ciudad Bolívar 1944; Discurso al entregar al Municipio de Ciudad Bolívar la Ley que le devuelve la autonomía, Ciudad Bolívar, 1944; "Voz y Presencia de Bolívar", Ciudad Bolívar 1944; "Formación de la Nacionalidad Venezolana", Caracas 1945; Discurso de Apertura del Senado de 1945, Caracas 1945; Discurso de Apertura de las sesiones extraordinarias del Senado, Caracas 1945; Discurso de clausura de las sesiones extraordinarias del Senado, Caracas 1945; Discurso de apertura de la sesión solemne del Congreso el día Nacional de la República, Caracas 1945; Discurso en el Homenaje del Congreso al General Rafael Urdaneta, Maracaibo 1945; Discurso en el Homenaje del Congreso al Presidente Roosevelt, Caracas 1945; Discurso en el Homenaje del Congreso a José Martí, Caracas 1945; Discurso en el Homenaje del Congreso al General José Gregorio Monagas, Caracas 1945; "Ante una infamia", Caracas 1945; Discurso de presentación de la candidatura del Dr. Angel Biaggini a la Presidencia de la República, Caracas 1945; "Régimen de Archivos y Museos Nacionales" (Notas), Caracas 1946; "Los Corsarios en Venezuela", Caracas 1946; "Apología de la ciudad pacífica", Trujillo 1947; "Notas sobre los Estudios Históricos en Venezuela", México 1948; Discurso en la recepción académica de Enrique Bernardo Núñez, Caracas 1948; "Apuntes para un retrato de Pedro Emilio Coll", Caracas 1947; Discurso en la recepción académica del Dr. Santos Domínici, Caracas 1949; "Palabras para alabar a Luis Correa", Caracas 1948; "Sentido y Presencia de Miranda", Bogotá 1950; "En desagravio de Venezuela" (Carta a Andrés Iduarte), Bogotá 1949; "Mentis a Rómulo Betancourt", Bogotá 1949; "La Tragedia de Peñalver", Bogotá 1950; "Meditación sobre Vargas", Caracas 1951.

Prólogos: "Alma en Flor" (Poesías), Jesús Antonio Llavaneras Carrillo, Trujillo 1916; "Hojas Errantes" (Poesías), José Félix Fonseca, Trujillo 1917; "Genealogías Caroreñas", Ambrosio Perera, Caracas 1932; "La Instrucción en Caracas", Caracciolo Parra, Caracas 1933; "Orígenes de la Hacienda en

Venezuela" (Publicación del Archivo General de la Nación), Caracas 1942; "La Cocina Criolla", Tulio Febres Cordero, Caracas 1942; "Actas del Cabildo de Caracas", Tomo I, Caracas 1943; "El Dr. Francisco Espejo", Héctor Parra Márquez, Caracas 1944; "La Libertad Económica y la Intervención del Estado" (Publicaciones del Partido Democrático Venezolano), Caracas 1945; "La Puebla de Bolívar", Andrés Ponte, Caracas 1946; "Poesías", Fray Angel Sanz, Caracas 1948; "Tierra de Gracia", Guillermo Morón, Caracas 1949; "Discursos", Monseñor J. Humberto Quintero, Caracas 1950; "Caracas de antaño", Lucas Manzano, Caracas 1951.

*De pronto al descender de una hondonada,
Caracas ¡allí está! dice el auriga,
Y súbito el espíritu despierta
Ante la dicha cierta
De ver la tierra amiga.*

*Caracas allí está; sus techos rojos,
Su blanca torre, sus azules lomas
Y sus bandadas de tímidas palomas,
Hacen nublar de lágrimas mis ojos!*

*Caracas allí está; vedla tendida
A las faldas del Avila empinado,
Odalisca rendida
A los pies del Sultán enamorado. J. A. PÉREZ BONALDE.*